EMILIANO RAMIREZ ANGEL

Zorrilla

más grande
eta de la raza

LOS HOMBRES DE NUESTRA RAZA

T. 27522
cop. 1030148

ZORRILLA

Talleres Tipográficos «AF».-Calvo Asensio, 3.-Madrid

LOS HOMBRES DE NUESTRA RAZA

ZORRILLA

El más grande poeta de la raza

por

E. RAMIREZ ANGEL

EDICIONES NUESTRA RAZA
MADRID

R. 29987

I

Donde, alguna vez, el amigo que se encuentra puede ser útil.—Esperando la gloria.—Un mimbre que sirvió para hacer famosos cestos.—El entierro de Larra.—De la tumba a la celebridad

El día 14 de febrero de 1837 José Zorrilla, que iba a cumplir veinte años, y su condiscípulo Miguel de los Santos Alvarez, encontráronse en la Biblioteca Nacional—donde solían reunirse, más que por buscar un libro, por hallar calefacción—a su amigo Joaquín Massard.

Era éste un italiano al servicio del infante don Sebastián, hombre bien relacionado y de iniciativas, a quien en la Historia de la Poesía española debe citarse con gratitud, como en seguida va a verse.

Apenas los tres amigos se saludaron, Massard comunicó a Zorrilla y a Alvarez una noticia sensacional: Mariano José de Larra se había suicidado la noche anterior. Cuando nadie—excepto algunos íntimos—sospechaba el trágico desenlace de *Fígaro,* le descubrió la servidumbre en su cuarto de la calle de Santa Clara, vestido de frac, con la cabeza atravesada por un balazo, sobre las obras de Quevedo.

El mismo Massard, siempre al tanto de todo lo

que en el Madrid político, literario y artístico sucedía, ignoraba los móviles de esta muerte. Hablábase de un repentino ataque de locura, de contrariedades íntimas, de mil cosas, todas ellas fantásticas y, por de contado—pues que la época lo requería—, novelescas... Pero destacándose sobre los encontrados rumores, resonaba, maldito y fascinador, fuente de mal, el nombre de una mujer...

Atónitos quedaron Zorrilla y su compañero Miguel de los Santos al escuchar al italiano, que con tal nueva ensombrecía el ambiente, oloroso a papel impreso, de la Biblioteca. Y como todavía vacilasen resistiéndose a creerle, Joaquín Massard replicó:

—Todo Madrid lo sabe. En la bóveda de la parroquia de Santiago está ya expuesto el cadáver del pobre Larra. ¿Quieren ustedes que vayamos a verlo?

Y allá fueron. Zorrilla, confundido entre el público, contempló por primera vez el rostro pálido del famoso satírico, y Alvarez, fervorosamente, cortó un mechón de sus cabellos. Ambos amigos, impresionadísimos, volvieron a la Biblioteca, acompañados siempre de Massard.

Cierto es que nada tenían que hacer allí con premura, como no fuera calentarse gratis, porque el cuarto de Alvarez no podía ser más humilde ni menos confortable, y Zorrilla, forzado a penosa bohemia, vivía en el ingrato bohardillón de cierto cestero amigo suyo, que por caridad le daba alojamiento. Entonces, como siempre, el calor de la inspiración de aquellos dos jóvenes poetas no bastaba a neutralizar los helados rigores del invierno.

Zorrilla buscaba a la sazón un empleo para hacer frente a la saña de la Naturaleza, que torpemente ha dotado de estómago a los soñadores, y en la Biblioteca tuvo la fortuna de encontrar a cierto amigo que le facilitó una carta de recomendación dirigida a su hermano, Antonio María Se-

govia, director del diario *El Porvenir,* donde existía vacante una plaza.

El futuro autor de *Margarita la Tornera,* enamorado de una mujer y desdeñado de su padre, quería escalar las consabidas y codiciadas eminencias de la fama. Pobre, lejos de su amor y de su familia, a Madrid había venido a luchar. En la corte se veía como uno de tantos oscuros aspirantes a la fama que, mientras no son famosos, se habitúan a estar hambrientos. He aquí por qué el simbólico laurel de la gloria suele saberles, a los que le apetecieron, tan amargo; porque años antes, horas antes, bostezaron mucho...

El providencial italiano miró de pronto a su amigo Zorrilla y exclamó:

—Usted escribe versos, ¿verdad?... Madrazo me lo ha dicho.

Y viendo que el joven asentía añadió:

—¿Quiere usted hacer unos dedicados a Larra?

Vaciló Zorrilla, dominado por el pesimismo, y dejó caer los hombros con mortal abatimiento. Pero Joaquín Massard, que era en todo momento hombre de iniciativas, alentó al poeta. El se encargaría de publicar sus versos en cualquier periódico, y hasta de que fueran retribuídos. Podrían darle la notoriedad que apetecía. ¿Por qué titubear?...

En aquel momento tan decisivo rasgó la suave penumbra del recinto, con invasión triunfadora, el aletazo luminoso de la Inmortalidad.

Zorrilla pensaba en su padre, hombre de orden y de tradición, desterrado en un pueblecillo de Castilla por sus convicciones políticas arraigadamente realistas. ¿Qué diría al leer los versos del hijo, bohemio y mala cabeza, dedicados a un feroz satírico liberalote, que se había pegado un tiro arrebatándose la vida, de la que sólo Dios puede y debe disponer? Convino, pues, Zorrilla con Massard en que escribiría la composición, pero firmán-

dola éste, para evitar un escándalo doméstico, y, conformes ambos, separáronse hasta el siguiente día 15, en que Larra debía, por especial favor de la Iglesia, ser en sagrada tierra sepultado.

Aquella noche, en la bohardilla de su amigo el cestero, donde no había ni plumas, ni tinta, ni papel, Zorrilla escribió los versos convenidos.

Valióse para ello de un mimbre puesto a teñir de azul y de unas hojas arrancadas de la cartera del capitán Antonio Madera, condiscípulo del poeta, cuadernito que, sin saber cómo, conservaba en su bolsillo.

Y una vez que los chicos y la esposa del buen cestero, «que eran tres harpías», ya en el lecho, dejaron de alborotar, Zorrilla, quizás sin haber cenado, requirió el mimbre untado de azul, adecuadamente recortado, y a la luz de una vela de sebo púsose a escribir (1):

A la memoria desgraciada del joven literato
D. Mariano José de Larra

Ese vago clamor que rasga el viento
Es la voz funeral de una campana:
Vano remedo del postrer lamento
De un cadáver sombrío y macilento
Que en sucio polvo dormirá mañana...

.....

Al día siguiente, ya concluída, Zorrilla copió esta composición en casa de su camarada Miguel de los Santos, y dirigióse a la redacción de *El Porvenir*, donde, prodigándole las amables palabras con que

(1) Para la redacción de todo lo que va del presente capítulo, salvo leves pormenores, hemos tenido a la vista los datos que el propio Zorrilla suministra en el tomo I de sus *Recuerdos del tiempo viejo*.

la buena crianza suaviza y hasta hace impagables las negativas, comunicaron al poeta que la vacante que solicitaba había sido concedida...

Fué a la Biblioteca en busca del italiano Massard, pero éste no se hallaba allí. Habíale dejado una tarjeta avisándole que fuera con los versos a verle a su casa, donde le esperaban a almorzar.

La fatalidad había de perseguir a aquel mozo hasta dejarle, por primera vez y en pleno resplandor, al borde de una tumba.

Zorrilla llegó al domicilio de Massard tres cuartos de hora después de haber comido—contrariedad de la que sólo un individuo que está en ayunas puede darse tan dramática como cabal cuenta. Pero la fama, entrevista, ardiente y tenazmente deseada, esperábale, como histérica antojadiza, entre los cipreses de un camposanto...

A falta de otra cosa más nutritiva, los hermanos Massard obsequiaron al poeta con una taza de café—que suele ser buen digestivo luego de la comida—y encamináronse a la iglesia de Santiago, ya rebosantes de ilustres, insignes, eminentes, notables y aplaudidos.

Uno de ellos—García Gutiérrez—, a quien le presentaron, miró con desdeñosa curiosidad al mozalbete. De estatura corta y melena abundosa, holgadamente alojado en un levitón que le prestara Jacinto Salas, José Zorrilla iba casi hecho un currucato, gracias al chaleco, propiedad de Fernando de la Vera; al pantalón, de la pertenencia de José Mateos; a la corbata, de cierto pariente—pero, eso sí, llamativa y procaz como cumple a toda corbata romántica—, y a las botas y al sombrero, prendas asimismo correspondientes a beneméritos amigos, que no vacilaron quién sabe si en quedarse desnudos para que nuestro vate fuera vestido...

Púsose la comitiva—numerosísima—en camino, y Zorrilla marchó con ella calle de la Montera arri-

ba, hacia el cementerio de la Puerta de Fuencarral

Mortal congoja ensombrecía su espíritu. No había comido; la plaza de redactor que ambicionaba no era para él... ¿Y qué suerte correrían sus versos?... ¿Se aventuraría, acaso, a leerlos?

Fría y desapacible era la tarde; espesos nubarrones cubrían el cielo.

Al llegar al camposanto, los acompañantes más ilustres rodearon el féretro donde yacía el gran *Fígaro*. Zorrilla, entre ellos confundido, trémulo y pálido, aguardaba.

Difundióse un silencio imponente. Y comenzó el homenaje póstumo, al que la calidad de los circunstantes dió poderoso relieve.

Allí estaban, ante los restos mortales del suicida, Mariano Roca de Togores, Luis González Bravo, García Gutiérrez, Hartzenbusch, Julián Romea, Ortiz y Zárate, Latorre, Bretón de los Herreros, Buschental, el capitán Madera, los hermanos Massard, Ventura de la Vega, Madrazo, Enrique Gil, Patricio de la Escosura, Nicomedes Pastor Díaz y otros muchos.

El primero que habló fué Roca de Togores, gran amigo que había sido de Larra.

Con voz temblorosa y contristada elogió la obra de *El pobrecito hablador*, refiriendo en sumarios períodos «la historia interesante de sus borrascosos, brillantes y malogrados días» (1). Y concluyó diciendo: «Este hombre, señores, que a todos ha hecho reir, muere víctima de su melancolía; este escritor, que parecía tan festivo, tan indiferente a todo, muere suicida y quizá de amor; pues que nos hemos engañado mientras vivía, procuremos conocerlo mejor después de su muerte; celebremos sus escritos y compadezcamos sus obras, y que esos

(1) De un artículo de N. Pastor Díaz.

dos nombres que en la lápida se ven grabados, se expliquen y se disculpen mutuamente: *Fígaro,* don Mariano José de Larra...» (1).

Hablaron luego el conde de las Navas, José Díaz y algún otro. El sentimiento se imponía a la retórica, y una honda emoción empalidecía los semblantes. La tarde, además, fraternizaba con el concurso. Descolorida luz, frío, tristeza; viento que torcía las llamaradas oscuras de los cripreses...

Zorrilla, anónimo, no se decidía a sacar del bolsillo la composición que escribiera la noche anterior en el zaquizamí del cestero. No obstante, y sin saber por qué, todos, aun no teniendo noticia de ella, acaso la esperaban.

Elocuencia conmovedora habían prodigado los oradores; nada que de labios autorizados debiera decirse quedaba por decir. Hubo un momento de indecisión. Los sepultureros requerían palas y cuerdas. La expectación devenía dolorosa. Y entonces...

Empujado por Joaquín Massard, Zorrilla se destacó del grupo. La hora decisiva había llegado. Gloria, renombre, empleo, levitón y botas propias; todo: sublimidad y materialidad, cumbre y llano, pero todo ello fragancia y lumbre, iba a condensarse sobre el ataúd donde Larra dormía: raro escotillón abierto por las circunstancias para que de él brotara la primavera de un prestigio novel...

Comenzó a leer Zorrilla, porque Massard, con su perspicacia, adivinó que su acento italiano podía perjudicar aquella ceremonia, restándole solemnidad. Y leyó como dicen que desde muy joven leía el autor de *El zapatero y el rey*: pausada, teatral, levantadamente, alargando las frases y dándolas vuelo amplio de majestad; espaciando el trueno de la voz que en calderón sollozante se extinguía;

(1) De un artículo del propio Roca de Togores, titulado «Último paseo de *Fígaro*».

escondiendo los hemistiquios con ritmo doliente y noble, henchido de inefable langor...

Los circunstantes se miraron atónitos. Jamás habían oído recitar en tal forma, con tan gallardo y conmovedor brío. El poeta, casi un adolescente, pequeño, delgaducho dentro de su holgado levitón, se transfiguraba, agigantándose. Todos, petrificados por el asombro, miraban a aquel desconocido que, acongojado y convulso, seguía leyendo entre la lívida claridad de la tarde:

Era una flor que marchitó el estío,
Era una fuente que agotó el verano;
Ya no se siente su murmullo vano,
Ya está quemado el tallo de la flor.
Todavía su aroma se percibe,
Y ese verde color de la llanura,
Ese manto de hierba y de frescura,
Hijos son del arroyo creador.
Que el poeta, en su misión
Sobre la tierra que habita
Es una planta maldita
Con frutos de bendición...

Indescriptible emoción produjeron aquellas estrofas de efectista sonoridad, con las que tan propiciamente armonizaba el recinto y la ocasión. Todos, en voz baja, preguntábanse: ¿Quién es?, aludiendo al lector. Y cuando con honda y general simpatía le observaban, viéronle de pronto palidecer, tambalearse, como próximo a quedar sin sentido...

Roca de Togores, que a su lado se hallaba, arrancó de manos del novel poeta la composición y, no menos emocionado, terminó la lectura de ella.

Después...

Concluído este episodio, por mil plumas desde entonces divulgado, Zorrilla se vió a las puertas del cementerio en plena celebridad. Estaba toda-

vía desfallecido. ¡El hambre y la gloria, confabulándose, abruman tanto!... Abrazos, enhorabuenas y plácemes caían sobre él en consoladora profusión. El poeta llevaba aun el pañuelo a los ojos, húmedos de llanto. Y entre el claro resplandor que le envolvía—él lo ha dicho—: «su espíritu llamaba a las puertas de una casita de Lerma, donde no estaban sus perseguidos padres, y a los cristales de la ventana de una blanca alquería oculta entre verdes olmos, donde tampoco moraba la pérfida mujer que le había vendido»...

II

Infancia y adolescencia de Zorrilla.—En el Seminario de Nobles.—Los primeros versos. En Toledo.—El poeta no quiere ser abogado. Paseos románticos.—La indignación del tío. ¡A Valladolid!—Horror a la Universidad.— Aparecen las alarmantes melenas.

La nueva de que, no en el consabido salón brillante, sino en un silencioso camposanto, acababa de nacer a la vida literaria un poeta que, además, tenía veinte años, propalóse por Madrid rápida y clamorosamente.

A los pocos días José Zorrilla se encontró solicitado por directores de periódicos, agasajado en salones y cenáculos, amigo de todos aquellos que en la política, en las artes o en las letras tenían significación.

Redactor de *El Español*—diario por aquel entonces muy importante y leído—, donde Zorrilla sustituyó al malogrado *Fígaro,* con dinero a ratos y buenas relaciones, pudo alcanzar la inmensa alegría, tan deseada por él en sus horas de lucha, de tratar a Espronceda...

El impetuoso cantor de *El pirata* hallábase convaleciente. Cuando Zorrilla fué a verle le recibió estando en el lecho. Aquel «oráculo divino», en quien el mozo ya famoso idolatraba, le acogió con entusiasmo. A la media hora se tuteaban. Juntos

pasaron muchos ratos en la casa número 4 de la calle de San Miguel, donde Espronceda vivía, divagando febrilmente. Y llegó a unirles estrecha amistad...

Zorrilla debió referirle su vida, que, aunque breve, rebosante de peripecias, alguna novelesca, vibraba.

Había nacido en Valladolid, sietemesino, enclenque y débil, el día 21 de febrero de 1817, en una casa de la calle de la Ceniza. Bautizáronle en la parroquia de San Martín.

Su padre llamábase como él, José (1), y su madre, Nicomedes Moral. El padre, ordenancista y austero, acérrimo devoto de su rey Fernando VII, ocupó diversos cargos públicos. El matrimonio era oriundo de Castilla. La madre, a través de las propias manifestaciones de Zorrilla, queda eclipsada junto al retrato del padre, enérgico y poderoso—igual que esas siluetas que Rembrandt gustaba de insinuar en el fondo de sus lienzos—. «Mi pobre madre—dice el hijo—tenía mucho miedo a mi padre...»

Los primeros años de la infancia de Zorrilla transcurren, como para todo niño, plácidamente. Siete pasó, salvo uno o dos viajes, en la casa donde nació, jugando con el ama Bibiana y la rolla Dorotea. La casa tenía jardín. Y el chicuelo, utilizando un hilo que Nieves Masas, gentil vecina suya, le tendía desde su balcón, gustaba de enviarla ramitos de rosas y alhelíes.

Los domingos Zorrilla iba a San Martín a oir misa con su madre. También el poeta dedica un recuerdo a dos hermanas rubias, hijas de la hermosa marquesa de Villasante, que entonces le parecían dos ángeles, y que luego, mozo y estudiante,

(1) Zorrilla y Caballeri.

admiró como a «dos figuras flamencas vivas, arrancadas de un cuadro de Rubens...» (1).

Zorrilla iba para poeta. Poeta desatado, fogoso, irremediablemente inclinado a levantar «laberintos con palabras». Padecía alucinaciones. En San Martín, por aquel entonces, le acometió una singular, de la que más adelante hablaremos. Ya comenzaba a arder la imaginación que, oportunamente aventada por el huracán romántico francés, había de prender fuego y convertir en remolinos de chispas las leyendas, tradiciones e historias de nuestra España...

A los nueve años, por decisión paterna, Zorrilla ingresó en el Real Seminario de Nobles, establecido en Madrid en la calle del Duque de Alba, donde luego fué alojado un tercio de la Guardia civil.

A aquel colegio, dirigido por los jesuítas, «lujoso y privilegiado», acudían los vástagos de todas las familias nobles, lo que permitió a Zorrilla ser condiscípulo y amigo de no pocos títulos. Dieron al muchacho «una educación muy superior a la que hasta entonces solían recibir los jóvenes de la clase media»; pero, en vez de dedicarse en absoluto al estudio de la filosofía y de las ciencias exactas, comenzó a leer a escondidas a Wálter Scott, a Chateaubriand y a Fenimore Cooper—tan en boga entonces—, y a escribir sigilosamente los primeros versos...

Doce años tenía. Bajo el pupitre ocultaba las primeras florecillas espirituales, violetas de infancia que perfumaban la aridez de los textos.

Por fortuna, los profesores, dándose cuenta de las inclinaciones del discípulo, las alentaron. ¿Reconocieron tiernamente que se puede ser mal estudiante cuando se va camino de acabar en poe-

(1) Palabras del propio Zorrilla.

ta? Ello es que Zorrilla, con aquiescencia de los jesuítas, leyó sus primeros versos, alcanzando elogios alentadores. Imitaba a los comediantes del teatro del Príncipe, a quienes solía oír los días de fiesta. Y tal aptitud demostraba, que llegó no sólo a destacarse entre todos sus condiscípulos, sino a desempeñar con creciente aplauso varios papeles de galán joven en el teatrito del mismo Seminario.

Tres años después Zorrilla salió de allí. Habían desterrado de Madrid a su padre (1833), confinándole en Torquemada, con motivo de los acontecimientos políticos (1), y el desaplicado estudiante fué enviado a Toledo, en cuya Universidad *debía* cursar Leyes.

El padre—enemigo de todo lo que oliese a liberalismo (había sido superintendente general de policía con don Tadeo Calomarde), y hombre austero, poco propicio a gustar de trovas, madrigales y demás «pasatiempos»—no dejaba de la mano a su hijo, cuyas aficiones a las Musas encontraba casi delictivas, y desde luego, funestas.

Recomendóle, pues, a un su pariente avecindado en la Imperial Toledo, dignísimo canónigo, que le alojó en su casa. Este buen señor hacía compatibles la virtud de estudiar Teología y la distracción de confundir a Víctor Hugo con Hugo de San Víctor.

El ilustrado sacerdote creyó al principio que su sobrino venía resuelto a estudiar como un héroe y a servirle «de pajecillo que le ayudara a misa y le acompañara al coro llevándole el paraguas y el breviario...» Mas ¡ay! no tardó en rectificar. Aquel tarambana no parecía por los claustros de la Universidad, ni hojeaba un libro de texto.

Aventurábase por las estrechas y retorcidas callejuelas recitando versos propios y ajenos, y deteniéndose, como embrujado, ante hornacinas y áb-

(1) Muerte de Fernando VII, guerra civil, triunfo de los liberales, etc.

sides, en cobertizos y plazoletas. La España goda, la España árabe, la España legendaria, envuelta en el prestigio inmortal de la luna, traía al mozo desasosegado. Tan pronto escribía renglones cortos como poníase a dibujar torrecillas mudéjares o fachadas plateresca.

Naturalmente, el buen prebandado a quien confiaran aquel mocito encontraba todo esto bastante intolerable.

Entre la casta Febea y la ilustre Universidad que contendían en Toledo, el canónigo—atiborrado del más común sentido común—había de inclinarse por la Universidad. Y harto de que Zorrilla siguiese despeñándose por el mal camino, escribió varias cartas al padre, asegurándole, con respetable indignación, que el muchacho «era un *botarate,* que iba más para pintamonas que para abogado, según los papelotes que llenaba de peidras, de torres y de inscripciones ya en posesión de los buhos y cubiertas de telarañas...»

Lanzó un bramido el padre; arrojóse, desconsolado, en brazos de la cólera, y como consecuencia de ello envió a su hijo a Valladolid para que continuara, a todo trance, los estudios. Encargó de su vigilancia a un procurador de aquella Chancillería y a don Manuel Tarancón, rector de la Universidad, que luego fué obispo; pero estos ilustres señores hubieron de experimentar amarguras iguales a las del prebendado de Toledo...

Zorrilla era un hombre absurdo. Estaba resuelto a ser el único español sin título de licenciado en Derecho. En Valladolid encontró a su amigo Pedro de Madrazo—con quien tantas veces explorara la árabe Toleitola—, y siguió, lejos de las Pandectas y del Fuero Juzgo, entregado a vivir entre ruinas, tradiciones y jaramagos.

Leía con ardor a Jorge Manrique, a Hugo, a Casimiro Delavigne, a Espronceda... Quería ser

poeta, lo cual, aun pareciendo temeraria ambición, a los dieciocho años cuesta poco.

También tuvo otras audacias no menos inofensivas. Se dejó melena. Visitó, al anochecido, los camposantos. Fué al teatro. Suspiró con exceso, casi siempre, sin saber por qué. Paseó de madrugada, con cuarenta grados de calentura lírica. Publicó los primeros versos «A Elvira» en *El Artista,* periódico ilustrado del grupo de los Madrazo, Ochoa y otros cuantos soñadores calabaceados universitariamente...

... Y sin infringir las leyes del reino, con inofensivo ardor, mientras Valladolid dormía, nuestro joven paseaba pensando en la maldita, en la adorable, en la pérfida celebridad...

III

Donde la indignación del canónigo es transmitida a un procurador.—El padre de Zorrilla se enoja seriamente.—Zorrilla se fuga de una galera y vende una caballería que pudo ser suya.—A la Villa y Corte.—En plena bohemia.—Perseguido por la Policía.—Del balcón al puente.—Zorrilla, disfrazado de gitano.

Si los catedráticos fueran siempre poetas, o viceversa, Zorrilla y todos los malos estudiantes como él hubiesen obtenido siempre en los exámenes honrosas calificaciones. Es cuestión de coincidencia.

Pero como ni García Gutiérrez, ni Espronceda, ni Hartzenbusch explicaban Canónico o Administrativo, Zorrilla no pudo conciliar sus inclinaciones y sus deberes. Por ganar la predilección de las Musas perdió la amistad del rector, del procurador y casi del padre. Todos los gloriosos tumultos del Parnaso despiertan ecos agrios en los hogares.

Lindo gesto puso el desterrado ex alcalde de casa y corte, allá en Lerma, donde a la sazón vivía, cuando recibió de Valladolid una carta del señor procurador comunicándole que Zorrilla «no era más que un holgazán vagabundo que andaba por los cementerios a media noche como un vampiro, que se dejaba crecer el pelo como un cosa-

co y que era, en fin, amigo de los hijos de los que no lo habían sido nunca de él (del padre), como Miguel de los Santos Alvarez»...

Mediaba el mes de enero de 1834 cuando el viejo absolutista cayó en cama atacado de pulmonía. Zorrilla fué llamado a Lerma para alternar con su madre en la obligación de velar al enfermo. En la casa hallábase el tío—el canónigo de Toledo—, que con su feroz intransigencia proporcionó copiosas rabietas al joven. Ni le dejaba dormir a su gusto, ni leer a su antojo. Llamábale, con acritud, «espía de la familia» y quejábase de que «contaba después su santa vida y se burlaba de ella con los herejes de sus amigos». El austero pariente dominaba allí a todos. El padre enfermo tosía; la madre, dócil y humilde, callaba; Zorrilla estaba deseando volver a Valladolid...

A fines de marzo se restableció el doliente, y Zorrilla fué enviado otra vez a la Universidad. La madre le dió a escondidas una onza para sus gastos menudos. El tío suspiró satisfecho, viéndose libre de aquel loco que olía a azufre. Y el jefe de la casa, cuya naturaleza era tan robusta como inflexible su severidad, dijo al mancebo:

—Te advierto que no puedo consentir que continúes siendo un holgazán, baldón del apellido que llevas. A Valladolid vuelves, y mira bien lo que haces...

Y pulverizándole con una mirada añadió:

—Tienes traza de ser un tonto toda la vida, y si no te graduas este año de bachiller a claustro pleno, te pongo unas polainas y te envío a cavar tus viñas a Torquemada.

Zorrilla estaba seguro de que tal amenaza sería, si era menester, cumplida. Jamás el padre le perdonaría que desde el aula intentase dar un salto al Olimpo.

Ya otra vez en la capital castellana, sin sus estudiantiles manteos—aquel año precisamente su-

primidos—, Zorrilla, empero, siguió desdeñando las asignaturas oficiales. Y cuando le amonestaron, tuvo lo que ahora se llama «un bello gesto». Ni destripar terrones ni coleccionar sobresalientes. La rebeldía más biliosa inspiró sus frases. Y con firmeza de convencido aseguró al procurador de Valladolid que «así se graduaría a claustro pleno aquel año como que volaran bueyes». Si su padre le tenía por imbécil y los profesores por un mala cabeza, él, aspirante a la gloria, a a requerir el auxilio de la Fortuna para demostrar que aquél y éstos andaban completamente equivocados.

¡Insensato! El castigo llegó. ¡Hala, al pueblo! Cuando Zorrilla se vió dentro de una galera que al hogar, como hijo pródigo, había de conducirle, bajo la estrecha fiscalización del mayoral, la desesperación le hizo concebir una atrevida idea. ¡Ah juventud, «divino tesoro»!...

Realizándola, el mozo demostró que se puede ser poeta incipiente y pícaro insuperable. Fué azaña de un minuto. Aprovechó el momento en que el mayoral, distraido, alentaba a las mulas; saltó de la galera, echó a correr campo adelante y montó en una yegua de no se sabe quién, que por aquellas campesinas soledades pacía.

Alígero Pegaso de ocasión fué aquel cuadrúpedo en el que Zorrilla huyó derechamente camino de Valladolid. El mayoral vió cómo, con celeridad de prodigio, desaparecía tras liviana tolvaneras cabalgadura y caballero. Vituperable acción fué aquélla, pero no menos, y en verdad pintorescas, habían de ser las que le sucedieron.

Zorrilla, enamorado más que nunca de la libertad, llegó a Valladolid a los lomos de la yegua que como consumado jinete, gobernaba gracias a las lecciones de equitaciótn recibidas en el seminario. Y apenas arribó a la noble ciudad castellana, el nos dice: Vendió la yegua. Pasó la noche en casa

de su amigo Miguel de los Santos, y al amanecer acomodóse en otra galera que se encaminaba a la villa y corte.

A los tres días nuestro hombre paseaba por la calle de Alcalá «en pos de sus locas esperanzas, ahogando la voz de su conciencia y escuchando y siguiendo la de su desatinada locura».

Así lo declara él, cuarenta años más tarde. Pero entonces el arrepentimiento no debió ser muy torcedor, por cuanto en lugar de escribir a casa demandando el debido perdón, dedicóse a reunirse con amigos y compañeros, no muy bien acomodados, y a embriagarse de sol, de arte y de libertad.

Mientras la familia, justamente alarmada, pedía a Madrid informes y noticias del fugitivo, el fugitivo recurrió a mil expedientes para no morir de inanición.

Desde la aventura de la galera, Zorrilla no vaciló en seguir los tortuosos rumbos del aventurero.

Fingiéndose hijo de un artista italiano; vendió dibujos; escribió artículos arqueológicos y de diversa índole; fué orador revolucionario, y entre periodistas, bohemios, políticos y camaradas, no todos ellos geniales, llegó incluso a verse perseguido por los agentes de la Policía...

Perseguido muy en serio, con el sencillo propósito de deportarle a Ultramar. La cosa aconteció en la sala de redacción de no sabemos qué hoja impresa. Oigámosle:

«Vi a la justicia por el balcón entrar por la puerta principal que bajo él estaba, y montando en la baranda de otro que se abría sobre un patio de una vecina casa, por la parte posterior de la redacción, caí diestra y silenciosamente a cuatro pies sobre su enyerbadas losas; emboqué un callejón obscuro que ante mí se abría, y justificando mi apellido me escurrí por él hasta la calle opuesta de la manzana; enfilé tranquilamente la de Peregrinos, subí la de Postas, mirando atentamente las tiendas como si

tuviera letras que cobrar en alguna de ellas; y de recodo en recodo, y de callejón en pasadizo, di conmigo en la de Esgrima, y en ella de manos a boca con un jitano a quien había salvado de ser fusilado dos hacía en la tierra de Aranda.

»Vile y conociéme; preguntóme y respondile; comprendióme a media palabra, y llevándome a un cuarto del número 30... y tantos, trenzóme la melena. coloróme el semblante, y endosándome unos calzones y una chaqueta de pana, con un sombrero con más faltas que una dolorosa de procesión, y una faja más ancha que la del Zodíaco, me sacó entre los de su cuadrilla por la puerta y puente de Toledo; sirviéndome de infalible seña gitanesca mi trenzada melena, que riza y suelta servía de seña personal a los que me buscaban de parte de mi familia para volverme a mi casa, y de orden del gobernador de las tres pes, Pió Pita Pizarro, a los que pretendían enviarme a saber lo que en Filipinas ocurría.

»Pasó una revolución a los pocos días con la desastrosa muerte del general Quesada en Hortaleza; pasó... lo que pasa en las revoluciones: un juicio final en las cuarenta y ocho horas, y al cabo de diez días torné yo a pasar, destrenzado y desteñido, por la puerta de Toledo, y volví a vivir a salto de mata, y a dormir en casa de un cestero que de portero habíamos tenido en la redacción de marras»...

De este modo, en plena bohemia, Zorrilla llegó a febrero de 1837, mes en que Larra, pistola en mano, le dejó abiertas de par en par las puertas del renombre, según se ha visto.

BIBLIOTECA DE CASTILLA

IV

El romanticismo.—Palabras de don Juan Valera.—Primeros éxitos de Zorrilla.—Genialidades y... disparates.— El famoso «Parnasillo».— Autorretrato del poeta.—Su boda.—Falta de datos acerca de la musa de carne y hueso.

Decíamos que Zorrilla, en aquella primavera, destacó con tanta gallardía como fortuna su personalidad, borrosa aún pero simpática.

Hallábase en España en agitado hervor político y literario. En las barricadas y en los teatros derramábase con generosa efusión la sangre y el talento. Espronceda, muy joven, había conseguido resonantes éxitos y era un semidiós; García Gutiérrez, un año antes (1), estrenaba con extraordinario aplauso en el coliseo del Príncipe su drama *El Trovador,* iniciando el renacimiento de la dramática española, al que, aunque siguiendo escuelas distintas, tanto contribuyeron el duque de Rivas Gil y Zárate, Hartzenbusch, Martínez de la Rosa, Bretón de los Herreros, Ventura de la Vega y el propio Zorrilla, seguidos por López de Ayala, Tamayo, Narciso Serra etcétera; y en la poesía como en el teatro y en la novela una generación de entusiastas cultivadores, casi todos ellos atacados

(1) El 1 de marzo de 1836.

del «mal del siglo», volvían de la emigración con un drama, o por un artículo iban a la emigración.

Ni la modesta finalidad de esta biografía, ni sus reducidas proporciones consienten intentar un bosquejo de aquellos albores del siglo XIX, tan fecundos en revoluciones y polémicas. El romanticismo, importado de Francia como una de tantas modas de allende el Pirineo, había arraigado, promoviendo discusiones vehementísimas entre los que le defendían a todo trance y los que sistemáticamente le atacaban. El romanticismo y el clasicismo, igual que el liberalismo y el carlismo, regaron el país con mucha sangre, mucha saliva y mucha tinta. Los críticos y los historiadores nos han legado abundante bibliografía concerniente a tan revuelto período; pero por lo que respecta al momento en que Zorrilla se dió a conocer, y para que el lector saboree la prosa de un ilustre ingenio, reproducimos lo que don Juan Valera ha dicho del romanticismo, tan bayante entonces (1):

«El romanticismo podía ser católico ferviente, incrédulo y blasfemo, amoroso y blando, terrible y endemoniado, y todo a la vez. El toque para ser romántico consistía principalmente en renegar de las divinidades del Olimpo, en hablar de Jehová o en no hablar de Dios alguno, y en poblar el mundo no ya de dioses y semidioses paganos, sino de ondinas, huríes, brujas, sílfides y hadas, o en dejarle vacío toda apariencia que no fuese natural y conforme el testimonio de los sentidos.

También don Ramón de Mesonero Romanos— que «vivió», como hoy decimos, aquella época— se burló donosamente de los desvaríos, hipérboles,

(1) *Historia general de España, desde los tiempos primitivos hasta la muerte de Fernando VII*, por D. Modesto Lafuente, continuada desde dicha época hasta nuestros días por el autor de *Pepita Jiménez*, con la colabiración de don Andrés Borrego y don **Antonii Pirala**.

falsedades y excesos que tantas polémicas engendraba.

Zorrilla se dejó al principio arrastrar por el vórtice: la edad, asociada con el medio ambiente, se lo impuso. En el campo del romanticismo se daban con idéntica celeridad y abundancia la metáfora y el disparate, el énfasis y la puerilidad.

Recordemos una de las poesías de Zorrilla—publicada en el primer tomo que con prólogo de Pastor Díaz dió pocos meses después de su éxito inicial—, titulada *A una calavera*. He aquí al genio que—¡oh prodigio de la inspiración!—no sabe lo que dice:

¿Y no ríes, sombría calavera?
¿No se te antoja descender al llano
Y entrar en el festín como cualquiera
Y a una hermosa OFRECER LA SECA MANO?

Dejemos a la calavera inverosímil, y adelante con este poeta, que no tardó en crearse la robusta personalidad que tanta fama le ha dado.

Veinte años tenía cuando se vió entre lo más distinguido de la sociedad madrileña. En el café del Príncipe, que entonces existía donde hoy se halla la contaduría del teatro Español, reuníase una peña de literatos y políticos, llamada *El Parnasillo, que fué célebre.*

Mesonero Romanos le dedicó un artículo, del que tomamos varios datos (1). Formaron la prestigiosa tertulia durante la década de 1832 al 42 Espronceda, Larra, Gil y Zárate, Martínez de la Rosa, García Gutiérrez, Martínez de Villegas, Hartzenbuch, Rodríguez Rubí, Bretón de los Herreors, el conde de San Luis, Patricio de la Escosura, Ventura de la Vega y otros. Allí García Gutiérrez leyó una noche, todo tembloroso, su *Tro-*

(1) *Memorias de un setentón.*

vador. Allí fué presentado por Luis González Bravo y ocogido cordialmente Zorrilla, que debió estremecerse también de emoción al verse entre tantos y tan insignes hombres.

¿Qué importaba la mezquindad del local, deficientemente alumbrado, con sus mesas de pino, sucias y grasientas? La gloria de los contertulios, desparramándose del café, iluminaba a toda España, y su jerarquía mental daba al recinto vastedades fastuosas de palacio...

Zorrilla era por entonces físicamente un jovencito insignificante, que vestía con alguna decencia gracias a su amigo y devoto Bernal de O'Reilly, el cual le facilitaba con gracioso desprendimiento prendas de su propio guardarropa.

En una epístola abierta, dirigida a Wenceslao Ayguals de Izco, el poeta se retrata así:

Yo soy un hombrecillo macilento,
de talla escasa, y tan estrecho y magro
que corto andando, como naipe, el viento
y protegido suyo me consagro,
pues son de delgadez y sutileza
ambas a dos, mis piernas, un milagro.
Sobre ellas van mi cuerpo y mi cabeza
como el diamante al aire; y abundosa,
pelos me prodigó Naturaleza
de tal modo, que en siesta calurosa
mis melenas y barbas extendidas
a mi persona dan sombra anchurosa.
Mi cara es como muchas, que, perdidas
entre la turba de las otras caras,
se pasean sin ser apercibidas;
mofadora expresión si la reparan
muestra a veces; la más, indiferencia,
y otras, melancolía, aunque muy raras.
Cual soy me tienes, pues, en tu presencia,
visto por fuera Wenceslao amigo;
pero visto por dentro hay diferencia,

Que aunque soy en verdad como te digo,
de hombre en el exterior, menudo cacho,
alma más rara bajo de él abrigo...

Poco sabía este mozo, pero sus amigos, cada día más numerosos, admirábanle tanto por «las circunstancias fantásticas de su aparición cuanto por la excentricidad de su nuevo género de poesía y de su nueva manera de leer».

En *El Español* colaboró frecuentemente, y en el Liceo leyó muchas composiciones que fueron aplaudidísimas. Publicó luego *El Cristo de la Vega, Margarita la tornera, A buen juez, mejor testigo,* y *Para verdades, el tiempo, y para justicia, Dios,* tradiciones y leyendas con las que Zorrilla aumentó su fama, consolidándola definitivamente.

Ya era *él,* libre de las influencias de Lamartine, de Hugo, de Byron, del mismo Espronceda, que en su primer tomo de versos comentó la crítica.

Zorrilla, conociéndolo, seguía valientemente su camino, resuelto a ser «poeta nacional». Así lo declaró en la dedicatoria de su segundo libro, a Juan Donoso y Cortés y Nicomedes Pastor Díaz, sus leales camaradas, y así lo reiteró en otra ocasión diciendo:

¡Fálteme la luz del sol
si algo *impío* ni *extranjero*
que haya en mis escritos quiero!
Que al cabo soy español.

A un libro siguió otro, en los que la exuberante imaginación se desbordaba tumultuosamente.

Su prestigio, cada vez mayor, dió al Liceo—instalado en el palacio de los duques de Villahermosa—noches inolvidables. En esta sociedad tan re-

nombrada «riñó y ganó grandes batallas...» «Allí ayudó a subir a la tribuna y entrar en la palestra literaria a Rodríguez Rubí, con su precioso romance de la venta del jaco»; allí «coronó una noche a Carolina Coronado y presentó una mañana a Gertrudis Gómez de Avellaneda...»

Por entonces contrajo matrimonio con una señora de algunos años más que él, viuda, y madre de su amigo ya citado, Bernal de O'Reilly. Ignoramos qué amor tan indomable impulsó al poeta a casarse tan pronto. La señora Pardo Bazán, comentándolo, escribe sagazmente: «No sería mero cálculo lo que le llevó al altar a Zorrilla; sería ese afán de emancipación que causa tantas bodas prematuras.»

«Espronceda—y así lo declara Zorrilla de pasada—, con motivo de mi primer matrimonio, *del que no se atrevió a hablarme más que una vez,* comprendió que el niño era ya hombre...»

Nada hemos podido averiguar en concreto acerca de esto. En otro lugar de sus *Recuerdos,* el poeta le aclara de un modo accesorio: «Me he casado dos veces tan vulgarmente como cualquier tendero de aceite y vinagre, sin consultarlo con nadie y sin dar a nadie parte ni responsabilidad en el asunto...»

¿Era rica, guapa o inteligente la primera mujer de Zorrilla?... Lo ignoramos. Es de suponer que fué dichoso con ella.

Zorrilla, necesitando atender a sus obligaciones, pasaba en el recién creado «nidito» días y días escribiendo. Amigo fué siempre del aislamiento. Tan sólo dedicaba algunas horas a la gimnasia, para fortalecer su «sietemesina naturaleza», a la equitación y al tiro de pistola—«que en tiempos tan revueltos no era inútil estudio...»

Cerróse el Liceo, mientras comenzaba a adquirir importancia el Ateneo de Madrid, establecido el palacio de la duquesa de Abrantes; Zorri-

lla había desertado del cafetín del teatro del Príncipe, y de vez en cuando se reunía en el de *Sólito* con García Gutiérrez, Gil Zárate y otros; los Madrazo, tan amigos suyos, andaban divididos en muchas familias; Espronceda, entre sus alegres contertulios, llamaba a Zorrilla «el viejo de veinticuatro años»...

V

El padre emigra y Zorrilla trabaja para auxiliarle económicamente.—Amor filial.—La visita de la madre.—Tristezas íntimas.—«El entreacto».—Un lector curioso.—Ataques a «los melenudos».—«El clasicismo, señores...» «Para vivir hay que trabajar».—Zorrilla decide recurrir al teatro

Nunca, según en diversas ocasiones él lo repitió, cegaron los aplausos a Zorrilla.

Si le halagaban era principalmente porque su eco alegrara el hogar paterno. Quería, ante todo, hacer famoso el nombre de su progenitor, para que éste, olvidando la fuga del chiquillo y la desaplicación del estudiante, le acogiera en sus brazos. Quería morir con él y con la madre en su casona solariega de Torquemada, villa donde la familia tenía unas tierras...

Don José Zorrilla y Caballero—superintendente general de policía de Madrid que allá por los años de 1827 al 30 limpiara de gente maleante la coronada villa,en tiempos de la Reina María Cristina—marchóse, por sus convicciones políticas con el pretendiente al Trono de España, el Infante don Carlos, hermano de Fernando VII, a las Provincias Vascongadas. Estalló, como se sabe, la guerra civil. Y un mes antes del abrazo de Vergara—con el que Maroto, el absolutista, y Espar-

tero, el isabelino, finalizaron tan sangrienta lucha—, el padre del poeta tuvo que emigrar a Francia...

Para poder auxiliarle pecuniariamente remitíale el hijo parte del sueldo mensual que el editor Delgado le daba por la publicación de sus versos.

Y así, teniendo además que atender a los gastos conyugales, Zorrilla trabajaba con incansable brío en su cuarto de la plaza del Matute. Desde entonces, hasta que la muerte le sorprendió con un breve puñado de duros por todo capital, no había de verse libre de apuros económicos.

Su excelente amigo Salustiano Olózaga le ofreció la entrega de los bienes paternos que estaban secuestrados. Zorrilla se negó a incautarse de ellos, alegando que al abandonar la casa renunció a sus derechos de hijo. Olózaga le llamó «tonto», como el padre le llamara antaño y se lo llamó después.

En cuestión de fechas, Zorrilla no precisa casi nunca en sus *Recuerdos,* lo cual—y como carecemos de otros testimonios—desorienta no poco al tratar de reconstituir lo más fielmente su vida.

A esta época debe referirse la llegada de la madre a Madrid, acontecimiento inolvidable para el poeta, que desde el año 35 no la había visto...

«Mi madre—dice—, harta de vivir escondida en un pueblucho de una sierra en donde nieva desde noviembre hasta febrero, y en el cual, incomunicada y sin noticias del mundo, había vivido cinco años sin saber lo que en el mundo pasaba, vino por fin a llamar a las puertas de la casa del hijo ingrato, cuyo amor filial creía extinguido por la vanidad de unos triunfos que no la habían producido más que ruido y coronas de papel dorado...»

Zorrilla la acoge con el natural júbilo, mucho más teniendo en cuenta que una y otro vivieron poco tiempo bajo el mismo techo, y aun así «entre el miedo y los pesares del destierro y en la escasez

de expansiva confianza de los que se conocen mal y no se aprecian bien...»

Cuando el poeta—falto de calor hogareño—se ve junto a la que le dió la vida, no sabe ser hijo suyo. Como a hija la trata, la mima, la peina, la besuquea, la sienta sobre sus rodillas; se queda muchos ratos mirándola los melancólicos ojos, siempre húmedos de llanto...

A la luz de ellos, más animoso que nunca, el hijo escribe en tres meses los tres tomos de sus *Cantos del trovador*. Ve a su madre leyendo un libro del padre Nieremberg, y concibe *Margarita la Tornera*, leyenda en la que su autor, sin que los buenos lectores lo sospechen, evoca su casa y sus alegres años infantiles...

Pero al poco tiempo la buena mujer, temerosa del marido autoritario e intransigente, se marcha de la casa del hijo. Atraviesa éste honda perturbación sentimental. Las obligaciones contraídas, apremiando, le reclaman. Ha de seguir remitiendo fondos—su amor filial lo exige—al emigrado. Y como los libros de versos dan, entre el oro del aplauso escaso cobre, Zorrilla piensa en el teatro...

Antes de seguir, anotemos, como trivialidad curiosa, el hecho de que el poeta comenzó firmando sus trabajos publicados en Madrid con la partícula *de*, tan cara al gran novelista Balzac.

En el periódico bisemanal *El Entreacto*, principalmente consagrado a tratar, como el título lo indica, de la farándula, y que empezó a publicarse el 31 de marzo de 1839, hemos visto varias veces la firma José *de* Zorrilla. Por cierto que el siguiente detalle revela una época de ingenuidades periodísticas.

Publicó Zorrilla la primera composición, titulada *Doña Elvira*—romance—, y en el número siguiente se insertó una carta, suscrita por *El redactor más curioso de El Entreacto*, rogando al poeta que aclarase lo que en sus versos relataba,

«porque en él se habla de personajes y sucesos que no se adivina en qué acaban», y el buen hombre era «enemigo de calentarse el caletre en discurrir aun las cosas más fáciles, como son las charadas de *El mercado madrileño*».

Contestóle Zorrilla en otra carta abierta, «incluyendo la segunda parte del romance», con lo cual desvanecía tan angustiosas dudas, y explicándole humorísticamente quiénes son Un embozado, un Don Lope y la Doña Elvira que en la rimada relación figuran...

Las polémicas literarias menudeaban y la sátira estremecía no pocas hojas impresas. En el mismo *Entreacto* se dice al frente de dos poesías firmadas por J. Zorrilla y Enrique Gil: «Las publicamos con mucha desconfianza, temerosos de que no merezcan la aprobación del *Mensajero,* calamidad la mayor que puede acaecerle a un poeta.»

Los «melenudos» eran combatidos sin descanso por los que, en nombre del clasicismo, se cortaban escrupulosamente el pelo. Seguían las animadas polémicas en cenáculos, en el Liceo, en los salones y en el Ateneo.

En este culto centro, recién fundado, «se discutía la cuestión de las *unidades dramáticas*» y «el paralelo entre las modernas novelas históricas y las antiguas historias caballerescas», alzándose la discreta voz de Alcalá Galiano para sostener que, «en cuestiones literarias, no hay clásicos ni románticos, con afirmaciones como las siguientes:

»Los verdaderos romántimos fueron los griegos, »y lo eran según la naturaleza, esto es, siguiendo »sus inspiraciones sublimes. Los poetas que vinie»ron después no fueron ya originales: Horacio, Virgilio y demás escritores coetáneos o sucesores »suyo seran simples imitadores de los griegos. »No he querido decir—continuó—que no haya re»glas, sino que así como Aristóteles las sacó del

»estudio y observación de los modelos griegos, de »la misma suerte debemos deducir nosotros las »que hayan de observarse en la poesía dramática, »de aquellas composiciones modernas escritas según el espíritu, gusto y tendencia de un teatro que »no es el de Grecia. Por consiguiente, es forzoso, »en el estado actual de ese género, formar una »poética nueva, tomada de los dramas de Schiller, Shakespeare, Calderón, Moreto, Lope de Vega, etc...»

«Por su parte, Enrique Gil, al juzgar en el benemérito *Semanario pintoresco español* los cuatro primeros volúmenes de las poesías de Zorrilla, decía lo siguiente:

»Así que nosotros aceptamos del *clasicismo* el »criterio de la lógica, no de la lógica de las reglas, insuficiente y mezquina para las necesidades mo»rales de la época, sino la lógica del sentimiento, »la verdad de la inspiración; y del *romanticismo* »aceptamos todo el vuelo de esa inspiración, toda »la llama y el calor de esas pasiones...» (1).

En el Liceo—poco antes de su desaparición—, luego de prolijas y vehementes controversias, los oradores quedaron de acuerdo, según un diario de la época, «en que era necesario acabar con el desenfreno literario y la anarquía de ideas, adoptando una literatura independiente del rigorismo de los preceptistas, pero a la vez racional e indulgente».

Mas aferrado cada cual a su teoría, la batalla se prolongó muchos años, y en el teatro la nueva escuela obtuvo abundantes laureles.

En este ambiente Zorrilla inició su carrera de autor dramático, tan breve como fecunda y gloriosa.

---

(1) Del libro, elegantemente escrito y tan bien documentado, *Juan Martínez Villergas*, por Narciso Alonso Cortés, Biblioteca Studium, Valladolid, 1913.

Los actores Lombía, Luna, Pedro López, Alverá y las Lamadrid organizaron una compañía en la temporada del 38 al 39—por cierto ya avanzada—, que el público acogió con aplauso y a la que proporcionaron ruidosos éxitos García Gutiérrez, Bretón de los Herreros y Olona.

Esta compañía, organizada con modestas pretensiones, y tendiendo a que Madrid—por ausencia de las primeras figuras—no se quedase sin teatro, fué la que estrenó varias obras de Zorrilla.

No sólo afán de gloria le impulsaba, sino que cedía al instinto de conservación. «Era preciso vivir—dice—, y para vivir era forzoso trabajar.»

Y como la producción dramática de nuestro poeta fué—salvo un breve período de alejamiento—casi constante a lo largo de pocos años, consideramos preferible hablar ahora de sus éxitos, peripecias y amarguras en el teatro.

VI

Zorrilla, dramaturgo.—Primeras obras teatrales: «Juan Dandolo».—Juicio de la crítica.—Zorrilla trepa por un balcón buscando dinero.—Pugilato de poetas.—«Cada cual con su razón».—La doncellez del adjetivo.—«El zapatero y el Rey» (1.ª y 2.ª parte).—Chismorreo de bastidores.—Dramáticos y divertidos antecedentes de un drama

La primera obra teatral que escribió Zorrilla fué un drama en tres actos y en verso, original, en colaboración con García Gutiérrez, titulado *Juan Dandolo*.

Estrenóse en el teatro del Príncipe el día 24 de julio de 1839, y, dicho en redondo, no gustó.

En *El Entreacto*, periódico bisemanal, del que ya hemos hablado, apareció al día siguiente una gacetilla anticipando la reseña de dicha obra, que más extensamente sería juzgada, como prometía y realizó en el número sucesivo.

De esta primera gacetilla reproducimos los párrafos que siguen:

«*Juan Dandolo* se resiente en general de poco conocimiento del teatro, y esto es debido, sin duda, a la poca práctica de uno de sus autores. Los principales personajes no interesan lo que debían, por haber mezclado rasgos mezquinos a las grandes pasiones que aquéllos se propusieron que sirviesen de base para ciertos caracteres.

»Esto es poco conocimiento del corazón huma no ; mas nada tiene de extraño atendiendo a la corta edad de sus distinguidos autores, cuyo reconocido talento nos autoriza a ser tan rigurosos con ellos.»

«En cambio hay infinitas bellezas, en la versificación, sobre todo.»

La interpretación de esta obra fué muy deficiente. *La ejecutaron*—dice, jugando con el vocablo—otro periódico. A Teodora Lamadrid hubo escenas en que no se le entendió palabra, porque su estruendoso modo de sollozar en todo instante lo impedía...

No por severa dejaba de ser justa la apreciación de la crítica. *Juan Dandolo,* sin embargo, fué escrito en circunstancias curiosas, que le privaban de perdurar legíticamente en los carteles. Vayan, en obsequio a la amenidad, unos cuantos pormenores.

Veintidós años contaba Zorrilla cuando, en el verano de dicho 1839, una mañana, necesitando dinero para auxiliar a su padre, emigrado a Francia, fué a ver a García Gutiérrez, autor famoso y aplaudido de *El Trovador.*

Era un miércoles, víspera del Corpus. Los operarios municipales acababan de tender el toldo que por entonces cubría la carrera, y las cuerdas del mismo estaban amarradas al balcón del cuarto de García Gutiérrez, del que caían a la calle.

Zorrilla, fervoroso de la gimnasia, y queriendo fortalecer con ella el brazo izquierdo, que se rompió cuando era niño, trepó por las cuerdas al domicilio de su amigo.

Este se hallaba todavía en la cama, procedimiento al que recurría para combatir las sutiles torturas del hastío.

—Vengo a verte porque necesito dinero.

—¡Caramba! — exclamó García Gutiérrez —.

Cuarenta y ocho horas hace que estoy metido aquí buscando un medio para encontrar dos mil reales.

Zorrilla—cedámosle la palabra—replicó:

»—¡Hombre, tú, con ofrecer una obra al teatro!...

»—No tengo más que medio acto de un drama.

»—Pues yo te ayudaré; y haciendo en tres días tres actos cortos, yo me encargo de sacarle a Delgado (1) el precio del derecho de impresión, y tú puedes tomar los de representación de la compañía del Príncipe, que verá el cielo abierto de tener en junio un drama del autor de *El Trovador*.

»Hice a Gutiérrez—añade Zorrilla—oferta tal sin pesar más que mi buen deseo, y aceptóla él sin pensar en mi inexperiencia del arte dramático ni la distancia que entre él y yo mediaba. Convinimos en que él me escribiría el plan de su obra y vendría a las cuatro a comer con mi familia, para repartirnos el trabajo.

»Hízolo así Gutiérrez; leyóme las dos primeras escenas que tenía escritas, tocóme a mí escribir el acto segundo, y nos despedimos al anochecer para juntarnos el jueves a las cuatro, a examinar el trabajo por ambos hecho en la noche.

»El jueves me trajo dos escenas más, y leíle yo todo el acto segundo. Asombróle mi trabajo y exclamó: —¡Demonio! ¿Cómo has hecho eso? —Pues poniéndome a trabajar ayer en cuanto te fuiste, y no habiéndolo dejado ni para dormir ni para almorzar.

»Fuése picado, y concluyó su primer acto en aquella noche; el viernes concluímos cada cual la mitad del tercero que le tocó, el sábado lo copié yo, el domingo lo presentó él al teatro y cobró tres mil reales, y el lunes cobré yo otros tres mil

(1) Su editor, a quien había ido a ver antes, sin conseguirlo, para pedirle los fondos que necesitaba.

de Delgado... y no siguió aburriéndose García Gutiérrez y envié yo a mi padre dos mensualidades.. »

He aquí hermanados, complementándose, los dos privilegios que permitieron a Zorrilla ser casi siempre autor dramático: la crónica falta de recursos, cronicidad que sólo la muerte pudo combatir, y la facilidad, la improvisación, la inagotable vena poética, que únicamente en la tumba había de secarse.

España ha sido en toda ocasión tierra generosa de dilapidadores. Dilapidadores de fantasía, de audacia, de dinero... Oro, y muchas veces de la mejor ley, prodigado sin tino; gracias a lo cual nos vemos hoy, alegremente, tan pobres.

* * *

La segunda producción teatral de Zorrilla, ya sin colaboraciones, estrenóse también en el coliseo del Príncipe el 16 de septiembre del mismo año.

Fué una comedia en tres actos titulada *Cada cual con su razón,* en la que el poeta declara que «atropelló la Historia, clavándole a Felipe IV un hijo como una banderilla».

Aunque, según él, la califique de «afiligranado desatino», el público y la crítica se dignaron acogerla con aplauso.

Una gacetilla del aludido bisemanal *El Entreacto,* dice, dando cuenta del estreno:

«Con impaciencia deseaba el público ver en la escena esta hermosa producción, pues además de la gran reputación que tiene su autor como poeta, eran muy satisfactorias las noticias que acerca de ella circulaban, y en efecto, *Cada cual con su razón* es una de aquellas comedias que deben dejar sumamente complacidos a los espectadores.»

Después, el crítico elogia la bondad de la versificación, la «precisión del diálogo» y la circunstancia, entonces tan sobresaliente como ahora, de

que se trataba de una obra original y no de una traducción.

Bárbara Lamadrid estuvo «inimitable»; Luna representó a conciencia el papel de Felipe IV, y muy bien Lombía el de Don Pedro.

La concurrencia pidió unánimemente el nombre del autor. Entonces—¡benditos tiempos de timidez, distintos de los procaces de ahora!—no se anunciaba nunca más que el título de la obra sometida al fallo del público. Positivamente, los «intelectuales» de aquel tiempo eran tímidos, sencillos y buenazos como la incomparable codorniz.

Hasta el adjetivo prócer y honesto, cuídabase muy mucho de solazarse en el arroyo y piruetear en el tablado. Así, cuando derramaba su claridad o hundía su saña, en toda sazón sabía conservar su prestigio. Decíase «el muy acreditado drama», o «la siempre aplaudida comedia»; y al ciudadano que se distinguía llamábanle «distinguido». Hoy, para calificar a un compañero cuyos triunfos nos desazonan, le decimos, desdeñosamente, «distinguido»... Existen, gracias a Dios, infinitos modos discretos de molestar.

Volvamos a Zorrilla y a su época, más o menos ingenua.

Dos meses después de haber dado *Cada cual con su razón,* estrenó *Aventuras de una noche o Lealtad de una mujer,* comedia en la cual «levantó un chichón histórico a don Pedro de Peralta y otro al príncipe de Viana».

A esta obra siguió *El zapatero y el rey* (primera parte), tan aplaudida entonces y siempre, a pesar de la famosa «conjuración de muchachos de colegio—base del drama—, que no hay narices con qué admirar», como sinceramente opina su autor.

Por razones que aquí ocuparían buen número de páginas, y que exclusivamente se refieren a luchas de bastidores y competencias de Empresa,

Zorrilla se vió comprometido a seguir la carrera de dramaturgo dando sus producciones, bien a Lombía y Latorre, durante algunos años, bien a Julián Romea.

Ello importa poco al lector y haría fatigosa la breve historia anecdótica de las obras teatrales de Zorrilla que hemos comenzado.

Lo cierto es que, a raíz de *El zapatero y el rey,* nuestro fecundo poeta quedó, «como un mal médico con título y facultades para matar, por el dramaturgo más flamante de la romántica escuela, capaz de asesinar y de volver locos en la escena a cuantos reyes cayeran al alcance de su pluma.»

«¡Dios me lo perdone!—exclama—; pero así comencé yo el primer año de mi carrera dramática, con asombro de la crítica, atropello del buen gusto y comienzo de la descabellada escuela de los espectros y asesinatos históricos, bautizados con el nombre de dramas románticos.»

La segunda parte de *El zapatero y el rey,* por las circunstancias que concurrieron en su estreno, añaden un curioso capítulo de la accidentada, fatigosa y triste historia del teatro por dentro.

Competían las Empresas del Príncipe y del de la Cruz. En el primero actuaban, prósperamente, Matilde Díez y Julián Romea; con ellos, auxiliándoles no poco, estaban los autores más en boga. Al frente de la compañía del teatro de la Cruz figuraban Lombía, con gracioso y característico de primera fuerza, secundado en el género serio por Carlos Latorre, escelente trágico que, según cuentan, había heredado las condiciones de Máiquez.

Zorrilla, en esta enconada lucha, estaba de parte de los últimos, para quienes trabajó muchas veces. Tenía asignados por la Empresa del coliseo de la Cruz, aunque no los cobraba, mil quinientos reales mensuales por no escribir para el Príncipe y entregar a aquél dos obras, una en septiembre y otra en enero.

Ahora bien: el negocio de la compañía Lombía-Latorre iba cada vez peor.

Estrenóse *El naufragio de la Medusa,* y fué un fracaso. Púsose luego *La degollación de los Inocentes,* obra arreglada del francés, en la que la Empresa confiaba mucho... y el público—gráficamente lo consigna Zorrilla—«tomó en chunga a Herodes y a sus niños descabezados...»

¿Qué hacer? Fagoaga, el empresario, estaba rendido de soltar dinero. El público acudía en masa al teatro rival, al del Príncipe. Entonces se recordó que Zorrilla había entregado la segunda parte de *El zapatero y el rey* hacía tiempo; que varios de los actores, «por no tener cosa mejor en qué pasar su tiempo». se sabían de memoria los papeles, y hasta que el maquinista y pintor, en ratos perdidos-llegaron casi a dejar concluído el decorado.

Aquello podía ser la consabida tabla de salvación. Un poco de buena voluntad, tres ensayos, y arriba la cortina.

Y aquí surgen las pequeñeces de entre bastidores. El papel del Zapatero requería un primer actor. Latorre y Mate se habían adjudicado los del rey Don Pedro e infante Don Enrique, respectivamente. ¿Quién iba a encargarse del de Zapatero?

Por consejo de Latorre, Zorrilla se puso al habla con Lombía, a fin de convencerle para que le aceptara. Delicadilla y escabrosa misión, porque la compañía estaba dividida en dos y al frente de un género se hallaba Lombía, mientras Latorre capitaneaba el otro. La vanidad de los actores amenazaba derrumbar, con el reparto de *El zapatero y el rey,* aquel trono bipartido.

Zorrilla triunfó como diplomático. Dijo a Lombía que el papel del zapatero era el fundamental, y que por eso «su drama se titulaba *El zapatero y el rey* en lugar de *El rey y el zapatero*»; que debía acceder, porque de lo contrario, los murmura-

dores y enemigos creerían lo que se susurraba en saloncillos y tertulias, esto es, que a Lombía le arredraba presentarse en escena con Latorre; que él Zorrilla, había escrito dicho papel pensando exclusivamente en Lombía, y que por último, que de su actitud dependían los intereses de la Empresa y aun la suerte de un drama ya envejecido, achacoso y manteado antes de arrostrar la luz de las candilejas.

Lombía quedó convencido. Y comenzaron los ensayos y sonó la hora—en estos trances luctuosa—de redactar el cartel

¿Cuál de los dos, Latorre o Lombía. Lombía o Latorre, figuraba el primero?... Cuestiones son éstas, y otras no menos importantes, que se ventilan a espaldas del público con sordo y envenenado acompañamiento de bascas, sofoquinas, conspiraciones e insidias.

Cedió Latorre, en obsequio a Zorrilla, pero imponiéndole la condición de que en los carteles, la noche del estreno, había de consignarse el nombre del autor. Esto constituía en los anales del teatro un acontecimiento. Tan insólita condición era aquella, que la Empresa y Zorrilla hubieron de discutirla prolijamente. Hasta que accedió Zorrilla, y vencidos por fin todos los obstáculos, un día «el nombre del poeta más pequeño que había en España apareció en las letras más grandes que en cartel de teatros hasta entonces se habían impreso».

Zorrilla se negaba a que figurase su nombre en los carteles, porque ello podría parecer, dadas las costumbres de la época, como una insolencia, una bravata, un reto. «¡Eh! ¡Que voy a estrenar tal obra! ¡Que ya sabéis a quién, caso de que no os guste, vais a silbar!» En efecto: anunciar el nombre del autor tan públicamente equivale a cierta coacción que no debe nunca ejercerse. La costumbre es ley. Hasta la sabrosa sugestión del incógnito faltaba. Pero, en fin, ya no había remedio...

Justificado era, pues, el miedo de Zorrilla. Y los hechos demostraron, al principio, que no iba descaminado en sus temores. En cenáculos, parnasillos y mentideros literarios se comentó desfavorablemente lo que se creía jactanciosa temeridad de un dramaturgo joven, mimado del público. Muchos «queridos compañeros» se concertaron, caritativa y tácitamente, para *patearle*. El único instinto de solidaridad que tenemos los españoles cristaliza y da fe de existencia cuando le engendra la envidia, el odio o la impotencia...

Caldeado estaba el ambiente, tirantes los nervios, a punto y bien untada la mecha. «La Empresa y los actores—refiere Zorrilla—tomaron, despechados, a pecho llevar el drama adelante, y la noche del ensayo general estaba el teatro más lleno que lo iba a estar la de la primera representación.

»Una multitud de *amigos* fué a estudiar las situaciones débiles y las escenas difíciles y atacables de mi obra, para herirla a golpe seguro y en sitio mortal.»

Pero—como en las situaciones anhelantes de folletín—hagamos una pausa y abramos nuevo capítulo.

VII

Estreno de la segunda parte de «El zapatero y el Rey.—Lleno completo.—Latorre tiene miedo y Zorrilla también.—Vientos de fronda.—La «fiera» se rinde.—¡Qué salga el autor!—El autor, oculto en un palco, no quiere salir.—Don Juan Prim aplaude.—«¡Diablo de chiquitín!»—«Con las glorias... se olvidan los derechos de autor.»

Eran las ocho y media de la noche. El público, en apretados grupos, iba ocupando las localidades del teatro de la Cruz, situado en la calle del mismo nombre y que desapareció hace años. En el despacho se había puesto desde horas antes el adorable cartelito de «No hay billetes»...

«El alumbrante—cuenta Zorrilla—había encendido ya los quinqués de los pasillos; los actores pedían ya luz para sus cuartos, y los comparsas se probaban los arrequives que mejor convenían a sus tan necesarias como desconocidas personalidades»...

Zorrilla dejó a su familia en el palco bajo del proscenio de la izquierda—que, con arreglo a contrato, podía ocupar en todas las funciones menos las de beneficio—, y, atravesando el escenario, subió al *camerino* de Carlos Latorre.

El gran actor estaba vistiéndose, auxiliado por

su ayuda de cámara, Agustín, y parecía intensamente preocupado.

—¿Qué te sucede, Carlos?—exclamó el poeta.

—Que tengo un miedo atroz.

—¡Toma! Yo le tengo siempre, pero procuro disimularlo.

El actor miró a su amigo con desconsuelo.

—¡Y yo que estaba deseando que viniese usted para animarme!...

Entonces Zorrilla cerró la puerta del cuarto, previno a Agustín que no dejase entrar a nadie y murmuró:

—Hablemos unos minutos, y «si después de lo que le diga no se siente usted con más valor que Paredes en Ceriñola, no será por culpa mía».

Dramaturgo y comediante se tenían sincera y antigua amistad. Latorre había conocido al padre de Zorrilla, al que incluso pidió algún favor cuando desempeñaba el cargo de superintendente de policía. El famoso actor—hombrazo de «cerca de seis pies de estatura»—tenía mucha fe en el poeta y escuchaba y seguía dócilmente los consejos que le daba para seguir esclavizando al público.

Aquella noche Zorrilla se expresó vehementemente. Era preciso triunfar. Los maldicientes afirmaban que el teatro de la Cruz era una tumba donde Lombía, con perverso egoísmo, había reunido una colección de momias. A Zorrilla, con sus veinticuatro años, le atribuían el papel de galvanizador.

«—Necesito, pues, que usted resucite, aunque me deje en la oscuridad de la fosa de que usted se alce. Jugamos esta noche el todo por el todo; pero, aunque se hundan el autor y el drama, es forzoso que el actor se levante...»

Todavía el mozo siguió hablando con ardor de combatiente; pero Latorre, si bien más animado, vacilaba aún. Hasta el *camerino* llegaba, como rumor de pleamar, el desasosiego de aquel públi-

co, dispuesto, si no le emocionaban con arte, a destruir en tres horas la labor de muchos días, de muchas inteligencias y de muchos sinsabores.

Zorrilla fuése a su proscenio, desde el fondo del cual, sin ser visto por la gente, podía presenciar la representación.

El primer acto fué oído en medio de un silencio glacial. Nadie aplaudió. No obstante, Zorrilla pudo observar que la impresión que su obra producía «no le era desfavorable».

En el segundo acto los *morenos* comenzaron a desarrugar el entrecejo. Latorre comprendió que en la lucha entablada perder una coyuntura era acelerar torpemente el fracaso. Y tuvo buen cuidado en no desperdiciala. He aquí, pues, que se alza el telón y que el escenario representa la cámara real de Don Pedro.

Latorre había caracterizado cuidadosamente y, encarnando al justiciero monarca, «apareció en pie, inmóvil, apoyado el brazo izquierdo en el respaldo de su sillón blasonado de leones y castillos, y el derecho en una espada enorme». El capitán Blas Pérez le miraba respetuoso.

La corpulenta y arrogante estatura del actor, que con tan estatuaria plasticidad se destacaba, arrancó un murmullo de admiración, trocado acto seguido en aplauso unánime. A partir de entonces, la aurora del éxito fué difundiéndose sobre la semioscuridad del salón. Latorre, dueño de sí, era ya amo de los demás.

«En la escena endecasílaba—habla Zorrilla—con Juan Pascual, Carlos desplegó todas sus poderosas facultades orales y toda la clásica maestría de su dominio de la escena, la cual estaba estudiada con tan minucioso cuidado que tenían marcado su sitio los pies de los comparsas, los de Juan Pascual y los suyos para la escena penúltima; y al decir al conspirador que si el cielo se desplomara sobre su cabeza le vería caer sin in-

clinarla, rugió como un león, estremeciendo al auditorio; y al barrer, después de un gallardísimo molinete de su tremendo mandoble, las once espadas de los conjurados, al tiempo que el antiguo zapatero Blas abría tras él la puerta de salvación, el público entero se levantó en pro del rey que tan bien se servía de sus armas, y aplaudió entusiasta la promesa de su vuelta para el acto siguiente.»

Los espectadores de buena fe, los que se «entregan», ajenos a villanos personalismos, reclamaron la presencia del autor. Nutridas palmadas levantaron el telón. Carlos Latorre, satisfecho, lanzó una mirada a Zorrilla, que continuaba oculto en el fondo del palco. Y en vista de que la mayoría del público seguía llamando al autor, alguien dijo: «Señores, el nombre del autor está en el cartel, y el señor Zorrilla en su palco, pero suplica al público que no insista en su presentación, porque tiene mucho miedo al tercer acto.»

La asamblea, dando una singular prueba de cordura, renunció a su deseo y se dispuso a oir el tercer acto, que consolidó definitivamente el éxito de la obra.

Aplaudióse al pintor escenógrafo, Aranda, que presentó sin bastidores—innovación entonces introducida por primera vez—la plataforma del castillo de Montiel; fueron ovacionados asimismo Teodora Lamadrid, Carlos Latorre, Lombía y Lumbreras, y en la escena de la aparición de la sombra de Don Enrique, de poderoso efecto teatral, Latorre, rugiendo, riendo sarcástico, convulso y altivo, obtuvo uno de los mayores éxitos de su carrera, ya dilatada, y el telón cayó entre una clamorosa tempestad de vítores y palmadas.

«El público y el huracán—añade Zorrilla—entraron en el teatro; mis amigos aullaban de placer de haber sido vencidos...»

Volvióse a requerir la comparecencia del autor,

y tornóse a declarar a la asamblea que el señor Zorrilla «tenía más miedo al cuarto acto que al tercero».

El público, en pie, ronco de entusiasmo, insistía. Don Juan Prim—teniente coronel a la sazón—, que conocía de vista únicamente al poeta, y se dió cuenta del elemento hostil en la sala diseminado para combatirle, aunque no había podido lograrlo—aplaudía ostensiblemente en su luneta (butaca). Y el mismo Latorre envió un recado al dramaturgo, previniéndole «que no estirase tanto la cuerda que se rompiese».

A pesar de ello, Zorrilla no se movió de su escondite. Confiaba en el último acto. Y así fué. Los intérpretes de la obra obtuvieron un nuevo triunfo, y aquellos espectadores conjurados contra el drama, la compañía y el autor, abandonaron, mohines y humillados, sus asientos.

Varias veces hubieron de salir a escena dramaturgo y actores, entre las aclamaciones del público. ¡Oh, brisa refrescante del éxito, que orea las abrasadas frentes y hace brotar rosas en la oscuridad del escenario, en el lienzo y en la madera de los bastidores!...

Cuando cayó la cortina por última vez aquella noche, toda la farándula estaba loca de júbilo. El gigantesco Latorre casi aplastó a Zorrilla cogiéndole en vilo para darle un beso. Y sólo supo exclamar, como síntesis de la ruda batalla, mirando con indefinible arrobo a Zorrilla:

—¡Diablo de chiquitín!...

La obra gustó mucho, aunque en definitiva obtenga más sufragios la primera parte que la segunda. El teatro estuvo aquella temporada siempre lleno; los actores trabajaban a gusto—debilidad no precisamente crónica—, y la Empresa sonreía gozosa, lo cual tampoco es milagro muy repetido...

Y, lo que dice el vulgo, «con las glorias se van

las memorias». Cerca de cuarenta representaciones seguidas iban dadas de *El zapatero y el rey*, que hicieron ingresar en la taquilla unos *veinte mil duros*... y todo el personal del teatro, hasta el último espabilador había cobrado su sueldo, excepto Zorrilla.

¡Curioso sino el del escritor! Generalmente, siendo el primero en producir, es el último en cobrar. Los «artículos» intelectuales se cotizan, salvo las consabidas excepciones, a regañadientes, y desde luego con cicatería perfectamente judaica. La factura de cualquier tendero ejerce más sugestión en el acreedor que el modesto recibo de un literato. Así—sobre todo en aquella época en que los autores dramáticos no se habían asociado aún—Zorrilla vióse tan aclamado por el público como olvidado pecuniariamente por la Empresa.

«Hasta que el viejo juez Valdeosera—habla el autor—se presentó una noche a intervenir la entrada, no cayeron en la cuenta Salas y Lombía de que no podíamos los poetas vivir del aire, y se apresuraron a darme paga cumplida con intereses y sincera satisfacción; y era que, realmente, con la más cándida impremeditación, se habían olvidado, recogiendo los huevos de oro, del que les había traído la gallina que los ponía...»

Y menos mal que, entendiendo sus intereses, la Empresa dió al poeta y amigo «sincera satisfacción». No cabe duda de que el éxito domestica a ciertos empresarios y hasta les inocula el virus, nunca bien elogiado, de la sociabilidad.

VIII

«El puñal del godo», escrito en veinticuatro horas.—Cómo se eligió este asunto.—Noche de truenos y de endecasílabos.—Por qué en este drama no figuran mujeres.—Latorre, entusiasmado.—«El puñal», escrito de prisa, se ensaya despacio.—Un nuevo éxito.

Desde 1839, en que Zorrilla estrenó su primera obra dramática *Juan Dándolo,* hasta 1850, en que dió *Traidor, inconfeso y mártir,* para el beneficio de Matilde Díaz, compuso veintidós producciones teatrales. Luego, durante cerca de treinta años el autor de *María* enmudeció como dramaturgo.

Hablar de todas estas obras ocuparía demasiadas páginas del presente libro. Vamos a limitarnos a referir la historia de algunas de ellas, tales como *El puñal del godo, Don Juan Tenorio* y *Traidor, inconfeso y mártir,* que además de ser conocidísimas y de figurar todavía en el repertorio de todas las compañías dramáticas, tiene una historia pintoresca y digna de divulgarse.

En esta ocasión, como en otras, habremos de recurrir al propio testimonio de Zorrilla, Tanto más cuanto que su obra *Recuerdos del tiempo viejo*—900 páginas escritas sin orden cronológico y conforme la memoria del poeta iba, caprichosamente, devanándolas—está agotada y sólo por ver-

dadera casualidad se encuentra algún ejemplar en las librerías de lance.

El puñal del godo es una obra que evoca la fecundidad de Lope de Vega. Fué escrita en *veinticuatro* horas y sometiéndose el autor a condiciones curiosas, que darán al lector idea del teatro por dentro...

Extractemos antecedentes.

Una noche de primeros de diciembre de 1842, Zorrilla fué llamado a su *camerino* por el actor Lombía, en el coliseo de la Cruz, para pedirle un favor. Hallábanse presentes Tomás Rodríguez Rub, Juan Eugenio Hartzenbusch, Isidoro Gil y algún otro.

Lombía expuso al poeta el favor que de él esperaba, y que no era otro que una obra dramática para llenar el cartel de Nochebuena.

Según costumbre establecida, las funciones que en tal época se celebraban eran a beneficio de la compañía.

Carlos Latorre, alegando que su condición de actor trágico no le permitía actuar en estas representaciones de índole festiva, jamás tomaba parte en ellas. Así, pues, cobraba como sus compañeros, pero no trabajaba. Lombía, encontrando esta combinación un «tanto desigual», quería que aquel año el autor de la casa, Zorrilla, escribiese una obra en la que pudiera trabajar Latorre. Sólo apelando a este medio el aplaudido trágico quebrantaría su costumbre...

Zorrilla, dócil a los compromisos que con la Empresa había contraído, mostróse dispuesto a complacerla. Pero estaban a 13, y Lombía manifestó que, como el tiempo apremiaba, la obra en cuestión debía hallarse concluída el 17, copiada y repartida el 18, estudiada el 19 y 20, ensayada el 21 y 22 y estrenada, por último, el 24... Todo lo cual encontró Zorrilla harto atropellado, porque de la segunda obra que debía entregar a la Em-

presa antes de año nuevo, según contrato, le faltaban tres escenas y poner en limpio el acto tercero...

Si interrumpía este trabajo, nunca le terminaba; de modo que le era imposible ocuparse de nada más hasta el 17, fecha en que no quedaba tiempo para escribir la otra pieza que se le pedía.

Discutieron actor y autor, aquél dudando de la buena fe de éste y éste protestando de ella. Por fin, Zorrilla encontró una fórmula. Concluiría su trabajo el 16, y por la noche volvería a ver al actor. Si se encontraba argumento para un drama en un acto, él lo escribiría el 17, y al día siguiente lo entregaría a la Empresa.

El argumento lo buscarían en la *Historia de España* del padre Mariana, abriendo este libro por tres partes, desde la época de los godos hasta el reinado de Felipe IV. Se leerían tres hojas de cada corte hecho en la páginas, y si en las nueve se tropezaba con algo que pudiera dar pretexto a una obra dramática, la Empresa del teatro de la Cruz podía contar con ella para el cartel de Navidad.

De acuerdo los presentes a esta entrevista, llegó el 16 de diciembre.

A las siete de la tarde Zorrilla entraba en el cuarto de Lombía, donde ya le aguardaban los aludidos personajes. El actor tenía sobre su mesa un ejemplar de la *Historia de España*.

Había sonada el momento en que el Azar iba a someter a curiosa prueba la imaginación, la facilidad y el temperamento de un dramaturgo aplaudido.

Tomó cualquiera de los circunstancias el libro del padre Mariana y «metimos—dice Zorrilla—tres tarjetas por tres páginas distintas.

»En el primer corte tropezamos, en el capítulo XXIII del libro séptimo, estas palabras sobre el

fin de la batalla del Guadalupe y muerte del rey Don Rodrigo:

»Verdad es que, como doscientos años adelante, «en cierto templo de Portugal, en la ciudad de «Viseo, se halló una piedra con un letrero en la-«tín, que vuelto en romance dice:

AQUI REPOSA RODRIGO, ULTIMO REI DE LOS GODOS

«Por donde se entiende que, salio de la batalla, »huyó a las partes de Portugal.»

»Al llegar aquí, dije yo: —Basta; un embrión de drama se presenta a mi imaginación. ¿Con qué actores y con qué actrices cuento? Necesito a Carlos (Latorre), a Bárbara (Lamadrid) y a lo menos dos actores más.»

»Y mientras esto decía ,me rodaban por el cerebro las imágenes de Pelayo, Don Rodrigo, Florinda y el conde don Julián.

»Lombía dijo:

»—Imposible disponer de Bárbara.

»—Pues Teodora—repuse yo.

»—Tampoco; la cuesta mucho estudiar—replicó Lombía.

»—Pues Juanita Pérez, ni la Boldún, no me sirven para mi idea—repuse.

»—Pues compóngase usted como pueda—exclamó por fin Lombía—; tiene usted a Carlos, a Pizarroso y a Lumbreras: *los tres de usted* (1). Van a levantar el telón y no quiero faltar a mi salida. ¿En qué quedamos? ¿Es usted hombre de sostener su palabra?

»Picóse el amor propio al tonillo provocativo de

(1) El actor aludía, con retintín de celoso, a la amistad que estos compañeros profesaban al poeta. Lombía siempre creyó que Zorrilla le estimaba menos que a los restantes actores de la compañía.

BIBLIOTECA

Lombía, y sin reflexionar, tomé mi sombrero y dije, saliendo tras él de su cuarto:

»—Mañana a estas horas quedan ustedes citados para leer un drama en un acto. Buenas noches.

»—¿Apostado?—me gritó Lombía, dirigiéndose a los bastidores.

»—Apostado; me darán ustedes de cenar en casa de Próspero (1)—respondí yo, echándome fuera de ellos por la puerta de la plaza del Angel (2).

»Poco trecho mediaba de allí a mi casa, número 5 de la plaza del Matute; poco tiempo tuve para amasar mi plan, pero tampoco tenía minuto que perder.

»Me encerré en mi despacho; pedí una taza de café bien fuerte, di orden de no interrumpirme hasta que yo llamara, y empecé a escribir en un cuadernillo de papel la acotación de mi drama.

»Cabaña, noche, relámpagos y truenos lejanos.—*Escena primera...*»

»Yo no sabía a quién iba a presentar ni lo que iba a pasar en ella; pero puesto que iba a desarrollarse en una cabaña, debía estar por alguien habitada: ocurrióme un eremita, a quien bauticé con el nombre de *Romano* por no perder tiempo en buscar otro; y como lo más natural era que un ermitaño se encomendase a Dios en aquella tormenta que había yo desencadenado en torno suyo, mi monje *Romano* se puso a encomendarse a Dios mientras yo me encomendaba a todas las nueve musas para que me inspiraran el modo de dar un paso adelante.

»Pensé que si el monje y yo nos encomendábamos bien a nuestros dioses respectivos, corría el riesgo de meterme, empezando mal, en un pantano de banalidades del que no pudieran sacarme ni todos los godos que huyeron de Guadalete, ni to-

(1) Uno de los restaurantes más afamados por entonces, establecido en la Carrera de San Jerónimo, 23.

(2) Adonde daba una de las salidas del teatro.

dos los moros que a sus márgenes les derrotaron.

»Llevaba ya el monje rezando treinta y seis versos y era preciso que dijera algo que preparara la aparición de otro personaje; que era claro que si andaba por el monte a aquellas horas y con aquel temporal, debía de poner cuidado al que abría la escena en la cabaña.

»Decidíme por fin a atajar la palabra a mi monje *Romano* y escribí: *Escena II. Sale Theudia*; y salió Theudia; mas como no sabía aun quién era aquel Theudia, le saqué embozado y me pregunté a mí mismo: ¿Quién será este señor Theudia, a quien tampoco podía tener embozado mucho tiempo en una capa, que no me di cuenta de si usaban o no los godos?

»Era preciso, empero, desembozarle, y él se encargó de decirme quien era: un caballero, por lo cual, y por su nombre y por su traje, tenía necesariamente que ser un godo; quien trabándose de palabras con aquel monje que en la choza estaba, me fué dando con los pormenores que en ellos daba, la forma del plan que me bullía informe en el cerebro; de modo que andando entre Theudia, el ermitaño y yo a ciegas y a tientas con unos cuantos recuerdos históricos y unas cuantas ficciones legendarias de mi fantasía, cuando al fin de aquella larga escena segunda escribí yo: *Escena III. El ermitaño, Theudia, don Rodrigo,* ya comenzaba a ver poco más claro en la trama embrollada de mi improvisado trabajo, y el cielo se me abrió en cuanto me vi con Carlos Latorre en las tablas...»

El recuerdo del gran comediante surtió efectos de acicate, Zorrilla, ya más seguro, continuó escribiendo. En la escena IV los endecasílabos fluían fáciles, sonoros, prontos a electrizar a la concurrencia.

Era la hora en que la luz se hundía
tras las montañas, y la niebla densa

por todo el ancho de la selva umbría
iba tendiendo su cortina inmensa.

Con el cansancio y el temor y el duelo,
fiebre traidora me abrasaba ardiente,
sin ver dónde acudir en aquel suelo
en que nunca tal vez habitó gente.

Cuanto con más esfuerzos avanzaba
viendo si al llano por doquier salía,
más la selva a mis pasos se cerraba,
más en la negra oscuridad me hundía.

Un vértigo infernal apoderóse
de mi alma y, sin luz y sin camino,
a mi exaltada mente presentóse
toda la realidad de mi destino.

Rey sin vasallos, sin amigos hombre,
en mi raza extinguido el reino godo,
sin esperanza, sin honor, sin nombre,
perdido, Theudia, para siempre todo.

¡Cuán odioso me vi!... Despavorido,
a pedir empecé con grandes voces
auxilio en el desierto; mas perdido
fué mi acento en las ráfagas veloces
a expirar en los senos del espacio...
y a impulso entonces del furor interno,
maldiciendo mi estirpe y mi palacio,
con sacrílega voz llamó al infierno.

Envuelto en el «torbellino de la inspiración», el poeta dió fin al monólogo del monarca (escena V), preparando la salida a escena del conde don Julián, que aparece en la puerta de la cabaña, a la luz de un relámpago, para mayor efecto.

Zorrilla descansó unos momentos. Amanecía en aquella sazón. Hizo que le sirvieran chocolate, leyó lo escrito y, aunque consideró que era demasiado largo, no se detuvo a corregirlo. Temía que el cansancio le rindiese y llegara la hora convenida sin haber concluído la obra.

No había otro remedio que seguir adelante. La escena siguiente (VI. *Don Rodrigo y el Conde*) le costó «más trabajo que todo lo llevado a cabo». Realmente es la fundamental, la que había de resolver el éxito. Sorprendió la noche al poeta cuando trazaba estos renglones:

CONDE Hice más.
RODRIGO Imposible es que ya crezca tu infamia.
CONDE Escucha, pues, ¡oh Rey Rodrigo, a cuánto llega mi rencor contigo!

Apenas si le faltaban para concluir *El puñal* (ateniéndonos, claro es, al ejemplar impreso que tenemos a la vista) cincuenta y tantos endecasílabos. Pero la hora se acercaba y el poeta ya no podía resistir por más tiempo la fatiga mental y física.

No se había acostado ni probado alimento alguno desde el chocolate del amanecer...

Lavóse, tomó una taza de café con leche y corrió al teatro, donde leyó su manuscrito. Tanto gustó a los allí reunidos, que Latorre dijo:

—No tengo valor para poner en escena esta obra, de difícil representación, en cuatro días. Si se me concede tiempo, yo me comprometo a que sea un éxito de los más grandes. De otro modo sería comprometer los intereses de la Empresa y la reputación de nuestro amigo Zorrilla. «Convinieron todos en la exactitud de lo alegado por Latorre—concluye diciendo el poeta—; mascó Lombía de través el puro que en la boca tenía y... se dejó *El puñal del godo* para después de las fiestas; y tampoco aquel año trabajó en ellas Carlos Latorre.»

Aunque Zorrilla, reconociendo los defectos de su drama, quiso corregirlos en lo posible mediante

las debidas correcciones, Latorre se opuso enérgicamente a ello.

Confiaba en *El puñal,* que estudió con verdadero cariño, y logró el éxito por él pronosticado. Injusto sería negar que el gran comediante tuvo en él la parte más activa. Ovacionóle el público, y la obra quedó de repertorio.

Y aquí tiene explicado también el lector cómo por la fuerza de las circunstancias, en esta obra no figura ninguna mujer, lo cual permitió y sigue permitiendo que se represente en escuelas, Liceos e Institutos para solemnizar repartos de premios, organizar veladas, etc., entre estudiantes aplicados. Cosa que, si no mienten las crónicas, no seducía mucho al autor de este drama tan flojo y tan aplaudido siempre.

IX

Historia teatral de «Don Juan Tenorio».—Las prisas de siempre.—El primer ovillejo.—Buttarelli y Ciutti.—Cómo un hostelero pasó a la inmortalidad..—Zorrilla critica su obra. Disparates, desatinos y otros males.—Horas de ¡doscientos! minutos.—La escena del sofá. Dinero que produjo el «Tenorio» a Zorrilla. Juicios acerca de este famoso drama.

Don Juan Tenorio, que nos visita todos los noviembres, con su obligado cortejo de huesos de Santo y buñuelos de viento, asociando pintorescamente la dramaturgia con la confitería, nació al teatro romántico español en Madrid el 28 de febrero de 1844.

Una vez más el poeta iba a apoderarse del público, a arrebatarle con el valiente y mágico artificio de su versificación.

Entonces, como siempre, su instinto había de salvarle. En ello se basa la celebridad que Zorrilla ha conquistado.

Con razón dice Fitzmaurice-Kelly (1) que «Zorrilla durará por siempre, merced a sus dramas *Don Juan Tenorio, El zapatero y el rey* y *Traidor, inconfeso y mártir.* Su elección de temas naciona-

(1) *Historia de la literatura española,* desde los orígenes hasta el año 1900, trad. de don Adolfo Bonilla y San Martín.

les, su apelación a esos nativos sentimientos que son, por lo menos, tan robustos en España como en cualquiera otro país—valor, patriotismo, religión—le han asegurado una fama tan universal y duradera que casi se aproxima a la inmortalidad. En la resulta resulta fatigoso con frecuencia el procedimiento de Zorrilla; en escena, su brío, su genialidad, su variado efectismo y su lirismo nativo hacen de él una verdadera potencia...»

En el mes de febrero del 44, Carlos Latorre, que había actuado en Barcelona, regresó a la corte, donde pensaba continuar la temporada hasta su conclusión, o sea hasta abril.

Aquel año Zorrilla había estrenado con Lombía en el teatro de la Cruz *El molino de Guadalajara* y *La mejor razón, la espada,* si bien esta última obra era refundición de otra de Moreto titulada *Las travesuras de Pantoja.* Gustaron ambas, aunque algunos críticos no estimaron muy acertada la idea de Zorrilla al elegir, para refundirla, una producción de las más lánguidas y medianas del autor de *El lindo Don Diego.*

Latorre pidió a Zorrilla una obra que éste debía, según contrato, entregarle; pero el poeta no tenía nada proyectado.

Como acontece por lo común en estos asuntos de candilejas adentro, el tiempo apremiaba. Había, en consecuencia, que recurrir a la improvisación, hembra que suele dar hijos desmedrados y débiles, pero que con nuestro poeta, como ya hemos visto, celebraba ayuntamientos felices.

Puso, pues, manos a la obra con el brío y también la desorientación consabidas. ¿Cómo?

«No recuerdo quién—escribe Zorrilla—me indicó el pensamiento de una refundición de *El burlador de Sevilla,* o si yo mismo, animado por el poco trabajo que me había costado la de *Las travesuras de Pantoja,* di en esta idea registrando la co-

lección de las comedias de Moreto; el hecho es que, sin más datos ni más estudio que *El burlador de Sevilla,* de aquel ingenioso fraile y su mala refundición de Solís, que era la que hasta entonces se había presentado bajo el título de *No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague,* o *El convidado de piedra,* me obligué yo a escribir en veinte días un *Don Juan* de mi confección.»

En punto a versificar una escena tras otra, Zorrilla no se arredraba; así fué que, sin más trámites ni preparaciones, «sin conocimiento alguno del mundo ni del corazón humano», una noche, no pudiendo dormir, empezó la obra que con tanta urgencia se le había pedido.

Y la comenzó al azar, caprichosamente, con la escena de los ovillejos del acto segundo entre el famoso galanteador y Lucía, la criada de doña Ana de Pantoja.

El poeta, insomne en su lecho y a oscuras, fué asociando consonantes y midiendo palabras, sin saber todavía en qué iba a parar el diálogo urdido. Devanábase el ovillejo, tan deleznable y sin embargo, o por lo mismo, tan popular...

¿Qué queréis, buen caballero?
—Quiero.
¿Qué queréis, vamos a ver?
—Ver.
¿Ver? ¿Qué veréis a esta hora?
—A tu señora.
—Idos, hidalgo, en mal hora;
¿quién pensais que vive aquí?
—Doña Ana Pantoja, y
quiero ver a tu señora.
.....

Zorrilla, que revela notable perspicacia y sentido crítico cuando juzga sus propias obras, no regatea sus censuras al anterior ovillejo ni a otros varios

pasajes y versos del *Don Juan*, como más adelante veremos. «Ya por aquí—reconoce—entraba yo en la senda de amaneramiento y mal gusto de que adolece mucha parte de mi obra; porque el ovillejo o séptima real es más forzada y falsa metrificación que conozco; pero, afortunadamente para mí, el público, incurriendo después en mi mismo mal gusto y amaneramiento, se ha pagado de esta escena y de estos ovillejos...»

Copiados a la mañana siguiente para encajarlos donde menos estorbaran, Zorrilla cogió un cuaderno en blanco, escribió en la primera página la acotación de la escena... y luego, apoyando la frente en una mano tal vez—porque la actitud es de rigor—púsose a esperar el momento en que la inspiración debía servirle de bondadoso lazarillo.

El poeta, perplejo, quería, ante todo, «conservar la mujer burlada de Moreto y hacer novicia a la hija del Comendador, a la que Tenorio debía sacar del convento. Así podía haber escalamiento, rapto, profanación y escándalo, y por tanto, aventuras, acción, interés y, en consecuencia, la obra teatral apetecida...

Escrita la acotación: *Hostería de Cristófano Buttarelli; puerta en el fondo, que da a la calle; mesas, jarros,* etc., lo primero que cuidó Zorrilla fué, con ingenuidad de «autor novel»—aunque hartas veces había demostrado conocer las triquiñuelas teatrales—, presentar al protagonista, al personaje central de la obra, según decimos ahora.

Enmascarado, en noche de Carnaval, y deseoso de retratarle lo antes posible, hízole exclamar esta redondilla, que todo español se sabe de memoria:

¡Cuál gritan esos malditos!
Pero ¡mal rayo me parta
si, en concluyendo la carta,
no pagan caros sus gritos!

Era forzoso seguir escribiendo. ¿Qué iba a pasar allí? Realmente, «quien hablaba no era Don Juan, sino Zorrilla». Pero para algo están en el mundo los criados. Y surgieron Buttarelli, el dueño de la hostería, y Ciutti, el escudero del burlador. Ambos eran amigos del poeta, y como tales lograron ir sacándole del atolladero en que se veía atascado. Buttarelli (Girolamo) vivía con vida mortal: había visitado a Zorrilla el día anterior, y en la fonda que en la calle del Carmen tenía dió alojamiento al poeta dos años antes. En cuanto al gran Ciutti, no era tampoco un ser imaginario, sino hombre travieso y avispado a quien Zorrilla y sus amigos Jústiz y Albo tuvieron de mozo en el café del Turco, de Sevilla.

Buttarelli, por lo que de él nos dice Zorrilla, gozaba de justo renombre como hostelero honrado que servía ciertas «chuletas esparrilladas, las más grandes, jugosas y baratas que en Madrid se han comido».

Medio año vivió Zorrilla en su hostal, y tan bien le fué que, agradecido, le inmortalizó en su célebre drama. Véase cómo las chuletas y los *tortellini* napolitanos de un cocinero concienzudo y servicial pueden, si un dramaturgo los prueba, hacer para siempre famoso al cocinero...

Comenzado en las condiciones dichas el *Don Juan*, inevitablemente no podía ni con mucho resultar una obra maestra. La crítica de entonces ya censuró los numerosos defectos que contiene, y Zorrilla no sólo los reconoció, si que con cierto donaire burlóse de ellos en diversas ocasiones.

Por ejemplo: en la primera escena—habla el autor—Tenorio «no sabe lo que dice».

Ciutti... este pliego
irá dentro del orario
en que reza doña Inés
a sus manos a parar.

«¡Hombre, no!—exclama graciosamente Zorrilla—. El en orario en que rezará cuando usted se lo regale; pero no en el que no reza aún, porque aun no se lo ha dado usted...

»Así está mi Don Juan en toda la primera parte de mi drama, y son en ella tan inconcebibles como imperdonables sus equivocaciones hasta en las horas.

»El primer acto comienza a las ocho; pasa todo: prenden a Don Juan y a Don Luis; cuentan cómo se han arreglado para salir de su prisión; preparan Don Juan y Ciutti la traición contra Don Luis y concluye el acto segundo diciendo Don Juan:

A las nueve en el convento,
a las diez en esta calle.

»Reloj en mano, y había uno en la embocadura del teatro en que se estrenó, son las nueve y tres cuartos; dando de barato que en el entreacto haya podido pasar lo que pasa. Estas horas de doscientos minutos son exclusivamente propias del reloj de mi Don Juan...»

Vamos con esta otra observación, que también tiene gracia:

«En el tercer acto se oye el toque de ánimas. Yo tengo en mis dramas una debilidad por el toque de ánimas; olvido siempre que en aquellas épocas se contaba el tiempo por las horas canónicas; y cuando necesito marcar la hora en escena oigo siempre campanadas, pero no sé dónde, y pregunto qué hora es a las ánimas del purgatorio...»

¿Y el momento culminante de este popularísimo drama? Muchos espectadores, con los nervios en tensión, fascinados por la rima y las aventuras del calavera, no se detienen; no pueden detenerse en analizar lo falso, absurdo y hasta sublevador de ciertas escenas.

Prodúzcase la emoción, aunque la engendre el

disparate. El buen público rara vez formula el acertado juicio, tan rebosante de sensatez, que Zorrilla expresa con las siguientes frases:

«En el final, Don Juan trae a los talones toda la sociedad representada en el novio de la mujer por engaño desflorada, en el padre de la hija robada y en la justicia humana, que corren gritando justicia y venganza contra el seductor, el robador y el sacrílego; en aquella situación está el drama; por el amor de Doña Inés va a matar a su padre y a Don Luis, y tiene preparada su fuga y el rapto en un buque de que habla Ciutti; pues bien: en esa situación, altamente dramática, aquel enamorado que por su situación ha atropellado y está dispuesto a atropellar cuanto hay respetable y sagrado en el mundo, cuando él sabe muy bien que no van a poder permanecer allí cinco minutos, no se le ocurre hablar a su amada más que de lo bien que se está allí donde se huelen las flores, se oye la canción del pescador y los gorjeos de los ruiseñores, en aquellas décimas tan famosas como fuera de lugar: Doña Inés las encarrilla, desarrollando a tiempo su amor poético y su bien delineado carácter en las redondillas mejores que han salido de mi pluma...»

¡Oh, la «escena del sofá»!...» Nuestros abuelos y nuestros padres lloraron de emoción oyéndola, y aun nosotros, en nuestra niñez, llegamos a aprender las notables décimas que a tantos aficionados al arte escénico han hecho rugir de gusto y «jugar» con grotesca exaltación los ojos...

«El público — continúa Zorrilla — aguarda a los actores en ellas como el de un circo a un *clown* que va a dar el doble salto mortal; si el autor, verdadero y concienzudo artista, las quiere dar suavidad, la ternura, la flexibilidad y el cariño que sus suaves, cariñosas y rebuscadas palabras exigen... ¡ay de mí! como aquellas décimas no fueron por mí escritas acendrándolas en el crisol del Senti-

miento, sino exhalándolas en un delirio de mi fantasía, resulta su expresión falsa y descolorida por culpa únicamente mía, que me entretuve en meter a la paloma y a la gacela, y a las estrellas y a los azahares en aquel dúo de arrullos de tórtolas, en lugar de probar en unos versos ardientes, vigorosos y apasionados la verdad de aquel amor profundo, único, que celeste o satánico, salva o condena, obligando a Dios a hacer aquellas famosas maravillas que constituyen la segunda parte de mi *Don Juan.*»

Y esta obra, que desde que se estrenó llena los locales donde y siempre es representada, ¿qué produjo a su autor, económicamente, ya que hemos comprobado que el laurel de la fama no hace buen caldo en el cocido?

Zorrilla vendió sus obras en una época en que no existía ley de propiedad literaria. El *Tenorio* es — dice su autor — «una mercancía literaria que entró en circulación en 1844, capitalizada en 600 duros. Suponiendo—agrega, muy razonablemente a juicio nuestro—(y no creo exagerada mi suposición) que no haya producido más que mil duros anuales de derechos en provincias y ultramar y trescientos en Madrid, suman 49.400 duros en los treinta y ocho años (1).

«Si esta propiedad no hubiese sido literaria, o la ley acordara al ingenio la lesión enorme, es claro que un capital de 600 duros, del cual se han cobrado 49.000 de intereses, podía muy bien ser objeto de reclamación y de transacción y no hubiera conciencia que no se pusiera de parte del reclamante; pero en este caso excepcional, no teniendo la ley efecto retroactivo ni existiendo excepción para las mercancías del ingenio, mi obra está legalmente vendida, y legalmente y en derecho poseída por quien me la compró: y ni me ha ocurrido nunca ni me ocurrirá jamás demandar a mis editores la

(1) Esto lo escribía en 1882.

cesión de su propiedad, ni en todo ni en parte, ni menos caer en la vulgaridad de darme por robado ni estafado; yo vendí como entonces se compraba y mis editores compraron como yo vendía; las obras de teatro no pueden venderse a cala como los melones: éste pudo muy bien salir calabaza como otros muchos; con que a quien Dios se la dió, San Pedro se la bendiga...»

Juan Martínez Villergas, ya en otras ocasiones crítico implacable y parcial de Zorrilla, dice hablando de *Don Juan Tenorio* que es no sólo una miserable parodia», sino que su autor ha tenido la debilidad de apropiarse todo lo más notable que ha encontrado en los autores que le han precedido, y para que no se diga que hablo al aire, remito a mis lectores a la escena cuarto del acto tercero del *Don Juan de Mañara,* de A. Dumas... la cual está traducida al pie de la letra en el *Don Juan Tenorio,* de Zorrilla.»

La Prensa de entonces, más dedicada a los acontecimientos políticos que a los literarios, habló poco de este drama. Si no recordamos mal, en el *Semanario Pintoresco Español* nada se dice; *El Espectador* había suspendido su publicación el 8 de febrero de aquel año, reanudándola el 4 de mayo siguiente. *El Corresponsal,* diario de la tarde, da en su número del domingo del 31 de marzo la reseña, sin firma, que reproducimos íntegra:

«En la noche del jueves 28 se estrenó en el teatro de la Cruz, a beneficio de don Carlos Latorre, el drama original en verso, del señor Zorrilla, *Don Juan Tenorio.*

»Empresa digna del genio del señor Zorrilla es presentar en el teatro aquel Don Juan de conducta tan disoluta como caballeresca, cuyo carácter ha sido pintado ya por Lope de Vega, Tirso de Molina, Zamora, Moliére, Balzac, Dumas y el inmortal Byron.

»En algunos actos de este nuevo drama ha estado felicísimo el señor Zorrilla, y difícilmente pueden hallarse versos más floridos y armoniosos que los que acaban de salir de la pluma de tan aventajado poeta, que ha sabido dar un interés nada común a muchas de sus escenas.

»La ejecución no pasó de regular, aunque el señor Latorre nos presentó en escena al verdadero *Don Juan* tal como le concebimos y como le habrá concebido el autor. Los aplausos que repetidas veces lisonjearon sus oídos pudieron hacerle conocer que el público estaba satisfecho y admiraba su mérito.

»Al concluir la representación, a pesar de lo avanzado de la hora, el público aplaudiendo y aclamando al autor permaneció largo tiempo en el teatro, hasta que el señor Zorrilla se presentó en la escena a recibir nuevos aplausos.»

¿Le parece poco al lector? ¿Suponía que, dada la popularidad del *Tenorio,* le habían los periódicos, aun sin merecerlo, dedicado columnas enteras?

La *Revista de Teatros* (30 de marzo, 2.ª serie, número 425) habla con más extensión del *Tenorio.* Considera excelente la pintura del burlador, aunque, después de la que de él hicieron renombrados dramaturgos, resultaba muy expuesto acertar.

El *Tenorio* fué refundido por su autor en noviembre de 1866, con motivo de la función organizada en el teatro del Príncipe cuando Zorrilla, después de más de tres lustros pasados en el extranjero, regresó a España.

X

Julián Romea pide un drama a Zorrilla. — «Traidor, inconfeso y mártir».—Antagonismo de criterio entre comediante y dramaturgo. — Diálogo curioso.—Los temores de Zorrilla, confirmados.—Triunfo de Matilde Díez—El drama gusta... pero Romea le retira del cartel.—Decían los periódicos...

El único drama del que Zorrilla estaba legítimamente envanecido como autor suyo, *Traidor, inconfeso y mártir,* fué estrenado en la temporada de 1850, a beneficio de la renombrada actriz Matilde Díez.

Su esposo, Julián Romea, y José Zorrilla eran muy amigos, aunque en arte profesaban opiniones perfectamente rivales. Zorrilla, todo fuego, hombre retraído, enemigo de la exhibición, iba a ver muy de tarde en tarde al gran comediante orgulloso, frío, instalado como en un trono en su «camerino» siempre lleno de ilustres admiradores, del teatro del Príncipe.

Zorrilla era el arrebato; Romea, el equilibrio. Famosos ambos, el jubón del poeta no podía asociarse con la levita del farandulero. Bajo el mismo sol del arte caminaban, pero cada cual seguía un rumbo diferente.

Ocurrió por aquel entonces que Zorrilla, abrumado por el copioso trabajo, las preocupaciones y

cierta gastralgia incipiente debida a las aguas madrileñas, poco recomendables entonces para vivir algún tiempo, cayó en cama.

Cuarenta días estuvo en ella, y con tal motivo, entre los amigos que fueron a verle Julián Romea fué uno—en verdad de los más tardíos.

El afamado actor, cordialísimo, charló de mil cosas con el enfermo, infundiéndole esperanzas. El doctor Larios, médico eminente y amigo de Romea, se encargaría de salvarle. Y en efecto, al día siguiente volvió con él a ver a Zorrilla, y ambos, solícitos, le bañaron, le devolvieron, puede decirse, la vida, y dos días después lleváronsele en un coche al Pardo, donde con el cambio de aires y de aguas quedó casi completamente restablecido.

Zorrilla, siempre fuerte, a pesar de su naturaleza enclenque, renacía. La amena tranquilidad del Real Sitio iba restituyéndole vigor moral y físico. En cierta ocasión, charlando con Romea, éste le dijo de pronto:

—¿Por qué no escribes un drama para nosotros? Matilde y yo le haríamos con el mayor entusiasmo, puedes creerlo.

El poeta, sorprendido, urdió un pretexto vago. La idea le parecía seductora. Iría pensando en algo, pero más tarde, cuando estuviese ya bien de salud.

A Romea no se le ocultó la reserva de su amigo; pero, discreto u orgulloso, guardó silencio.

«Convalecí y casé—cuenta Zorrilla—; me repuse y volví a Madrid. Mi editor Delgado había ya muerto; Boix, sin ideas ni rumbo fijo en el comercio de libros, no me había hecho trato alguno en que poder fiar, y Julián había dado a mi mujer, prohibiéndola que me lo dijera, seis mil reales que habían subvenido a los gastos de mi enfermedad.

»Era forzoso trabajar: el editor Gullón se me había ofrecido en lugar del difunto Delgado, y no

podía rehusar a Romea una obra que él y un nuevo editor me pedían a un tiempo. Pensé en un argumento, en el cual, sin salirme de mi terrorífico romanticismo, pudiera colocar un personaje característico adecuado a la escuela exclusiva y al género personal de representación de Romea; y habiéndome procurado Salustiano Olózaga la causa original de *El pastelero de Madrigal,* amasé, amoldé y emprendí mi *Traidor, inconfeso y mártir.*

»Tenía yo, desde que era estudiante, un inmenso cariño a este personaje tradicional, y siempre había pensado hacer de él una leyenda; pero el *Ni Rey ni Roque,* de Escosura, había puesto una insuperable valla ante mi pensamiento. Al ocurrírseme hacer del Rey Don Sebastián y del pastelero de Madrigal uno solo, concebí que aquel personaje legendario podía transformarse en otro altamente dramático y profundamente misterioso.»

En efecto: aunque los historiadores, en su mayoría, optan por suponer que el monarca lusitano halló la muerte en la sangrienta jornada de Alcázarquivir, el pueblo, basándose en su desaparición, profusamente relatada y amorosamente exornada con detalles caprichosos, hizo del rey una especie de sombra errante, a la que la adversidad y no la justicia había arrebatado la corona.

En España, don Manuel Fernández y González hizo más popular esta figura con su novela *El pastelero de Madrigal.*

Diversos escritores y eruditos han dedicado copiosa bibliografía al desventurado hijo del príncipe Don Juan, que—y con ello concluímos esta sucinta nota, encaminada a refrescar la memoria del lector—a los catorce años, en tierra africana, perdió la vida, movido por generoso y romántico impulso, mientras reinaba en España el segundo de los Felipes.

Zorrilla, seducido por un magnífico asunto tea-

tral, y sin cuidarse de que la historia o la leyenda acertasen, estudió con verdadero cariño la enigmática figura de Don Sebastián en la media luz en que el proceso incoado y las referencias, de generación en generación transmitidas, sumieron al cristiano monarca.

Satisfecho le dejaron los dos primeros actos de aquella obra, única que escribió reposadamente «y que coordinó e hizo según las reglas del arte».

Con noble franqueza, despojada de vanidad ridícula, confiesa Zorrilla que estos dos actos le conceden derecho «a que su nombre figure entre los de los dramáticos de su siglo». Y tiene razón. Aquí estamos lejos ya de las improvisaciones, no por felices menos peligrosas, de *El puñal del godo,* del *Don Juan...*

Leyó Zorrilla los dos actos en cuestión a Romea — que le gustaron extraordinariamente —, y concluído el último, llamó al comediante para que, conociéndole, viera si el papel que el poeta le había adjudicado era o no de su agrado.

Complacidísimo quedó aquel príncipe de la escena. No escatimó sus elogios a la obra, ni titubeó en afirmar que le estaba reservado un éxito resonante. «Es lo mejor que has escrito, Pepe—le dijo—. En cuanto a Matilde y a mí, ten la seguridad de que haremos todo cuanto podamos para que quedes contento.»

—Sin embargo—interrumpió Zorrilla, resuelto a exteriorizar de una vez su pensamiento— ; aunque creo que estás convencido de que he procurado en mi obra corresponder al mérito de los que van a representarla, no espero que tenga el éxito que tú esperas.

Romea miró atónito a su amigo.

—¿En qué te fundas?

—Mira, no te enojes. Me fundo, sencillamente, en que tú como actor y yo como poeta «no somos el uno para el otro». La verdad por delante. Temo

que no te luzcas lo debido en el papel de Don Sebastián.

Pálido de orgullo al escuchar esto, Romea frunció el ceño, y requirió, con el gesto, nuevas explicaciones al que, aun siendo excelente amigo, parecía desconocer su autoridad de comediante.

—Escucha — continuó Zorrilla, y reproducimos, textuales, sus palabras—. «Tú crees que la verdad de la naturaleza cabe seca, real y desnuda en el campo del arte, más claro, en la escena; yo creo que en la escena no cabe más que la verdad artística. Desde el momento en que hay que convenir en que la luz de la batería es la del sol; en que la decoración es el palacio o la prisión del rey Don Sebastián; en que el jubón, el traje y hasta la camisa del actor son los del personaje que representa, no puede haber en medio de todas estas verdades convencionales del arte y dentro del vestido de la creación poética un hombre real, una verdad positiva de la naturaleza, sino otra verdad convencional y artística: un personaje dramático detrás y dentro del cual desaparezca la fisonomía, el nombre, el recuerdo, la personalidad, en fin, del actor.

»—¿Y qué?—me dijo desabrida y desdeñosamente Julián.

»—Que tú eres el actor inimitable de la verdad de la naturaleza; que tú has creado la comedia de levita, que se ha dado en llamar de costumbres; que puedes presentarte, y te presentas a veces en escena, conforme te apeas del caballo de vuelta del Prado, sin más que quitarte el polvo y sin polvos ni colorete en el rostro; pero en estas escenas copiadas de nuestra vida de hoy, dialogadas por personajes que son a veces copias de personas conocidas que entre nosotros andan, que con nosotros viven y hablan, tú que con ellos vives y que eres de ellos conocido, no estorbas y no pareces intruso. Tú eres Julián Romea y puedes serlo en la comedia actual; pero el drama es un cuadro, es un pai-

saje cuyas veladuras, que son el tiempo y la distancia, se entonan de una manera ideal y poética, en cuyo campo jura y se tira a los ojos la verdad de la naturaleza, la realidad de una personalidad: yo necesito un personaje para el papel de mi rey Don Sebastián.

»—¡Y le tendrás, Pepe, le tendrás! — exclamó Julián—. ¡Qué diablo de autores! A vosotros os toca escribir y a nosotros representar.

»—Eso, eso quiero; que representes, no que te presentes...»

Pero llegó la noche del estreno, y Zorrilla pudo comprobar que sus inquietudes eran fundadas.

Romea «presentó, no representó su personaje». Había estudiado a conciencia el papel; apareció en escena admirablemente caracterizado; el acto primero permitió lucir a Matilde Díez su gran talento y su voz suave, pastosa, mágica, emancipada privilegiadamente de la «salmodiada recitación que Espronceda y Zorrilla dieran a sus sonoros versos...» La obra, en resumen, «entraba», como se dice entre la farándula.

A pesar de todo esto, el poeta, viendo cómo entendía Romea su papel, pasó un mal rato. «Si yo hubiera podido—dice— evocar y resucitar al verdadero Santillana, hubiérase vuelto a apoderar de aquel verdadero Espinosa, confundiéndole con el que él hizo ahorcar; pero para el público tenía algo de la sombra; le faltaba voz, movimiento, fisonomía, relieve, poesía.»

Barroso—buen comediante, que por cierto murió de repente en un ensayo, víctima de la parálisis—obtuvo ruidosas ovaciones interpretando el difícil papel del Alcalde Santillana. Y Matilde fué, realmente, la heroína de la noche, la que dió a la obra todo su terrible vigor dramático. En la escena final, cuando Don Rodrigo, el alcalde, reconoce en el retrato a Doña Aurora, su hija, y le da este

nombre, la gran actriz «estuvo sublime de dolor y de ira».

¡Tu hija! ¡Esto tan sólo me faltaba!
Tú, para que su muerte te perdone,
me llamas hija tuya... mas te engañas
nada hay en mí que tu maldad abone;
para ti sólo hay odio en mis entrañas.

Así, con estos apóstrofes, terminaba la obra, según dice Zorrilla; pero «el mal gusto del tiempo» le obligó «a prolongar con veintiséis versos más tan repugnante escena: sólo Matilde pudo hacerla pasar».

Matilde, para quien exclusivamente escribió Zorrilla su celebrado drama histórico.

El cual, dicho sea en pocas palabras, no gustó.

A los pocos días, aunque el público le aplaudía, Romea la retiró del cartel. No anduvo desacertado el gran actor, en cuyo temperamento no encajaba el misterioso protagonista. La Prensa, veladamente, lo reconoció así.

Después, en este drama otros actores han podido lucirse cumplidamente. Vico y Calvo le dieron esplendores inolvidables...

XI

Zorrilla, visionario.—Anécdotas singulares.—El diablo, a caballo.—Aparición de la abuelita.—Casos de sonambulismo.—Zorrilla, echador de cartas.—Augurio terrible, confirmado. Juicio de la señora Pardo Bazán.—El poeta, ¿era un «matoide»?

Desenfrenada y desigual, tan pronto sublime como bajera, la inspiración de Zorrilla ofrece a todo crítico curiosas disecciones. Doña Emilia Pardo Bazán ha hecho un estudio clarividente de los *Recuerdos del tiempo viejo*, en los que, de bracero con la glosa acertada, va el sugestivo retrato psicológico.

Gran interés entraña la tal pintura, porque desde muy niño Zorrilla experimentó ciertos fenómenos mentales que él mismo refirió a los doctores Letamendi y Simarro.

Ellos quizás den la clave de la especial constitución poética de nuestro biografiado.

«Por la evocación de su infancia—escribe la autora de *La Quimera*—sabemos que el *mal sagrado*, la epilepsia que se le declaró más tarde en Cuba, siendo ya hombre maduro, estaba larvada en el chiquillo desde los cinco a los siete años de edad...»

¿Cómo fué ello? El mismo autor de *A buen juez mejor testigo* va a decírnoslo. En los *Recuerdos* repite insistentemente que desde muy pequeño iba

«camino del manicomio». Y si, para fortuna suya y de todos, no fué así, la imaginación del poeta conserva en ocasiones ecos o regazos de esta predisposición.

Sabido es, además, que si el genio no es una desviación de la locura, con ella muchas veces está confinando. Zorrilla fué visionario y sonámbulo en su niñez. No acabó en una casa de alienados, como tampoco tuvieron tan lamentable fin, entre otros muchos que todo el mundo recuerda, Condillac, sonámbulo, y Santa Teresa, Lutero, San Ignacio de Loyola, Savonarola, Sócrates, Zimmermann, visionarios...

Los desórdenes nerviosos experimentados por Zorrilla, según él declara, influyeron desde muy niño en su locura, y por consiguiente, *en su poesía.*

Descontemos cierta coquetería de narrador, por lo común inseparable en todo aquel que estando sano y robusto alardea de leves dolencias — que exagera y abulta—, o en el que, siendo todavía joven, con gesto compungido pregona reiterada y anticipadamente su vejez. Espronceda dedicó amargas estrofas a una cana «descubierta» a los treinta años en su negra caballera... ; cana ilusoria, que no tenía.

«El primer absurdo, precursor y engendrador tal vez de su posterior afición a lo absurdo, fantástico e imposible»—dice el poeta—, le aconteció a los seis o siete años de edad, en la iglesia de San Martín, adonde había ido con su madre, como todos los días, a oír el Santo Sacrificio.

Mientras ella devotamente asistía a la solemne celebración, él se «entretenía en mirar las imágenes, las flores y las luces de los altares». Había en el mayor una escultura tallada de San Martín, jinete en blanco corcel, y representaba al virtuoso varón en el momento en que partía la capa con su espada para dársela a Jesús. Zorrilla, sugestionado por el grupo y por la piadosa tradición, tenía uno

y otra muy presentes en la imaginación, mística y profundamente herida.

Veía también en otro altar, y siempre que al templo le llevaban acudía a contemplarle, a San Miguel, con su espada suspensa sobre el diablo; grupo de ineluctable efectismo que, como el de San Martín, impresionaba no poco al chiquillo.

Con estos antecedentes obsérvese lo que le sucedió cierta mañana de invierno, desapacible y gris.

Zorrilla estaba asomado al balcón, que las criadas habían dejado abierto. De pronto sintió el trote de un caballo que venía del lado del templo. Miró, y el júbilo más intenso invadió su espíritu. Por la calle de la Ceniza—donde moraba el futuro poeta—avanzaba nada menos que el diablo del altar de la parroquia, a lomos del corcel blanco de San Martín. Al pasar bajo los balcones, Satanás saludó al chiquillo con la mano, enviándole una «mirada luminosa» y una «fascinadora sonrisa». ¡Cuán arrogante y triunfal iba el precito! Zorrilla quedó dulcemente asombrado. Después, gozoso, corrió a ver a su madre para referirle el extraordinario suceso que acaba de presenciar.

«¿Le vi yo, o no le vi real y positivamente?—se pregunta el poeta, muchos años después—. Si le vi, ¿cómo pudo efectuarse tan absurda escapada de la imaginería de los altares? Si no le vi, ¿cómo pudo ser tan de bulto aquella visión para conservarla yo como recuerdo de cosa positivamente vista? ¿Es que los niños están más cerca, por no estar aún de él sus almas bien desprendidas, del mundo de los espíritus de donde vienen... o es que esta alucinación era la primera que en mí engendraba el espíritu visionario de mi fantástica poesía? Yo puedo jurar hoy que lo vi; pero es imposible que viera tal imposible. ¿Quién me explica, pues, tal fenómeno?»

Otra alucinación, padecida poco después, resulta más absurda e inexplicable todavía.

En la casa paterna, amplia y vieja, había una de esas habitaciones donde se guardan muebles que nadie usa y que, tal vez por eso mismo, incuban cierto misterio harto favorable para amedrentar las imaginaciones infantiles.

El menaje de este aposento constituíanle una cama y un sillón que naufragaban en la penumbra, porque sólo de vez en cuando y a fin de airearle abrían la ventana. Por la noche le cerraban con llave, con lo cual su espíritu—ese espíritu que flota en los sitios deshabitados—era más hermético y más alucinante.

Allí entró una vez Zorrilla, de muchacho, y allí vió a su abuela materna, a la que no conocía en persona y que, por añadidura, se hallaba en Burgos.

Zorrilla estaba jugando por la casa con su caballo de cartón, y como la criada había abierto la estancia, entró en ella, avanzando entre la semioscuridad.

Vió a alguien arrellenado en el sillón, y creyendo que era la sirviente, abrió del todo la ventana. ¡Oh, delicia! Encontróse con la abuelita Jerónima, una anciana «de cabello empolvado, encajes en los puños y ancha falda de seda verde». Sonrió al chiquillo, invitándole a que se le acercara. Hízolo así él, atraído por el afable continente de la aparecida.

Y dejándose acariciar la suelta cabellera que su «madre tenía gusto en mantenerle rizada», el niño oyó que la señora le decía con inefable acento: «Soy tu abuelita; quiéreme mucho, hijo mío, y Dios te iluminará.»

El poeta está seguro de haberla visto; todavía oye el eco de las suaves palabras; aun la alegría del encuentro inunda su corazón.

Corre a informar de la visita a la madre, y cuando con ella vuelve, el sillón está vacío.

—Pues la he visto aquí hace un momento—re-

pite, atónito, el niño—. ¡Y me ha hablado!—Y el padre, que llega segundos después, se entera de lo sucedido, frunce un instante el entrecejo, mira fijamente a su hijo y le dice:

—¡Muchacho, tú sueñas!—apresurándose a cerrar con llave el aposento que Zorrilla no volvió nunca a ver abrir.

Andando los años, en 1833, de vuelta del Seminario matritense, Zorrilla, su padre y «el viejo escribano de coleta Don Gil Donis» registraban una vez los camaranchones de la solariega casa de Torquemada. Sobreviene otro suceso extraño. Zorrilla encuentra un lienzo polvoriento, lo limpia, lo contempla y exclama:

—¡El retrato de la abuela!

—¿Y qué sabes tú—le dice el padre—, si no la viste nunca?

—La vi en Valladolid, en el cuarto oscuro de nuestra casa de la calle de la Ceniza. ¿No recuerda usted que se lo dije? Parece que la tengo todavía delante.

El padre se encoge de hombros y sigue registrando viejos pergaminos.

—¡No lo entiendo!—murmura, mientras trata de ocultar su preocupación.

¿Cómo se explica este nuevo fenómeno? Zorrilla encuentra dos razones: una de ellas, la de «que su cerebro comenzaba ya a destornillarse y a dar en la locura que produjo al fin su delirante poesía legendaria»; la otra, el hecho de que seguramente sus padres debieron hablar del retrato, o tal vez, contemplarle en presencia del niño, a quien no suponían capaz de comprender y retener lo que veía u oía. «De todos modos—resume— la alucinación y la persuasión influyeron indisputablemente en el carácter fantástico de mis obras.»

En otra ocasión, yendo a visitar a un amigo a quien imaginaba sano y alegre como le había conocido, se le encontró de improviso—recorriendo la

casa—amortajado. La familia del difunto estaba en el cuarto de unos vecinos, y Zorrilla, al verse impensadamente y a solas con aquel cadáver, vaciló, acosado por el fantástico miedo, «en salir por la puerta o por el balcón...»

Este terror invencible aparece complicado, en plena juventud, con el más raro sonambulismo. Recuérdense sus visitas nocturnas a los camposantos, su inclinación a pasear de madrugada entre ruinas y sombras. Ahora el visionario, hallándose en la casa del canónigo de Lerma, su tío, preocupado en asuntos de familia y en escribir poesías más que en estudiar leyes, se acuesta una noche rendido mentalmente.

Siguiendo su costumbre había contado los versos que dejaba hechos en el papel, señalando su número debajo de una línea horizontal trazada al lado del último. Al día siguiente, cuando se apercibía a reanudar el trabajo, quedó lleno de legítimo asombro. ¡A continuación de los versos así contados, el poeta vió que figuraban seis más, de la misma letra, resolviendo felizmente dentro de la misma métrica la expresión de una idea que en vano el día anterior se había torturado por expresar!...

Por si esto era poco, otra vez, dormido, en la noche del 31 de diciembre de 1836 se afeitó con más destreza que nunca. Entonces, al verse por la mañana sin bozo y observar que la palangana contenía agua de jabón y que las navajas estaban limpias y en su estuche, Zorrilla «*cayó* en que era sonámbulo... y tuvo miedo».

Terminado el curso académico volvió el mozo a Lerma. Faltóle valor para revelar a su madre la enfermedad que padecía, de la que varios compañeros de hospedaje le habían suministrado referencias fidedignas... Pero otra noche, al despertar lleno de frío y sobresalto, se encontró en ropas menores asido a las hojas de la ventana abierta

de par en par, rodeado de sus padres y del famoso canónigo que tan bien conocía a Víctor Hugo.

Estos contemplaban con asombro al joven, sin que él pudiese adivinar lo que ocurría. Pidió explicaciones; ninguno de los circunstantes supo dárselas.

—Pero ¿qué he hecho?

El padre miró severamente al hijo.

—Has abierto muchas veces la ventana, has sacado la cabeza a la calle sin soltar las hojas, y después de decir no sé qué en italiano, has vuelto a cerrar y abrir, hasta que tu tío te ha cogido la mano.

Zorrilla, azorado y pálido, tuvo que confesar su dolencia. Calló amorosamente la madre, miróle con desdén el canónigo y el padre anonadó al mozo con este comentario:

—¡Es lo único que te faltaba!...

Por último, ya siendo cuarentón, ocurrióle en París un caso también extraño. Aunque el poeta protestó infinitas veces de su fervorosa fe en Dios, tenía mucho de supersticioso. Creía estar libre de ello, y se equivocaba el bendito. Por si no bastara el suceso que vamos a referir, consignaremos que este hombre tan poeta habla de la coincidencia de que «dos espejos rotos le anunciaron, en su época respectiva, la muerte de sus progenitores»...

Estaba en París y era hacia 1854. Zorrilla visitaba a una familia americana, en cuyos salones solían reunirse «algunos ingenios italianos, franceses y españoles más o menos conocidos».

Entre los sudamericanos que completaban la tertulia figuraba cierta señora chilena, esposa de un cónsul inglés y madre de dos muchachas encantadoras. Este simpático matrimonio, que vivía unido y dichoso, profesaba tanto afecto como admiración al poeta, y ningún sábado comenzaba la reunión sin que aquella familia asistiese a las lecturas y sesiones musicales que españoles e italia-

nos celebraban, en noble emulación, con alemanes y franceses.

Una noche de octubre, esperando a la chilena y los suyos, mientras los demás habituales charlaban, Zorrilla, distraído ante la mesita de juego, barajaba los naipes. El poeta no conocía ningún juego; pero manipulaba las cartas «con la destreza del más consumado tahur».

Ello, y ciertos artículos que acerca de la quiromancia y adivinación había escrito por entonces para un periódico americano, diéronle fama entre sus amigos de «echador de cartas», afortunado mortal que adivinaba el porvenir. Cuando entró en el salón la chilena sin su marido, y vió al poeta barajando los naipes, acercósele sonriendo.

—He leído de usted hoy cosas que me han llamado la atención. ¿Quiére usted decirme la buenaventura y tirarme las cartas? Mi marido tiene por estas dos cosas una aversión inconcebible; pero ahora que no está aquí y siendo usted el nigromántico, tendría yo un gran placer en ver lo que nunca he visto. Veamos: ¿qué hay escrito en mi mano?

Y la dama le extendía su izquierda, aguardando anhelante y supersticiosa...

Zorrilla tomó a broma la demanda. Hizo como que estudiaba las misteriosas líneas de la palma de la mano, simuló dejar sobre ellas un beso y exclamó gravemente:

—Aquí no hay más que lo que mi deseo pone con este ósculo tan respetuoso como galán: larga vida, ventura y salud bajo la bendición de Dios.

No quedó conforme la chilena, como tampoco los allí presentes, y tanto insistieron todos, a pesar de las protestas del bueno de Zorrilla, que éste hubo de «tirar las cartas» lo mismo que una solemne *cartomanciére* del bulevar...

Quiso la suerte que los naipes combinaran un

augurio siniestro, «tan terrible como inverosímil»; Zorrilla palideció.

La chilena, advirtiéndolo y creyendo ciegamente en el lenguaje de la baraja, requirió a su admirado amigo para que le dijese la verdad.

El, azorado y trémulo, se resistía. La expectación era enorme. Apremiáronle con ansiedad. Y el poeta habló:

—Pues bien: como la cosa es tan absurda, las cartas dicen que en los siete días entrará la justicia en su casa de usted por una muerte y se disolverá una familia.

Ensimismada pareció la señora; después, con ella rieron todos, acaso por ahuyentar sus terrores. Pero Zorrilla acertó...

A los pocos días el inglés, marido de la chilena, entrando en su domicilio resbalaba casualmente y caía privado de sentido al suelo, falleciendo sin testar dos horas más tarde. La herencia, con arreglo a las leyes inglesas, pasaba a poder de la hija que el desventurado señor había de su primer matrimonio...

—Yo moriré probablemente en un manicomio—exclama Zorrilla comentando aquel suceso, que tan honda impresión le produjo.

Otros casos podrían citarse que pintan el temperamento exaltado del poeta. En América la epilepsia amenazó seriamente su vida, pero el bromuro pudo combatirla con eficacia. Antes de tornar a España, cuando entró en Méjico el Emperador Maximiliano, Zorrilla, vidente, presintió, según asegura, su trágico fin...

XII

Zorrilla y su padre.—«¡Eres un tonto!»—Tristezas domésticas.—En París.—Biografía pintoresca.—El poema «Granada».—Muerte de la madre.—¡A España!—El espejo sigue anunciando males.—Zorrilla, acierta...

La notoriedad lograda en tan poco tiempo proporcionó a Zorrilla influencias políticas y sociales de las que nunca quiso ni supo obtener provecho. Solamente el amor filial le impulsó a utilizarlas una vez para gestionar y conseguir la repatriación del emigrado absolutista, su padre.

Zorrilla le quiso siempre con desatada y disculpable ofuscación, a pesar de que el rígido castellano no fué precisamente espejo de fidelidad, de amor y de indulgencia.

Por él Zorrilla apeteció el renombre; por honrar su apellido, por serle útil y grato, luchó penosamente. Si a aquel ordenancista y ceñudo hombre «le hubiese dado—dice—por ser jugador y vicioso, yo me hubiera empeñado y vendido a Satanás por pagar sus deudas o mantener sus concubinas...» ¿Puede hablarse, filialmente, con más fervor?...

Pues cuando don José—ya reinando en España Isabel II—solicitó del Gobierno su vuelta a la patria y el hijo tuvo la alegría de ver que tal petición era estimada y que, gracias a su amistad con Benavides, comisionado por el Consejo de Ministros,

se le reconocían sus títulos y jerarquía, aun le aguardaba otra decepción.

El padre llegó a Madrid. La mujer del poeta habíase ocupado «con miedo y alegría del mueblaje y decoración del alojamiento de aquel tan esperado y temido huésped»; Zorrilla estuvo insomne, inquieto, azorado...

Viene por fin el ex superintendente. Padre e hijo se abrazan; hace muchos años que no se veían. Don José levanta en brazos al famoso dramaturgo, y contemplándole en silencio, exclama:

—¡Qué chiquitín te has quedado!

El hijo, loco de júbilo, le mima, le habla, le acaricia. Por fin el hosco absolutista sonríe:

—Eres un chiquillo y no tienes formalidad.

El padre quiere ver a algún político influyente para pedirle un favor; Zorrilla le presenta en el Ministerio de Fomento a Pastor Díaz, ministro de este ramo, y a Patricio de la Escosura, recién nombrado jefe político de la villa y corte. Y el padre, no sólo es servido en lo que desea, sino que oye a aquellos personajes hacer grandes elogios del hijo.

El «buen estudiante ergotista de las Universidades de sotana y manteo», «el recuerdo personificado del formulista absolutismo», habla por fin, a solas, con su hijo. ¿Para felicitarle por sus triunfos, sus amistades, su notoriedad? No; para dolerse de que, metido en la política, no haya llegado a ser *por lo menos,* subsecretario de Pastor Díaz...

—¡Eres un tonto!—murmura despectivo.

En vano Zorrilla enumera sus luchas, sus triunfos, su afán de dar lustre al apellido paterno.

—¡Bah, bah, quijotadas!—replica el viejo—. Yo me marcho a mi tierra, a Torquemada; Madrid es sucio y estrecho; tengo que recepar las viñas y reponer las huertas, cosa de la que nunca, con tus bobadas, te cuidaste.

—Pero...—balbucea Zorrilla desencantado.

—Nada, nada; todavía es tiempo. Dedícate un año a estudiar, y con unos pocos de miles de reales y los amigos que tienes, puedes doctorarte en Toledo, y siendo jurisconsulto lo serás todo...

Cuando quedó solo Zorrilla lloró amargamente. ¡Así hablaba aquel hombre rezagado en la vida, enemigo sistemático de los ideales del hijo!

Expuso sus cuitas al obispo Tarancón, que había sido catedrático suyo en Valladolid, y el bondadoso prelado le consoló cuerdamente.

—¡Anda!—díjole—. ¿No convinimos en que escribiríamos juntos un libro de la Virgen? Eso agradaría extraordinariamente a tus padres. Yo no puedo ahora dedicarme a ese trabajo. Me hablaste de Granada; emprende tu poema; vete allá... No te apures por dinero. Fía en Dios, y sabe que puedes contar conmigo.

Entonces empezó a pensar el poeta en aquella obra, propósito que, por cierto, enloqueció de alborozo a la bella capital andaluza. Mientras la familia continuaba allá en Torquemada, Zorrilla se marchó a París. ¿Por qué? «Por razones—dice él mismo—que a nadie importan...»

Antes de seguir dediquemos una memoria de simpatía al periódico satírico, de teatros y de literatura, titulado *El Cinife,* fundado por Calvo Asensio, y en el que surgió la idea de organizar un *Regimiento de literatos españoles* (7 de septiembre de 1845).

Eduardo de Lustonó en *Los lunes de El Imparcial* (16 de diciembre de 1911 y siguientes), publicó varios artículos, en uno de los cuales, rebosante de gracia y de notas retrospectivas, alude al famoso regimiento, cuyo coronel era el poeta Quintana. Comandantes del mismo fueron nombrados García Gutiérrez y José Zorrilla, y todos los individuos que le formaban, escritores de relieve, dieron a *El Cinife* tanta popularidad y esplendor como aque-

llas otras agrupaciones de *El Parnasillo, La cuerda granadina,* etc., célebres en las letras españolas.

Volvamos al poema *Granada,* que Zorrilla empezó en Burdeos. Allí ocupóse «de sus templos, como cristiano, y de sus teatros como poeta».

Hallábase muy a su gusto. «Era la primera vez que podía separar su personalidad de su malhadada reputación y andar libre como cualquier ciudadano pacífico...» Recogió varios asuntos para escribir sendas leyendas, y fuése con su mujer a la capital francesa, decidido a «estudiar mucho que no sabía» y a adquirir algo que le faltaba para concluir su poema.

En París pasó días sin duda gratos. Conoció a Dumas padre, Alfredo de Musset y Teófilo Gautier, amén de Federico Lemaitre, la Rochel, Rosa Chery y buen golpe de emigrados liberales y carlistas, embajadores, editores, periodistas y políticos extranjeros.

Hizo con Baudry, librero acreditadísimo, un contrato «poco lucrativo», en virtud del cual fueron sus poesías las primeras que de autor español figuraron en su colección de notabilidades, con prólogo biográfico-crítico.

En esta edición, Zorrilla, libre de influencias extrañas, acentúa su personalidad tan eminentemente nacional.

El poeta pensaba, como siempre, en su padre. No había recibido noticias de él. ¿Sería posible que al ver la distinción que una importante Casa francesa le dispensaba, el buen hombre se convenciese de que, para medrar en la vida, no era indispensable que el hijo se doctorara en Toledo? ¿Le abriría, por fin, los brazos?

Así, esperándolo, pasó Zorrilla algún tiempo (julio a noviembre de 1846) estudiando y trabajando en su *Granada,* más retraído que exhibicionista.

La Revue de Deux Mondes había acogido cor-

dialmente al poeta. En *El Museo de las Familias* se publicó su retrato y su biografía, escrita por monsieur Pitre Chevalier, página pintoresca, de un españolismo *pour rire*, a pesar de que Zorrilla, con sus advertencias y observaciones, trató de impedir semejante arbitrariedad.

M. Pauquet, excelente dibujante, recibió de su compatriota Chevalier el encargo de retratar al poeta embozado en su capa española y «mirando de perfil al cielo, como un Don Juan jerezano que espera que se le aparezca su Dulcinea en el balcón para decirla :—Por ahí te pudras—.» Y con el desenfado y la gracia que, según los que han tratado a Zorrilla, le era peculiar, añade : «En aquel retrato, correcta y francamente dibujado, y por aquella biografía, *bizarramente detallada* a la parisiense, no me conoce la madre que me parió ; pero no por eso quedó menos agradecido el español a la buena intención del francés.»

Al llegar noviembre, Zorrilla, que ya tenía compromisos editoriales firmados para publicar *Granada*, su espléndido canto, y colaboraba con provecho en diarios importantes de Sud América, recibió una tremenda noticia.

De España entregáronle la siguiente carta :

«Pepe : Tu pobre madre ha fallecido hoy, a las tres de la madrugada ; tú verás si te conviene venir a consolar a tu afligido padre, *José*.»

En esta breve epístola, seca y formidable, quedaba pintado el carácter del golilla... La funesta noticia fué precedida de un agüero supersticioso, que el poeta—ya se ha dicho en otra ocasión—quiso eludir : la rotura de un espejo de su vivienda, comprobada antes de recibir tan terrible nueva.

Rescindió Zorrilla los compromisos pactados y apresuróse a volver a España.

Padre e hijo, en el caserón ya sin alma, tornaron a abrazarse. Luego, ya algo más tranquilos, don José habló a su hijo de la hacienda, del porvenir, de agricultura, de ampliar la casa y aun de adquirir ciertos solares contiguos, donde, con motivo de la invasión francesa, quedaron enterrados pozos con oro y alhajas...

Zorrilla, ilusionado, prometió dinero al padre para todo aquello que a él tanto le interesaba. Vivieron algún tiempo tranquilos: hasta el poeta cultivó, con esmero y entusiasmo, las verduras del huerto. Filialmente, el poeta merece otra estatua. Volvióse, empero, a la corte; sus asuntos editoriales le reclamaban. Concertó entonces la venta de *Granada* a diez mil pesetas el tomo, y, efectuada ésta, empezó a remitir dinero al padre para las obras de ampliación de la casona de Torquemada y liquidar ciertas deudas atrasadas...

En los *Recuerdos,* Zorrilla relata prolijamente sus idas y venidas del pueblo a la capital, sus andanzas editoriales y sus incidencias domésticas. No le seguiremos. Importa al lector saber que por entonces hizo contrato con el editor Gullón de su poema *María,* que había de entregar en seis meses a cambio de treinta y dos mil reales, y que, a fin de escribir reposadamente esta obra, y como Madrid es «el punto del universo en que más tiempo se pierde y más holgazanes encuentra con quienes malgastarlo el hombre que lo necesita», se trasladó a El Pardo...

En tan deleitoso refugio, Zorrilla recibió golpe cruelísimo. También se lo anunció un espejo, rompiéndose: el mismo espejo del *appartement* de París, que con singular cariño conservaba. «Fué, además, un *martes*»... desliza el poeta. Su esposa, que vivía en la casa de Madrid e iba a visitarle los do-

mingos, presentóse el jueves siguiente, silenciosa y demudada. —¿Qué te ocurre?—preguntóle Zorrilla. La mujer vaciló... El poeta, repentinamente, recordando la segunda rotura del espejo, adivinó la dolorosa verdad: —¡Mi padre ha muerto!...

Y así era. Calientes, supersticiosas lágrimas brotaron de sus ojos. Dios le olvidaba. ¿Por qué? ¿Qué le había hecho? «¿Estaban malditos sus pobres versos?» Y el poeta, recogiendo las cuartillas del poema, junto a su mujer lloraba, lloraba desconsoladísimo...

XIII

En Torquemada. — Tristeza, embrollos, sombra, desilusión.—Zorrilla, desesperado, resuelve irse a París.—Publicación de los dos tomos de «Granada».—A las puertas de la cárcel.—Contrariedades económicas: crisis amorosa.—Aparece y desaparece «Beida».—Zorrilla, desesperado, resuelve irse a América...

Volvió Zorrilla a la casona familiar, donde pasó catorce meses, hartos ingratos sin duda. La vida íntima del poeta ofrece pocas páginas rientes, y, por de contado, van unidas a la infancia o a la primera juventud.

En los *Recuerdos* quedan, deliberadamente, zonas sombrías, dentro de las cuales, como fuentecilla oculta, resuena un sollozo. Explícito en sus pesares domésticos, en sus tristezas de hijo lo es. Ya veremos luego sus aflicciones — menos verbosas — de amante. En cuanto a su vida conyugal, con dos mujeres compartida sucesivamente, calló, como callan los pocos hombres todavía vivos que le trataron en sus últimos años.

Fué Zorrilla a Torquemada a hacerse cargo de la herencia paterna. Al llegar a la casa—una de las mejores de la villa—, «nido de recuerdos, manantial de poesía donde se encerraban los de su madre y la de sus primeros amores»—, halló siete duros en plata, doscientos cuartos, un reloj de oro

y ningún papel, salvo el testamento ológrafo del padre.

La primera noche la pasó Zorrilla insomne y desconsolado. Varios amigos del difunto enterárronle de la existencia retraída que don José observara. La podagra dió doloroso fin de ella. Murió sin consentir que avisaran al hijo, luego de quedar, mediante la confesión, espiritualmente reanimado; «volvió la cara a la pared» en el lecho y «da espalda al mundo», y expiró lo mismo que el que se hunde en el sueño.

Zorrilla, sin fe ni entusiasmo, decidió permanecer en Torquemada. Escribió al librero Gullón comunicándole que renunciaba a continuar el libro *María,* y en aquel caserón silencioso continuó oyendo a amigos del padre y revolviendo papeles, la noble tarea de defender la memoria del difunto.

Embrollado dejó éste su negocio, a tal punto que la honra del apellido amenazaba naufragar lamentablemente. Deudas, hipotecas, infidelidades conyugales, dudosa inversión de fondos... Tenebrosas perspectivas de litigios; cajones secretos rebosantes de onzas; manuscritos del padre, en los que con obcecación curiosa abogaba por la causa carlista para que el hijo la defendiese... Total: mucho egoísmo, mucho pergamino y escritura curialesca; amargura, soledad, desilusión...

Decidido, tras noches tristísimas, mientras desembrollaba aquellos enojosos asuntos, a vivir lejos del bullicio de la corte, «ni envidioso ni envidiado», compró unos caballos, cuidóse del laboreo de sus viñas, y de Torquemada a Palencia, y viceversa, fué y vino frecuentemente, enamorado como nunca de su tierra...

Enemigo sistemático de la política, asqueado de ella, estuvo en aquel entonces, por entusiasmo de sus paisanos, a punto de salir diputado a Cortes. Circunstancias que aquí no importan lo impidieron.

Las deudas contraídas por el padre obligáronle a

vender, por fin, la casona, de la que se despidió, como es de suponer, transido de dolor.

Enjugóse el llanto con la ropa de la cama en que habían muerto sus padres; «sacó por cinturón la trenza de los cabellos de su madre—que no quiero—declara—ni debo decir cuándo ni cómo me la procuré»—, y bajo la luz pálida del amanecido abandonó, a caballo y en compañía de un cachicán, el amado nido de recuerdos...

¿Fué aquel rudo golpe lo que movió a Zorrilla a expatriarse?

Es posible. Ya en la villa y corte, el autor que había sido, por su resonante popularidad, elegido académico de la Española (1848), formó parte de cierta Junta que podría llamarse de «Salvamento del Teatro Español». El «academismo estéril» intentaba una reacción clásica que no pudo prosperar. Zorrilla, en la primera ocasión, renunció a su cargo, con el que no simpatizaba, alegando su ya resuelto viaje a Francia.

Levantó la casa, envió a su esposa a Burdeos y siguió él en Madrid unos días para arreglar varias liquidaciones editoriales. Rescató la propiedad del poema *Granada,* todavía sin concluir, y ya solventado el asunto, consumó su «voluntaria, extemporánea, inmotivada e injusta expatriación».

¿De quién huía el aclamado dramaturgo? «De mí mismo—dice—; de mi inconsciente corazón, siempre por mi imaginación dominado...» Estando en Torquemada se había visto «como un paria sobre la tierra». Roíale, además, la convicción de que iba a terminar sus días en su patria en el hospital o en el manicomio, y por evitarlo, apoderóse de él «el irresistible anhelo de irse a morir... a otra parte».

La sinceridad del poeta, calificando de «descabellada» tal resolución, nos ahorra comentarios.

Muerto el padre, Zorrilla dice que la poesía em-

pezó «a inspirarle repulsión y hastío». Su amor a la aventura, a la inquietud, le ahuyentaba definitivamente del camino de la política, donde el astuto cosecha, para su provecho, más fruto que flor. En lo sucesivo sería poeta y pobre. Insensatamente, gloriosamente también, asociaría la lira con el harapo, la abundancia cordial con la indigencia económica. El Parnaso está lleno de ilustres mendigos. ¡A París, pues!...

Rompió «con todo lo pasado, patria, familia, amigos...» Vivió algún tiempo aislado, concluyendo —por cumplir una palabra de honor—su *Granada*... Y paseando a veces, como alma en pena, por la mágica Lutecia, sintió junto al turbio Sena la tentación del suicidio. De tan siniestro propósito pudo disuadirle el recuerdo de que el poeta... sabía nadar, y como, con atroz puerilidad añade, el temor a «una vergonzosa exposición póstuma en la *Morgue*»...

Por fortuna, conoció al veracruzano don Bartolomé Muriel, establecido en París, caballero dignísimo, acaudalado y generoso.

Muriel prodigó al poeta toda suerte de consuelos, incluso los económicos. Alojóle en su propia morada suntuosa, poniendo a su disposición una bien nutrida biblioteca, una alcoba amueblada con todo *confort* y valiosas obras de arte, servidumbre y dinero.

La gratitud del poeta resplandece en *Granada*, dedicado al liberal mejicano:

Tú que, amigo sincero, mis pesares
Cariñoso y leal has consolado;
Tú, que del infortunio en los azares
Apoyo generoso me has prestado;
Tú, que con honda fe, de mis cantares
El poder misterioso has invocado.
Del duelo y del afán como anatema,

Escucharás, benigno, mi poema.
Tú, que sabes del mundo retirarte,
Sin que pueda el turbión de sus insanos
Delirios en su vértigo arrastrarte;
Que de una noble sociedad de hermanos
Has sabido en tu cámara cercarte
Para escuchar mis cuentos africanos,
Quiero que des tu nombre a la portada
De mi oriental leyenda de GRANADA.

.....

La publicación de los dos primeros tomos (noviembre 1852) de este poema (el tercero no le concluyó, aunque Zorrilla escribió buena parte de él en París) fué aceptada con todos los honores por los libreros de Suramérica, Alemania, Francia y España. Pidiéronse varios miles de ejemplares.., pero las ediciones fraudulentas, los pagos irregulares, la quiebra del madrileño Boix, dejaron al poeta una vez más famoso y sin dinero.

¡Endemoniados versos! ¿Es que, en efecto, estaban malditos? Zorrilla así lo repite supersticiosamente. Empezó a aborrecerlos. Tan de veras, que entonces pensó trasladarse a América, más en busca de la muerte que de la fortuna...

Aparte de «otras miserias de la vida», pasó por una que le produjo la mayor vergüenza: poco le faltó para ir a la cárcel de Clichy, donde estuvo Balzac por idéntico motivo, esto es, por deudas de dinero.

Tuvo la culpa un «buen amigo» que le dió un *sablazo* de dos mil francos; Zorrilla, falto de fondos, endosóle un pagaré, y cuando llegó el momento de abonar aquella suma, el poeta vió que su compatriota había puesto, heroicamente, pies en polvorosa, haciéndole responsable del documento en cuestión. Una vez más el mejicano Muriel sacó del apuro a la imprevisora, cándida y eterna cigarra.

Cinco años pasó Zorrilla allende el Pirineo, en

Bruselas y en París. Concediéronle la Legión de Honor como muestra de aprecio y gratitud por la poesía que dedicó a la Emperatriz Eugenia con motivo de su enlace con Napoleón III. Sin embargo, la fatalidad quiso que el poeta no pudiese ver, como estaba convenido, a la soberana, ni que recibiera la aludida condecoración, porque el embajador de España en París dió de Zorrilla informes poco favorables...

Robustecíase en el ánimo del trovador la idea de marchar a América, y a ello contribuyó el singular suceso de la chilena, venturosa dama a quien predijo el porvenir barajando unos naipes...

Pero Zorrilla amaba, además, a una mujer, allá en París. Atravesó el hombre, con sus treinta y siete años (esto sucedía en 1854), «violenta crisis pasional—la ilustre autora de *Los pazos de Ulloa* lo dice—, frecuente al final de la juventud»... Amábala el poeta—que sin remilgos lo declara—«hasta el punto de no atreverse a revelarla su decidida resolución de no volver».

Precisa fué, con todo, la separación. Este episodio parece que torturó dolorosamente al poeta. En verso habló de ella, llamándola *Beida* unas veces, *Leila* otras.

Rumoroso, febril, fascinador, como siempre, con su prestigio de inmarcesible y universal, quedaba París, y dentro de él la musa de carne y hueso, quizás la única mujer que había brindado al poeta un consolador cantarillo bien colmado de agua fresquísima.

El 27 de noviembre de 1854 Zorrilla despedíase de Muriel y de otro amigo excelente, Torres Caicedo. Ambos le habían proporcionado un paquete de cartas de recomendación para Méjico y otras repúblicas sudamericanas.

El 28, por la noche, daba el último adiós en el andén a una mujer llorosa, «*en cuyos brazos dormía un ser inocente nacido en el pecado*», por quien

el poeta debía vivir, trabajar y volver rico de las Indias. ¿Cómo no suponer llena de letal melancolía esta escena, en sitio tan propicio a la desolación como un andén?

Era de madrugada. Corría el frío penetrante de la hora tardía y de aquel París húmedo. Confundidos entre la gente viajera, hombre y mujer se abrazaban apasionadamente. El poeta hablaba de volver pronto, rico, fabulosamente rico; la amada le oía y lloraba quedo. ¡Oro maldito, que nunca supo acuñar madrigales! Y las dos sombras, entre las cuales dormía un pequeñuelo, callaron, quizás, un minuto. Perdidas, anónimas, amparadas en la semioscuridad, flotantes en la vida, quisieron oir la voz del Destino; y el Destino callaba.

XIV

Lejos, siempre lejos.—En Méjico.—Las quintillas calumniosas.—Exitos halagadores.—En la «escondida senda».—El poeta, cazador.—Zorrilla se traslada a Cuba.—Vasto negocio que pudo hacerle rico.—Interviene la fiebre amarilla.—Tristeza incurable.

Huir, huir de sí mismo, a cualquier parte, sin más ideal que morir o enriquecer; ideales notoriamente bien mezquinos...

¿Qué ofuscación, qué congoja empujaban al poeta? Y a bordo del *Paraná,* «buque negro, viejo, enorme y feo como la ballena que se tragó a Jonás», el poeta, lejos de su patria, de sus amores, de sus triunfos, de sus amistades, se vió inmensamente solo...

Después de una travesía accidentada—fuego a bordo, cambio de barco, detención forzosa en Jamaica, conato de motín del pasaje—, llegó Zorrilla a la Habana en unión de varios amigos y conocidos de a bordo.

Allí, aunque nadie tenía noticia del arribo del eminente poeta, se le recibió con los honores que merecía.

A las veinticuatro horas embarcó de nuevo en el *Withe,* desvencijado navío, con rumbo a Méjico. Tampoco esta vez fué muy grato el viaje.

Zorrilla estuvo a punto de llegar a las manos con

varios pasajeros que se consideraban aludidos injuriosamente en unos versos por el poeta escritos y leídos en la intimidad durante la monótona travesía... El *Withe* se detuvo de improviso una noche, con averías importantes en la máquina, exponiendo a los pasajeros a ser víctimas de los tiburones, tan abundantes en aquellas latitudes, o a perecer estrellados contra las costas del Yucatán...

Divertidos, dentro de la gravedad de la situación, son los incidentes que narra el poeta, el cual hizo derroche de un buen humor admirable. Por fin la amenaza del naufragio se disipó y hacia últimos de enero de 1855 el pasaje llegó a Veracruz sin más novedades.

En esta capital aguardaba a Zorrilla otro disgusto. José Esteva, poeta muy conocido allí, saludó a su compañero sin poder ocultar su estupefacción. Circulaban por Veracruz ciertas quintillas injuriosas para los mejicanos y su Presidente Santana, que todo el mundo atribuía al vate español. Zorrilla, indignado, protestó de la infamia de que se le hacían víctima, y proclamando orgullosamente su honradez, continuó el camino de Méjico.

Recibido en esta población por varios individuos de la colonia española: el conde de la Cortina, Anselmo de la Portilla, Federico Bello, etc., pocos días después el cantor de Granada y lector asombroso obtuvo su primer triunfo en tierra americana asistindo a la apertura del curso universitario.

En vista de tal éxito, preparóse otra velada en honor del poeta, que había de producirle honra y provecho. Surgió entonces el «traidor de melodrama», un español llamado Moreno, agente de la empresa del teatro donde la aludida fiesta debía celebrarse. Este sujeto, viendo que la temporada hallábase en sus postrimerías (la Cuaresma apuntaba) y que el beneficio acordado iba a restarle una de las pocas buenas entradas seguras, se avistó con un hijo del Presidente de la República, facilitándole un

ejemplar de las cuartillas famosas, impresas por no se sabe quién en la Habana.

La insidia produjo su efecto. Santana, vanidosísimo—así le llama el poeta—, celoso de los aplausos que conquistaba Zorrilla, dió orden de que prendieran a éste. Tomáronle declaración; comenzó la pleamar de prosa curialesca; intervino el encargado de Negocios de España en Méjico; avistóse Zorrilla con el Presidente, mostrándole cartas de elevados personajes mejicanos que desde París traía, y por fin el enojoso incidente quedó resuelto a satisfacción de todos.

Santana brindóse al poeta; pero el poeta, digno y orgulloso, no utilizó la influencia de aquel endiosado, cuya conducta política dejaba, a su juicio, bastante que desear.

Pródiga en peripecias fué la estancia de Zorrilla en tierra americana. Más de trescientas páginas dedica en sus *Recuerdos* a aquel lejano país, soliviantado por luchas políticas muchas veces luctuosas.

Corrió el riesgo de ser robado y asesinado en pleno campo por los indios; conoció tipos y costumbres pintorescas, de las que hace descripciones coloristas y fervorosas, y—la verdad por delante— halló hospitalidad generosa y cordialísima, que tampoco el poeta deja de mencionar con los indispensables ditirambos.

El conde de la Cortina le alojó en su casa, donde pasó días inolvidables, festejado y liberalmente atendido. Cipriano de las Cagigas, gran amigo suyo, le auxilió eficazmente. Zorrilla cobró por sus trabajos algún dinero. Compró—él lo dice—dos caballos, tomó un criado, aceptó la hospitalidad de las haciendas y se fué a la de los Llanos «a cazar unas ardillas grises muy sabrosas y muy difíciles de tirar, que en el país se llaman *techalotes*»; y allí, atracándose de soledad y de viento, y de sol y de polvo, y de tórtolas y de patos que diariamente mataba, y perdiéndose entre las salvajes napoleras, y

cuidando de la viruela negra a los miserables indios, que no se vacunan,y sin tener, en fin, conciencia de sí mismo, y sin saber lo que hacía ni lo que buscaba, y fiado en Cagigas solamente, pasó... no quiere calcular cuánto tiempo.

Zorrilla, siempre protegido por el ilustre conde de la Cortina, dedicóse preferentemente a estudiar en su magnífica biblioteca, «a ver las poblaciones, las fiestas, los santuarios, las ferias», y a conocer «las costumbres domésticas, civiles y religiosas de aquellos pueblos, que las recibieron un día de España con sus leyes, usos, trajes y obligaciones, de los cuales no ha podido despojarles totalmente su emancipación política».

Entretanto cayó Santana, subió Commonfort y siguieron los cambios de Gobierno, todo entre agitaciones y luchas de *libertinos* contra *religioneros*.

Zorrilla, solicitado y aplaudido por los mejicanos, presentóse como lector en Academias, Sociedades y Colegios. El país se había familiarizado con él y le quería. Llegó Miguel de los Santos Alvarez, amigo antiguo del poeta, con una misión diplomática. Invitóle a que se viniese con él a España. —No puedo—contestó Zorrilla—. Y permaneció en la finca de los Llanos de Apam, cazando, durmiendo, «sin libros, sin periódicos, sin tintero, sin plumas»; puerilmente divertido y casi dichoso...

Pero los acontecimientos políticos acabaron por envolver al poeta. Su amigo Cagigas había intervenido en varios asuntos que le pusieron frente a Juárez, con peligro de su vida. Ambos amigos, huyendo de aquel cabecilla, dueño a la sazón de Veracruz, trasladáronse a la Habana, tras no pocos incidentes curiosos, en compañía de unos frailes agustinos.

¿Por qué desembarcaban en la hermosa isla? Cagigas, hombre emprendedor, inteligente y bondadoso, lo ocultaba. «Era reservadísimo—refiere el

poeta—, y yo, fiado en Cagigas, iba a ciegas a Cuba, sin que supiera yo, antes de llegar a Veracruz, ni antes de arribar a la Habana, qué peligro era el que corría en Veracruz ni qué negocio me llevaba a Cuba.»

¡Encantador Zorrilla, confiado en ser rico definitivamente!

Por fin Cagigas expuso al poeta su plan. Tratábase de que mientras Zorrilla daba en el Liceo seis lecturas, apalabradas en tres mil duros, él, Cipriano de las Cagigas, entablaba un vasto negocio para establecer una línea de vapores correos que compitiese ventajosamente con la Compañía inglesa, que entonces sólo disponía de uno mensual.

Cagigas contaba ya con influencias y dinero; pero necesitaba aun más numerario. Zorrilla le oyó entusiasmado, aunque sin comprender.

—Pero bueno—le dijo poco más o menos—. ¿Qu tengo yo que ver en todo esto?

Cagigas, con su flema habitual, le miró sonriendo.

«—Usted no sabe lo que vale su nombre. Déjese guiar, y dentro de dos años podrá usted poner al hijo de Júpiter y de Letona, con sus nueve holgazanas de Musas, a tejer esparto en el patio de su casa de usted, que podrá tenerla propia.»

Este negocio, en gestación, avanzaba satisfactoriamente. El poeta y el emprendedor Cagigas iban a ser ricos. ¡Sueño radiante, porvenir luminoso!...

De improviso, la muerte desbarató tan hermoso castillo de naipes, que iba resplandeciendo de oro. El vómito negro acabó en poco tiempo con Cagigas. Zorrilla, fraternalmente, veló al enfermo; pero la Intrusa pudo más. El 25 de noviembre de 1858 aquel hombre, que no sabemos si hubiera redimido económicamente a Zorrilla, fué enterrado. Y en tan doloroso trance, el poeta anota un pormenor piadoso. «Cagigas—dice—usaba el pelo largo; al

cerrar la caja quedó fuera una guedeja de su cabello castaño claro, que me fué llamando la atención, porque el aire la mecía durante el trayecto de la casa al cementerio. Allí no me pude contener y corté todo aquel flotante rizo, recuerdo y prenda que parecía ofrecerme mi muerto amigo.»

Y esto quedó del vasto negocio, del liberador ensueño: un mechón de pelo; algo ondulante y menudo, respetado por la Casualidad...

Apenado profundamente, Zorrilla vióse poco después atacado por la afección epiléptica, ya latente en su organismo, y que desde entonces hubo de combatir a fuerza de bromuro en dosis espantables.

Dió, restablecido, varias lecturas; trabajó tenazmente; fué popular, aclamado y querido; pero Cuba, el mundo todo, parecíale amarillento, espectral, tristísimo...

A pesar de las cariñosas atenciones del público y de varias personas de calidad, Zorrilla quiso, y lo realizó venciendo cordiales resistencias, regresar a Méjico.

Imposible le fué terminar un libro que había, con grande ilusión, comenzado. Su cerebro estaba «vacío de ideas», «roto el molde en el cual hasta entonces forjó tantos versos con sus plabras...» La sombra del amado Cagigas vertíase sobre la feraz isla antillana, entenebreciendo el espíritu, harto conturbado, del poeta.

Harto conturbado porque también recibió cierta epístola de Francia con malas nuevas, que «de dejaron solo sobre la tierra y sin afección alguna de corazón, amarrado a un lazo que Dios sólo podía romper y cargado con las deudas de su casa...»

En la vaguedad de estas palabras, ¿habrá algún eco de aquella noche de noviembre de 1854, cuando en el andén de una estación francesa Zorrilla se

despedía de la amada? El misterio amoroso, tan impenetrable en la vida del autor de *Don Juan,* envuelve este momento decisivo en que Zorrilla, bajo el claro sol antillano, siente tan verdadero, hondo y reconcentrado desdén del Universo.

XV

Otra vez a Méjico.—De la ciudad a las sierras. Diversos incidentes.—La quinta de Goicoechea. Zorrilla y el Emperador Maximiliano.—Siniestro augurio.—El Teatro Nacional.—Generosidad del archiduque de Austria.—Misión que traía el poeta en su regreso a España

Promediaba el mes de marzo de 1859 cuando Zorrilla, sombra del Ashaverus errante, se trasladaba de nuevo a Méjico.

Habíanle presentado, y con ellos viajaba, a cuatro generales de aquel país, los cuales «regresaban a su patria fiados en volver a entrar en su capital con el presidente Maimón, que bajaba a sitiar a Juárez en Veracruz, de cuya rendición no tenían duda».

Cuarenta y dos años contaba el poeta. De ellos llevaba no pocos derrochados sin fruto, «perdidos», según su frase, estérilmente en llenar de versos cuarenta tomos, «inútiles a su fortuna y al progreso de la humanidad»... «Había metido mucho ruido—prosigue acremente—que de nada había servido a nadie...»

Abundantes también fueron las peripecias del desembarco, que Zorrilla narra con afortunado colorido. Perdió su equipaje, compuesto de tres baúles con prendas, joyas, retratos, memorias y aun manuscritos... Vióse amenazado de muerte por Juárez,

que le creía conspirador contra su autoridad. Litigó con un librero sin conciencia, a quien las leyes condenaron por su mala fe y que murió del berrinche...

Por todo ello pasó pacientemente Zorrilla, que deseaba, ya en la capital, cumplir ciertos deseos del desventurado Cagigas, de índole social, y plantear el famoso negocio de los vapores correos.

Pero la suerte no lo consintió. Surgieron obstáculos insuperables. «No estaba de Dios—comenta Zorrilla—que yo pusiese felizmente mano en negocio alguno que honradamente me condujese a la fortuna.»

Desalentado y sin voluntad confinóse en la hacienda de los Llanos de Apam con sus dos caballos y un criado. Cazaba y madrugaba como aquel hidalgo de la Mancha; acostábase temprano, y así curaba poco a poco su hondo mal de misantropía...

De aquella paz sacáronle los acontecimientos políticos y el afán, perfectamente explicable, de no mostrarse en absoluto ajeno a ellos.

Vivió en la quinta de Goicoechea, muy próxima a Méjico, «casa de arriba», en eúzkaro. La casa, amueblada con lujo y *confort*; el jardín, ameno y ancho, brindáronle deleites sin número.

De esta finca, tan cercana al tumulto de la guerra civil, Zorrilla ha hecho una descripción verbosa y risueña, «muy suya»...

En los *Recuerdos* dedica una estrofa a cierto balcón «del Paraíso» que daba a Poniente, rinconcillo deleitoso en el que Zorrilla divagó con fervores líricos.

«Bajo él—oigámosle otra vez—crecían los espinosos cactus que producen los fragantes *huele de noche* y escuadraban y festoneaban su marco

como verdes cortinas y lambrenquines,
campánulas, bignonias, yedra y jazmines,

madreselva, clemátides y pasionarias,
yedras apretadoras, plantas rastreras,
todas las cien especies de parietarias,
musgosas, trepadoras y enredaderas.
Bajo él, entre magnolias, en cien planteles
regados por mil caños, dábanse espesos
anémonas, junquillos, lises, cantuesos,
geranios, amarantos, plúbagos, luisas,
alelíes, acantos y minutisas;
bulbosas epigelias, nardos galanes,
renúnculos, camelias y tulipanes.
.....

Por fin las sangrientas revueltas, el cambio de Gobiernos, la embajada del español don Joaquín Francisco Pacheco y otros sucesos harto notorios de la historia de Méjico, determinaron la intervención europea que había de restablecer el orden en el viejo imperio de Moctezuma.

Y llegó Maximiliano, archiduque de Austria, con su mujer Carlota, encargados de reinar en aquel país, según se sabe, en virtud de la campaña emprendida por Napoleón III. Las tinieblas de Querétaro y de Sedán estaban relativamente lejos de la vida de ambos monarcas. Zorrilla vió entrar al matrimonio austríaco confundido entre el gentío, sin presentir la amistad que con él iba a ligarle. Adivinó, como buen vate, el luctuoso fin de aquella monarquía, viendo pasar el lujoso séquito, en el que predominaban los uniformes y arreos *rojos*...

... El sangriento color de su librea
fué el último de todos los colores
que vió la multitud que vitorea;
y el séquito imperial dejó en mis ojos
del sangriento color los vivos rojos.

Zorrilla conoció personalmente a los emperadores con motivo de una lectura organizada por el

Colegio de Minería, en la que el poeta, invitado y requerido preferentemente, tomó lucida parte.

Al día siguiente de la fiesta Maximiliano de Austria y su esposa, que habían asistido a ella y quedaron muy complacidos, invitaron a los poetas —Zorrilla y otros dos colegas mejicanos—a comer en Palacio. A pesar de las atenciones de que Zorrilla fué objeto, éste volvió, enemigo de la garrulería y del exhibicionismo, a «su» campo a cantar las noches estrelladas y los edenes olorosos...

El emperador le había sido simpático y agradable; su esposa, no, ni entonces ni nunca. Además Zorrilla, tan a gusto en el voluntario aislamiento, adivinaba que «el Imperio no echaría jamás raíces en aquel país», porque «ni Maximiliano podía llegar a comprenderle nunca ni Méjico a Maximiliano».

Pero poco tiempo después una dama de la Emperatriz dijo a Zorrilla que el emperador deseaba «hablar con él de teatros y de poesía y utilizar su fama y su práctica en la gaya ciencia». Y con motivo del viaje que Maximiliano hizo por los Llanos para ver el acueducto de Tempoala, Zorrilla salió a recibirle, fué luego invitado a la imperial mesa, leyó y recitó varias composiciones y, en suma, la inteligencia cordial entre poeta y soberano quedó concertada.

Ambos en el campo pudieron hablar a solas, lejos del séquito. Maximiliano le expuso la idea que acariciaba entusiasmadamente: la de crear un teatro nacional mejicano, del cual sería Zorrilla director.

Aceptó éste, «con la condición de que no se mezclaría en la política del país ni en las intrigas de palacio», de que no tendría obligación «de usar uniforme ni distintivo alguno» y podría «ser recibido por el emperador inmediatamente que le pasara la tarjeta por la Secretaría del Gabinete civil».

Zorrilla fué nombrado director del proyectado Teatro Nacional de Méjico y del particular de palacio. El archiduque deseaba que aquél fuese construído con arreglo a planos magníficos, lo cual exigía «una suma fabulosa de duros». Si Zorrilla hubiera sido otro hombre, «menos inepto para labrarse una fortuna con negocios de administración», habría realizado el ideal de enriquecerse, ya que la empresa de Cagigas tampoco se lo permitió. Zorrilla, hidalgamente convenció al monarca de lo innecesario de aquel dispendio, «que para sostenerse en el trono necesitaba». «Y quedó todo—añade—reducido a convertir en teatro un salón de palacio y dar en él de cuando en cuando algunas representaciones para solaz de la emperatriz y de la corte.»

«Mientras se realizaba la instalación de un teatro nacional, indefinidamente aplazada», en el de palacio se instalaba el particular. La inauguración celebróse el 4 de noviembre (1) para festejar el santo de la emperatriz.

Los actores representaron la primera parte de *Don Juan Tenorio* y Zorrilla leyó varias composiciones.

Demócrata, afable, literato y artista, el emperador nombró a Zorrilla lector suyo, «no para que le leyera nada, sino para hablar con un hombre ajeno a la política de más halagüeños asuntos».

Muy discretamente debió de cumplir el poeta su

(1) Suponemos que de 1865. A esta velada debe referirse la siguiente noticia, que copiamos de *El Museo Universal* (año X, número 11, día 18 de marzo de 1866):

«Ultimamente, y con asistencia de toda la corte y de la nueva aristocracia, se ha inaugurado el teatro nacional de Méjico, del cual ha sido nombrado director nuestro distinguido compatriota el célebre poeta don José Zorrilla.

Concluída la función, Zorrilla leyó una composición titulada «Corona de pensamientos.—Galantería poética», y dedicada a la emperatriz.»

cometido, por cuanto el emperador fué haciéndole de día en día confidente de los predilectos.

Asignóle cien duros mensuales de su caja particular, aparte de los tres mil anuales que por su cargo de director del Teatro Nacional, aun sin existir, percibía.

Esta asignación de cien duros fué recompensa de un rasgo caritativo. Una de las actrices del teatrito regio mantenía a su madre, viuda, y a dos hermanas. Falleció la madre, y Zorrilla costeó el entierro, dando además a cada muchacha treinta duros para los lutos y señalándolas—como director del coliseo nacional, famoso antes de nacer—otra suma idéntica todos los meses. Cuando lo supo el emperador, tuvo una frase justa y honrosa para la «clase»:

—Eso—dijo—no lo hacen más que los poetas...

Meses después Zorrilla recibió noticias de «un acontecimiento que sólo dependía de Dios» y «variaba completamente su posición social».

Nada más dice. ¿Fué la muerte de su esposa, o se trata de la de *Beida*, que en la vida aventurera del cantor brilla intermitente, con luces más que débiles, recatadas por él?

Estas interrogaciones en la biografía de muchos hombres célebres constituyen su sazonamiento más sabroso y su misterio más picante. En las tinieblas vibran como cantos de angustia y de gozo. No trataremos de desgarrar tales velos, aunque con ello nada perdiese el poeta. Lamentamos, no obstante, que un mal entendido respeto de la vida íntima prive al admirador de conocerla cabalmente. Conocemos los amores, legales o no, de Balzac, de Hugo, de Espronceda, de Goethe, de mil más, y sin embargo sus obras literarias no perdieron con la divulgación de estos lances amorosos que nos han permitido adentrarnos más en el alma del genio, superior por tantos conceptos a la de cualquier in-

dividuo vulgarote de quien suministra referencias prolijas su criado o su acreedor...

Expuso Zorrilla al archiduque el deseo que tenía de volverse a Europa; nególe Maximiliano la licencia que se le pedía; insistió el poeta, presentando incluso la dimisión de sus cargos, y por fin, en una entrevista celebrada a solas, vino a razones el monarca tan poco grato al pueblo mejicano y cuya corona inseguramente ceñía sus sienes.

De ello estaba, aparte de todo, convencido el austríaco. La superstición, dominándole con terca crueldad, así se lo repetía. Y como, por añadidura, el emperador no había ido a Méjico ni por su gusto ni por insensatas codicias, tenía decidido «una doble exposición-defensa de sus actos como soberano, que pensaba encomendar a dos distintas personas: la de su política, al príncipe de Salm-Salm, y a Zorrilla la de su historia, mejor dicho, la de su leyenda»...

Así se lo comunicó el archiduque a su lector, dándole nuevos detalles de la idea concebida. Si sobrevenía la abdicación, como recelaba, el príncipe aludido se haría cargo de todas «sus cuentas, correspondencia y documentos políticos, para escribir su obra, que aparecería impresa en alemán, en español, en francés y en italiano». Zorrilla había de ser depositario de las «impresiones personales del emperador, para que las consignara en una especie de legendario, desde que se aconsejó a él y a Carlota a aprender el castellano hasta el hecho de la abdicación que les condujera de vuelta al castillo de Miramar (Austria), donde Zorrilla tendría aposento, sueldo y acceso en sus habitaciones como lector y cronista suyo».

El emperador expuso su firme propósito de ser editor de aquel libro, pagándoselo «de modo que su precio cubriera y aun doblase el de todas las

deudas de Zorrilla y de su casa en Méjico y en Europa».

De esta suerte el monarca recompensaba el desinterés, fidelidad y adhesión de su amigo y lector.

Zorrilla, confuso de agradecimiento, aceptó la imperial propuesta. Percibiría 25.000 duros por cada tomo de la obra, que constaría de dos, con la condición—única que el poeta impuso—de que nunca perdería su nacionalidad y de que, dentro de lo posible, iría a morir a España.

El viaje duraría un año, sin que Zorrilla dejase de percibir su sueldo, «recibiendo adelantada una anualidad como gasto de aquél, y acompañándole su secretario de dirección del teatro, también con su sueldo».

El 2 de junio de aquel año (1866) Zorrilla tuvo la última conferencia con el archiduque. No había de volverle a ver nunca.

Dióle Maximiliano «un paquete de notas, una libranza de 4.100 duros sobre París, setenta y dos onzas y media, precio del pasaje, y una letra sobre Madrid para los gastos de la vuelta, que debía verificarse entre junio y septiembre del 67, previo aviso suyo».

¿Hizo el poeta bien abandonando a tan ilustre y generoso protector? En aquellos momentos críticos para el trono «lo estético—dice la señora Pardo Bazán, acaso, y perdónenos la insigne novelista, con excesiva sutileza—hubiera sido no apartarse del soberano que reclamaba privilegios de amigo»...

El emperador abrazó afectuosamente a Zorrilla. Era al caer la tarde, momento conmovedor siempre, y más cuando a la sombra del día que se va hay que añadir la tristeza del buen amigo a quien se deja. Zorrilla, emocionado, callaba. El archiduque volvió a estrecharle la mano.

—Hasta la vuelta—le dijo—. Escríbame, siempre que guste, por mi Gabinete civil.

Y en la puerta de su cámara, a contraluz, destacando su elevada silueta sobre los rojos resplandores del crepúsculo, Maximiliano permaneció hasta que Zorrilla volvió a saludarle por última vez.

Este detalle de la llamarada solar, que tan trágicos tintes desleía en la estancia, cobró ante Zorrilla proporciones de símbolo. Aquella sangrienta aureola cercaba el porvenir del emperador con poderosa fuerza de vaticinio.

XVI

El regreso a España.—Cómo, en Barcelona, se rompió el incógnito que deseaba guardar Zorrilla.—Salutaciones y bienvenidas.—Llegada a Madrid.—Serenatas, lecturas, agasajos.—«El Cuento de las flores».—Zorrilla, piadoso.—A la sombra de los bufos...

Acompañado de su secretario Federico, y trémulo de emoción, Zorrilla pisó por fin tierra española, entrando en Barcelona el 19 de agosto de 1866. Volvía de París; «paraíso de los tontos» le pareció...

El poeta viajaba con dos pasaportes: uno regio —del que no hizo empleo nunca—, como lector del emperador Maximiliano y agregado a su casa; el otro aparecía extendido a nombre de su secretario en estos términos: «Le acompaña don J. Zorrilla», con lo cual pasaba el poeta por preceptor o mayordomo de aquél.

La emoción de Zorrilla no podía ser más justificada. Venía, atento a razones políticas, de incógnito; pero le interesaba que el país diera cuenta clamorosa, oficial, pública, de su repatriación, sólo porque, llegando a oídos del monarca de Méjico, Zorrilla pudiese decirle: «Tengo mi panteón en la patria donde tuve la cuna».

La cosa era expuesta, ya que Zorrilla ignoraba a punto fijo qué laya de acogida iban a dispensar-

le sus compatriotas. Angustioso trance aquel en que un trovador popular, luego de bastantes años de ausencia y de silencio, llama a la puerta del solariego caserón, donde la familia, reforzada con nuevos vástagos, tal vez no se acuerda del ausente...

Zorrilla, ya en el ocaso de su vida, lo recela.

La angustia le sobrecoge. Varias veces se ha hecho idénticas preguntas anhelantes. Por las obras nuevas que allá, lejos de España, hojeó, pudo convencerse de que «la nueva pléyade literaria de España, la juventud sobre todo, sabía más que él porque había estudiado más. Lo que escribía «tenía más meollo y menos hojarasca que la que con que él había afiligranado sus huecos versos».

Y la duda, estribillo lacerante de sus ensimismamientos, vuelve a arrancarle una sobresaltada interrogación. ¿Qué juicio habían formado de su valía? ¿En qué menosprecio o en qué estimación tenían su personalidad los hombres que tras él habían surgido?...

Alojóse con su secretario en el hotel de las Cuatro Naciones, de la ciudad condal, y ambos se hicieron pasar por franceses, hablando únicamente este idioma.

A nadie—autoridad o vigilante de la frontera—se le ocurrió sospechar que aquel Zorrilla, acompañante de un mozuelo, fuese el autor de *Don Juan Tenorio*. El poeta procuraba permanecer impasible cuando oía su nombre, para no delatarse. Y así, sencillos transeúntes anónimos, vieron transcurrir tres semanas...

Pero al cabo de ellas, a varios literatos catalanes, según Zorrilla refiere, ocurrióseles sospechar que «aquella corva nariz judía y aquella fabulosa perilla que, bajo un hongo de muy anchas alas y sobre un estrecho gabán de verano, iban todas las

noches a respirar y ventearse con las auras del mar al paseo de la Muralla, eran las mismas que sus retratos copiaban desde febrero de 1837»...

Y una mañana el poeta está mirando, solo y anónimo, las caricaturas expuestas en un quiosco de la Rambla, y de pronto siente que alguien le pone la mano en el hombro, a tiempo que suena una voz gozosa y triunfal:

—¡Calle! ¡Aquí está Zorrilla!

El poeta se vuelve rápido. Acaba de traicionarse. Es un amigo. Ya no hay medio de seguir manteniendo el incógnito. La nueva corre por todas partes, imponiéndose a los animados y absorbentes cuchicheos de la política.

A partir de entonces puede decirse que el poeta estaba en España como tal poeta.

De su regreso de América habían tenido noticia varios compañeros y algunos le saludaron públicamente, como Manuel del Palacio, Narciso Campillo y la Pardo Bazán, que era entonces una adolescente.

En agosto de aquel mismo año—esto es, meses antes de la llegada de Zorrilla a Barcelona—Pedro Antonio de Alarcón dirigió una carta abierta al director de *El Museo Universal,* en la que escribía:

«Hace algunos días todos los periódicos de Madrid publicaron cuatro renglones dando la noticia de que Zorrilla había pisado el suelo de la patria. El suceso era tan interesante y fausto que bastaba anunciarlo en términos sencillos para que apareciese con toda su importancia.

»No; no lo han achicado, afortunadamente, las vulgares y gastadas fórmulas de elogio y regocijo de que hemos abusado todos hasta la saciedad en cualquier ocasión y a cualquier propósito. La hipérbole, insípida ya por lo prodigada en nuestro país, no ha rebajado a la categoría común de las

solemnidades literarias la figura de Zorrilla reapareciendo en España después de tantos años de ausencia. Pero no basta. Después de la discreción del respeto, nos suele a todos significarle nuestra admiración y nuestro entusiasmo. Y ésta es, señor director, la razón de las presentes líneas, que le ruego a usted inserte en su apreciable semanario.»

... ...

Zorrilla contestó escribiendo una composición, en la que saludaba a España fervorosamente. La publicó el mismo *Museo Universal.*

Roto, como decimos, el incógnito, el poeta, antes de volver a la villa y corte, se detuvo en varios puntos de Cataluña y Castilla. Su secretario Federico preparó con habilidad y acierto una lectura dada por Zorrilla en el teatro Calderón, de Valladolid, y otra en Burgos, que resultaron brillantísimas. Comenzaba a «formarse ambiente». En Madrid esperaban con ansiedad al cantor legendario. Luis Rivera, en el semanario satírico *Gil Blas* (1), decía, expresando humorísticamente su impaciencia :

«Aquí aguardan a usted sus antiguos amigos y los nuevos, que no somos flojos. Desde que usted se marchó la literatura tiene preparada una mesa con manjares de todas clases : *Doloras,* de Campoamor ; lindísimas endechas de Selgas ; una traducción del poema del Dante, de Pezuela ; letrillas de Santisteban y epigramas de Palacio. También tenemos comedias superiores y zarzuelas por lo fino...»

Madrid continuaba agitado por la política y la algazara. Arderíus y los bufos desquiciaban el tea

(1) Número 2. Segunda época, 7 de octubre de 1866.

tro español; en Capellanes y en el Circo de Paúl se bailaba con entusiasmo conmovedor; las *suripantas* daban tanto que hablar como las persecuciones de los semanarios políticos; comenzaba el reinado de los cafés cantantes y, entre las tachaduras del lápiz del fiscal y las alegrías del cancán, se incubaba, para ser un hecho inútil más tarde, el destronamiento de Isabel II...

El 15 de octubre llegó Zorrilla a la capital de España. En la estación esperábanle «dos Asquerinos, Díaz, Alarcón, Aguilera, Núñez de Arce, Casado, Palmaroli, Llanos y un centenar de curiosos—dice Federico Balart (2)—, meros espectadores de la fiesta, entre los cuales no había más rostro conocido para mí que el de cierto amigo a quien suelo ver en el espejo a la hora de afeitarme». No asistió ningún docto miembro de la Real Academia ni se pronunciaron discursos.

Fué un acto sencillo. Balart lo confirma: «El poeta abrazó a sus amigos, saludó a los demás y, accediendo al deseo manifestado por no sé quién, se encaminó a pie a su posada, rodeado de unos y otros.»

Zorrilla, en sus *Recuerdos,* dice:

«Madrid, declarado en estado de sitio y prohibida en él la reunión pública de más de cinco personas, reunió cuatro mil para acompañarme a mi casa desde la estación...» Y aunque el testimonio de éste y el de Balart, igualmente respetables, se contradicen, hemos buscado más datos acerca del recibimiento que se dispensó al autor de *El puñal del godo.* He aquí lo que dice *La España,* periódico contemporáneo suyo:

Después de dar la bienvenida al poeta, al que «esperaba una inmensa multitud, unos para conocerle personalmente, otros para renovar antiguas

(2) En el *Gil Blas* ya citado.

amistades y todos a saludarle con efusión y cariño», dedica varios párrafos elogiando su «oriental y caballeresco estilo». Y agrega: «Hoy el género de Zorrilla no se cultiva, por fortuna; sus creaciones honran a nuestra literatura, pero no deben formar escuela»...

Por la noche, el mismo día 15, obsequiáronle con una serenata, que resultó brillantísima.

Según *El Reino,* «gran concurrencia invadía los alrededores de la iglesia de San Ginés y la plazuela del mismo nombre (donde se alojaba el poeta), hasta el punto de que era imposible transitar por aquellos sitios».

Sucediéronse entonces los agasajos con que amigos y viejos admiradores celebraban el arribo del eminente repatriado.

El 16 asistió éste, acompañado de don Pedro Antonio de Alarcón, al teatro del Príncipe, donde se representaba con extraordinario éxito *La jura en Santa Gadea.* El público, al verle en el palco, le ovacionó clamorosamente.

El 17 los diarios anunciaban que la marquesa de Medinaceli estaba organizando una «escogida función literaria en su bello teatro» para celebrar el regreso del inspirado vate.

El 25 se dió en el del Príncipe *El cuento de las flores,* «lectura decorada y puesta en escena por don José Zorrilla», en la que tomaban parte, con su autor, la señora Dardalla, la señorita Berrobianco, Julián Romea, Alisedo y acompañamiento».

Esta obra, que «por su extrañeza—como dice un diario de entonces—produjo curiosidad general, no acrecentó gran cosa los laureles del popular cantor».

Gil Blas, informal y dicharachero, en el que poco más tarde había de ensañarse tanto el lápiz del censor, dice que en *El cuento de las flores* «sale Zorrilla recitando versos en que declara ser amigo

del emperador Maximiliano y hace voto de morir cantando como ha vivido».

Balart, crítico teatral de dicho semanario, califica esta obra de «lánguida y oscura como alegoría política».

Por su parte, el diario *La España* le dedica diez renglones en su sección «Gacetilla».

Elogia la composición y concluye:

«Creemos que el señor Zorrilla sólo ha buscado en ella un medio ingenioso de justificar su exhibición, para leer bellísimos versos...»

Y *El Reino,* del 29 de octubre, se expresa con menos salvedades, más cariñosamente:

«La aparición—dice—del señor Zorrilla en el teatro del Príncipe ha sido una verdadera solemnidad.

»El público de Madrid se ha apresurado a escuchar al gran poeta, premiando su talento con entusiastas aplausos y multitud de flores y coronas. El efecto que causaron en el auditorio las lecturas del inspirado vate es indescriptible, y ante ese espectáculo resultó pálido y frío el resto de la representación.

»El señor Zorrilla, según pudimos oír el sábado, trata de dar variedad a *El cuento de las flores* leyendo nuevas poesías.»

Esta alegoría, perteneciente a «un género exótico hasta entonces en nuestro país»—así lo dice Manuel del Palacio, sugirió al satírico autor de *Chispas* una parodia titulada *La historia de las hierbas,* que fué muy celebrada y leída (1).

Dió Zorrilla, confirmándose lo que anunciaba *El Reino,* nuevas lecturas, y así llegó el 31 del mismo mes de octubre, en cuya noche reapareció *Don Juan Tenorio,* refundido por su autor, sobre la escena del coliseo del Príncipe.

---

(1) *Fruta verde,* misceláneas en verso y prosa. Madrid, 1881, por Manuel del Palacio.

Este drama, como siempre, gustó. La Prensa, días después, dice que «está llamando la atención el *Don Juan,* puesto con verdadera propiedad y lujo». Estrenóse una hermosa decoración en el acto quinto.

Con el teatro rebosante fué representado, sin interrupción, hasta el 9 de noviembre. Y todavía, a petición del público, se puso el domingo11, por la tarde; el 15, festividad de San Eugenio; el 19; el 4 y el 8 de diciembre y algún otro día que no recordamos.

El 17 nuevo «entradón», con la segunda parte de *El zapatero y el rey,* a cargo de Pedro Delgado.

En noviembre, asimismo, Zorrilla daba en el referido teatro otra lectura de varias composiciones, entre ellas una titulada *Serenata,* que su autor escribió y dió a conocer en la velada organizada por el Casino Español, de Méjico, el año 1864.

También *El Cascabel,* semanario satírico, dedicó un artículo biográfico al cantor de *La siesta,* reproduciendo otra poesía desconocida en España, *Los pobres,* leída en Méjico.

Y en la sección *Romances populares* Carlos Frontaura, alma del cascabelero periódico, había saludado al viejo glorioso:

Ya está Zorrilla en su patria,
ya está Zorrilla en Madrid;
ya no me marcho sin verle,
ya no me muero sin ir
a estrechar su noble mano;
y aunque él no repare en mí
yo le saludo y deseo
viva mil años y mil.

No es muy maravilloso el romance, pero dicen los misericordiosos que con la buena intención basta.

Zorrilla, ¿estaba contento? Es posible. En sus *Recuerdos,* ¿la frondosidad retórica oculta un legítimo e inevitable desencanto? *Todas las cosas pasan...* y los poetas, o por lo menos los géneros literarios, también.

«España—dice, y creámosle—me recibió como un padre amoroso al hijo pródigo, como su santa familia a Lázaro resucitado, como Roma a los triunfadores, a quienes coronaba en el Capitolio...»

Deseoso quizá de corresponder a tanto afecto, tuvo un rasgo digno de todo español católico, aunque la Iglesia pareció olvidarlo años después.

La España de 1.º de noviembre lo consigna en un suelto que, por eso mismo, consideramos justo reproducir en su parte más sustancial.

Comunica este diario que Zorrilla remitió al hermano mayor de la cofradía de Nuestra Señora de la Peña de Francia, de Valladolid, ocho coronas que conservaba en esta corte, «reliquias preciosas de ofrendas tributadas en épocas distintas a su genio poético».

«El señor Zorrilla—copiamos textualmente—había dedicado ya a la misma imagen todos los obsequios de índole análoga que últimamente se le han hecho en la capital de Castilla la Nueva.

»Una de las que ahora acaba de mandar es la que le dedicó la ciudad de Granada como prueba de gratitud por su canto a la capital morisca, y tiene la particularidad de estar hecha con oro y plata nativos del Darro y el Genil.»

Entretanto, el poeta se entendía con editores, libreros y acreedores, resultando deudor de «nueve mil y pico de duros—son palabras suyas—, a cuenta de los cuales exhibió a Gullón su *Album de un loco* en diez y ocho mil reales y a los acreedores

veintitrés mil, de los treinta y tantos mil que con sus lecturas había ganado.»

Entretanto, los asuntos de Méjico se agravaban, anunciando el regreso del Emperador Maximiliano a Europa y la enfermedad de su esposa.

Entretanto, Arderíus, con su *compañía de bufos madrileños,* triunfaba en Variedades, y mientras la política española fermentaba pronosticando la *Gloriosa,* los buenos madrileños repetían entusiasmados con *El joven Telémaco* :

Me gustan todas,
me gustan todas,
me gustan todas
en general...

XVII

Desvío de la fortuna.—Muerte del emperador Maximiliano.—Poemas de encargo.—El amigo Villies.—Otro sueño que se derrumba.—El poeta no es el ministro.—«Don Juan Tenorio», zarzuela.—Un rasgo de Balart.—Los «Recuerdos del tiempo viejo».—«Tournée» por España. Como el oso del húngaro. — Iniciativa de varias damas aristocráticas. — ¡El «Rey de los chulos»!

Si la ternura que, por diversas razones, toda biografía de esta índole exige al biógrafo no nos ofuscase con exceso, resueltamente afirmaríamos que Zorrilla fué víctima de un destino implacable.

La fortuna le sonrió fácil en su mocedad, pero luego le volvió la espalda, tornadiza e injusta, como es en ella habitual y corriente. Además, un hombre que pasa *sesenta años* rodando por escenarios, periódicos y escaparates de librería, pone a prueba, «en evidentes condiciones de inferioridad», todas las veleidades : las de los dioses y las de los hombres...

Zorrilla se retiró a fines del 66 a Quintanilla de So-Muñó, resuelto a «apacentar su alma con las dulcísimas memorias de la niñez y las tristísimas de su buena madre, mártir de su abandono».

Escribió al emperador Maximiliano y compró unos caballejos para ir y venir de Quintanilla a

Burgos y de Burgos a Quintanilla, dedicándose a pasear por aquellos lugares castellanos, donde medio siglo antes correteara ilusionado y feliz.

Así llegó junio del 67, fecha en que Zorrilla debía, cumpliendo su palabra, regresar a Méjico.

Pero el Archiduque le escribió diciéndole: «La abdicación va a hacerse necesaria; evite usted un viaje inútil y espere órdenes; tal vez nos veamos en Miramar» (1). Zorrilla aguardó. Y poco después llegaba la terrible nueva, transmitida por el telégrafo, confirmada postalmente en julio: el emperador había sido fusilado...

Quedó Zorrilla «sumido en la aflicción y cargado de deudas, pero libre de su palabra y dueño de escoger tierra en que morir».

Entonces escribió *El drama del alma*, poema en el que se alude a los revueltos sucesos de Méjico y a la amistad de Zorrilla con el emperador sin fortuna, tan amigo de todo lo español.

Meses antes había publicado *El album de un loco*, del que dice *Gil Blas* (número 50, 24 de marzo): «Por dondequiera ¡oh, lector benévolo! que abras *El album* encontrarás magníficos versos, rasgos brillantes de una imaginación fecunda y de un estro riquísimo...» Esta obra llevaba prólogo de Ferrer del Río.

Y, como era forzoso, prosiguió trabajando. De acuerdo con la Casa editorial de Montaner y Simón, se trasladó a Barcelona para realizar la obra absurda de escribir una leyenda española con *pie*

(1) Precioso palacio sobre el Adriático, «castillo de blancas torres, con sus retratos y libros de poetas—el romance español abierto sobre una mesa—, sus sentencias latinas grabadas en los muros, llenas algunas de presagios, impregnadas de misterio»—dice el tierno poeta Díez Canedo (*La Ilustración Española y Americana*, 22 marzo 1915). En esta residencia vive aún la emperatriz Carlota, vieja, muy vieja ya, y loca. Tema de la crónica tan sentidas: las tropas alemanas—en la actual guerra—pasaron en dicha fecha ante el castillo respetuosamente, reprimiendo el tumulto y la furia del que va a combatir...

forzado, esto es, aprovechando las ilustraciones con que Gustavo Doré hizo más admirables cuatro poemas de Tennyson...

Los *Ecos de las montañas* fueron escritos allá en Cataluña ,en una masía de Tarragona, perteneciente a la familia del que luego fué conde de Ríus.

Tanto en este punto como en la fábrica de Esparraguera (Barcelona), dónde le alojó generosamente su amigo el industrial Puig y Llagostera, y en otros, Zorrilla fué obsequiadísimo. Víctor Balaguer y varios notables poetas catalanes «le pasearon en triunfo por la tierra de las sangrientas barras y las rojas barretinas...»

Llega otro momento en que el poeta, por fin, parece que va a redimirse económicamente, asegurando sus años últimos. León Williez, fraternal amigo de Zorrilla, se presenta desde Madrid a abrazarle. Es un tipo curioso. Emprendedor como Cagigas, algo excéntrico y todo bondad.

Viene de paso para Francia. Va a establecer en París una casa editorial. Cuenta, claro es, con el poeta. Y de prisa, porque el tiempo le urge, propone: «contrato por diez años, tres tomos de leyendas, verso y prosa, y quince mil francos en cada un año y casa en París; cuentas cada tres años». Williez es un mirlo blanco de la fauna editorial. «Si se pierde—dice a Zorrilla—, usted no debe nada; si se gana, cubiertos gastos de impresión, correo, administración, a partir utilidades. Libres a usted las obras de teatro; libre a mí la especulación.»

Acepta Zorrilla; se marcha Williez con el contrato suscrito por ambos, dejándole fondos para que el poeta se traslade a París cuando sea llamado. Pasan unos días. La suerte va a sonreír... La suerte no sólo no sonríe, sino que se aleja definitivamente del aposento de Zorrilla. Williez, que había ido a Strasburgo para arreglar asuntos de familia, por «su facha excéntrica, su carácter sin

aprensión, que le hacía meterse en todas partes, hablando el francés y el alemán», es inoportuna y bárbaramente fusilado por las tropas prusianas, acusado de espionaje...

En Barcelona casó Zorrilla por segunda vez, en la parroquia de Santa Ana. Desconocemos más pormenores de lo que en la existencia del poeta parece ser un incidente sin importancia.

El sigue combatiendo. Escribe, le miman, vive como le dejan... Manuel Troyano le conoció entonces, cuando Zorrilla trabajaba, con las planchas de Gustavo Doré a la vista, en sus *Ecos de las montañas* (¿1871?).

Habla el ilustre periodista (1):

«Ocupaba Zorrilla—dice—un gabinete de la fachada con dos alcobas; en la una de éstas había establecido su gabinete de trabajo. No había allí otro mueble ni objeto alguno, sino una mesa y una silla.

»El insigne vate necesitaba de aquella desnudez del recinto para concentrar su fatigada atención sobre la lámina, obligado tema de la leyenda que se veía precisado a escribir.

»Levantábase muy de mañana y, encerrándose en aquella oscura pieza, trazaba sus siempre bellos y sonoros versos a la luz de una bujía. Aquella labor, más industrial que poética, hacíala con una fuerza de voluntad increíble en naturaleza tan delicada como la suya. Entre doce y una de la tarde ponía término asu jornada; mas cuando salía al comedor para tomar el almuerzo, era fácil conocer en la expresión de su rostro la dura tensión nerviosa a que su cerebro había estado sometido...»

(1) *El Imparcial*, 24 de enero de 1893, artículo escrito con ocasión de la muerte de Zorrilla.

Tensión rudísima a que le sometían las circunstancias; la vida, que empuja; la vida, que, como la muerte, tampoco perdona. Despilfarrador, desordenado o infeliz, Zorrilla necesitaba recursos.

A raíz de la revolución, el político Ruiz Zorrilla, destacándose gloriosamente, eclipsaba el apellido del poeta. Amargura honda produce leerle. Los campesinos catalanes, los comerciantes, mucha gente, al verle, le confundían con el republicano famoso. Y cuando el autor de *El puñal del godo* deshacía este error, aclarando que él era el poeta y no el ministro, alguien exclamaba con ingenuidad terrible:

«¡Ah! Yo le creía a usted muerto hace mucho tiempo!...»

Habían surgido, además, otros prestigios literarios, y el verso atravesaba dura crisis, por lo menos los versos zorrillescos...

Ideó, por instinto de conservación y a fin de «defender su poesía», elevar el romancero a legendario, escribiendo *La leyenda del Cid*. Y reconociendo que los editores no podían—aun realizando un milagro de largueza—subvenir a los gastos de una obra, como él tenía pensado, harto vasta, acudió al Gobierno que presidía su homónimo Ruiz Zorrilla en solicitud de protección.

Cristino Martos, ministro de Estado (1871), pudo hallar «una fórmula» mediante la cual el poeta cobraba del presupuesto decorosamente. Confióle una comisión de Archivos y Bibliotecas en Italia, y Zorrilla, acompañado de su segunda mujer, se marchó a Roma. También entonces Martos le concedió, en unión de «gentilísima carta autógrafa», la credencial de la gran cruz de Carlos III...

La comisión aludida abundó en contrariedades de orden pecuniario. Intermitentemente y con mermas—luego de recurrir a influencias políticas—la percibió Zorrilla. Entregó *La leyenda del Cid* a los editores Montaner y Simón, que tanto le habían

auxiliado, y *La leyenda de Don Juan.* En junto *veintisiete mil versos,* escritos Dios sabe cómo, porque los apuros económicos se sucedían cruelmente.

Así se publicaron otras composiciones, otros libros, entre banquetes, veladas, beneficios, exhibiciones, congojas íntimas y tal cual insidioso ataque, diseminado con encono, porque Zorrilla, viejo que no supo o no tuvo la fortuna de llegar a viejo sin decaer, como Hugo, como Campoamor, no había acertado *a retirarse a tiempo...*

Quizá el deseo, tan lógico aun en todo el que se sobrevive, de seguir viviendo, le impulsó posteriormente a hacer del *Tenorio* (que no le producía un céntimo por haber vendido la propiedad de esta obra) una zarzuela...

Respetemos la equivocación del necesitado. Un conocido periodista y autor dramático va a darnos cuenta de ella.

«Los teatros por aquella época (1877) — dice el señor Francos Rodríguez (1)—, empezaron la temporada con gran desaliento. El insigne don José Zorrilla quiso suplantar su *Don Juan Tenorio* con otro transformado en zarzuela. El glorioso poeta no sólo profanó su propia obra, consintiendo que, poniéndole música, se sustituyera a algunas escenas con arias, romanzas, dúos, concertantes y coros, sino que además rectificó varios pasajes de su propia creación inmortal.

»¡Quiso quitar su auténtico y primitivo brío a *Don Juan Tenorio,* suavizar ciertas temeridades del legendario aventurero, tachar frases suyas que flotan y flotarán siempre en el lenguaje español! ¡Empeño temerario el de don José Zorrilla! Su zarzuela sucumbió, y *Don Juan Tenorio,* el drama

(1) En *La Esfera*; interesante serie de artículos titulada «De las memorias de un gacetillero».

en siete actos, venció a la rectificación del propio padre del drama, justamente lastimado de que las ganancias que él producía enriqueciesen al editor.»

El 79 se celebró un beneficio a favor de Zorrilla, organizado por Ducazcal, en el teatro Español. En esta función leyó el poeta unas redondillas juzgando el *Tenorio*. La sinceridad ondula sobre un trémolo de congoja:

...Yo no soy ya lo que fuí;
y viendo cuán poco soy,
dejo a los que más son hoy
pasar delante de mí...

La brevedad, al ir enumerando infortunios, es piadosa. Zorrilla abandonó los versos, despidiéndose del público de Madrid en un romance, y se dedicó al periodismo.

Federico Balart, por el gran amor que profesaba a Zorrilla, le puso en relaciones con don Eduardo Gasset y Artime, director entonces de *El Imparcial*. Allí comenzó el poeta a publicar sus *Recuerdos del tiempo viejo*, contestando a una carta-pretexto que escribió el poeta José Velarde.

El origen de esta colaboración honra al autor de *Dolores*.

Hablando una vez Balart y Zorrilla, éste le expuso su situación económica. Balart, como siempre, consoló con alentadoras frases al viejecito, y en cuanto pudo fué a visitar a don Eduardo Gasset.

Sin saludarle, fiando en su bondad, le dijo.

—Deme usted setenta y cinco duros.

Gasset, tranquilamente, contestó:

—Tome usted de ese cajón lo que quiera, y no se quede corto.

Contó Balart quince monedas de cinco duros, y

entregando a su excelente amigo la llave del cajón, repuso, según él mismo refiere:

«—Le advierto a usted que no son para mí.

»—Sobra la advertencia. Ya sabe usted que puede disponer de todo, sin explicaciones.

»—Es que cuando yo le diga el nombre de quien recibirá estas monedas dentro de media hora, sin sospechar el paso que doy en este momento, tendrá usted, de seguro, dos satisfacciones: una por mí y otra por él.

»—Eso ya pica mi curiosidad. ¿De quién se trata?

»—De un pájaro que no es de cuenta, porque nunca ha sabido ajustar las suyas, pero que, en cambio, canta mejor que los encerrados en esa jaula.»

Y el poeta refirió el caso.

Gasset quiso entonces duplicar la suma tomada. Quería y admiraba a Zorrilla.

«—Dígale—encargó a Balart—que mi bolsillo y mi periódico están a su disposición...»

Así aparecieron estas memorias autobiográficas, «libro muy interesante, pero muy inexacto en sus pormenores», en opinión de un crítico.

El primer tomo se publicó en Barcelona, y a éste siguieron otros dos. Grandes lagunas hay en esta deshilvanada colección, en la que resplandece una sinceridad muy a menudo admirable.

Barcelona volvió, por medio de su Prensa y de sus personalidades más salientes, a festejarle; celebráronse en su honor veladas, funciones teatrales y banquetes. La ronca voz del viejo trovador pareció, por milagro de la cortesía, gorjeo; el melodioso gorjeo de siempre...

Luego emprendió Zorrilla un viaje por España, dando lecturas públicas y cantando a todas las regiones. Fué un éxodo lamentable... La pesadumbre de los años y de los laureles, a pesar de todo marchitos, era excesiva.

En una poesía a la Infanta doña Isabel de Borbón solloza otro lamento (1):

¿Cómo ya hasta Vuestra Alteza
elevar podrá un cantar
un viejo, de quien ya empieza
a desvariar la cabeza
y la lengua a balbucear,
y que vacila y tropieza
al escribir y al andar?

Decíamos que fué un éxodo lamentable. La señora Pardo Bazán consigna en su citado estudio este recuerdo, harto expresivo:

«Yo no había conocido a Zorrilla personalmente hasta 1884—creo que no equivoco la fecha—. Vino el poeta a la Coruña, durante una *tournée* de lecturas, a dar una en el teatro Principal. Apenas supe que el buque había fondeado, envié a Zorrilla reverente invitación a leer en la velada que le ofrecía, y para la cual realicé inmediatamente los preparativos.

»No sin alguna extrañeza leí la carta reticente en que Zorrilla me contestaba que pasaría en persona a explicarme los motivos por que no le era posible leer en mi casa. Vino, en efecto, y en larga entrevista, oyéndole yo con mezcla de pena y de interés, me confesó que él venía «como el oso »que enseña el húngaro», «como el mico agarrado »a la cadena». «He querido saber lo que podía va»ler Zorrilla, y todo se ha cotizado en mí... Sin »permiso de sus amos, el viejo poeta no leerá en su »casa de usted... ni en ninguna.»

Ante la sarcástica declaración, la autora de *La*

(1) Copiado de *La Ilustración Ibérica*, número 32, agosto 1883. *En el álbum de S. A.*

sirena negra renunció al placer de obsequiarle. Zorrilla leyó en el teatro «con su peculiar canturia». «En el entreacto—sigue la aludida escritora—fué a verla «un hombre de chaquetilla corta y tufos», a darle «una completa satisfacción». Era el representante de Ducazcal, *Barnum* de Zorrilla, y venía, con empaque caballeresco, a decirme que el señor Ducazcal jamás desatendía las pretensiones de una señora, y que el señor Zorrilla ¡no faltaba más! leería cuanto yo dispusiese y donde yo quisiera.»

Mediaron entre la novelista gallega y el poeta vallisoletano varias cartas, y por fin leyó éste en la morada de aquélla, representándose además dos escenas de *El zapatero y el rey*.

A todo esto el Gobierno se mostraba poco diligente en conceder la pensión de treinta mil reales solicitada para el poeta.

Organizóse una suscripción nacional voluntaria que supliera—como ahora acontece con Galdós—la indolencia, desvío o lo que sea de las llamadas «esferas oficiales». Un diario satírico, aplaudiendo, igual que todo el mundo, la idea, decía:

«Si es socorro al necesitado, me parece excesivo; si es recompensa al genio, me parece mezquina...» (Julio del 83.)

Varias damas de la aristocracia intervinieron en este asunto, que bien podría llamarse de «gracia y justicia».

Encabezaron la suscripción la duquesa viuda de Medinaceli, la condesa de Guasqui, la marquesa de Linares, la duquesa viuda de Santoña y la marquesa de Vallejo.

Como complemento de este hecho véase lo que años más tarde (1893) escribía Federico Balart:

«La proposición de ley presentada por el señor Baró concediendo una pensión al gran poeta, y patrocinada por Castelar, por Cánovas, por Sagasta, por todas las potestades parlamentarias, su-

frió innumerables retrasos y tardó años antes de llegar a granazón.

»Una ilustre dama, la duquesa de Medinaceli, grande admiradora de todo lo grande, suplió ese descuido de la suerte abriendo y encabezando una suscripción entre varias señoras de la aristocracia.

»Zorrilla agradeció con toda su alma esa delicada muestra de afecto y estimación, y gracias a ella, desde entonces hasta la votación de la recompensa nacional, vivió, como me decía con cómico gracejo, «hecho el rey de los chulos, mantenido por las mujeres».

XVIII

Recepción de Zorrilla en la Academia de la Lengua.—Asistencia de los reyes.—El discurso, en verso.—Contestación del marqués de Valmar. — Juicio acerca del «Tenorio». — Comentarios de la Prensa.—La tristeza de sobrevivirse.—En plena inmortalidad... y en otro Yuste.

Un domingo—el 31 de mayo de 1885—el buen pueblo madrileño se congregó en la calle Ancha de San Bernardo, decidido, como de costumbre, a aprovechar cualquier pretexto para recrearse o embebecerse.

No reunía aquella tarde a tanta gente ningún espectáculo extraordinario; pero, con todo, la consagración oficial de un talento, y por añadidura de un talento que ha conseguido hacerse realmente popular, es siempre suceso de consideración. Don José Zorrilla iba a ser acogido con todos los honores en la Real Academia Española.

Entre apretadas filas de curiosos desfilaron buen número de carruajes que conducían a políticos, damas de alcurnia y autoridades.

Las aceras hervían de público; retemblaba la calzada bajo el piafar de tanto caballo de lucida estampa, y como domingo de mayo, primaveral y madrileño, en el aire se diluía esa claridad opti-

mista que parecen irradiar los carteles de todo espectáculo.

Aquella tarde celebrábase la corrida de Beneficencia, en la que estoqueaban seis toros de don Félix Gómez, *Rafael, Salvador, Gayo* y Mazzantini; en el circo de Price «había títeres»; la Zarzuela brindaba la partitura jocosa y picaresca de *La Mascota,* y en Apolo, invitando a la risa larga y saludable, anunciaban *Los sobrinos del capitán Grant...*

Aquella muchedumbre, que luego se diseminaría para llenar la plaza y los teatros, entre los que destacábase el de *Felipe,* recién abierto en el Salón del Prado, donde Luján y la Lola Montes regocijaban grandemente a nuestros padres, se removió, soliviantada con ingenuo agrado cuando vió pasar los coches en que iba la real familia.

Y pasó, acompañado de su mujer, doña María Cristina, Alfonso XII, joven, apuesto, pero pálido ya, con la palidez de la muerte que allá en El Pardo le acechaba. Y siguió la infanta Eulalia, guapetona, y la infanta Isabel, la buena amiga del pueblo; y cuando a las dos de la tarde quedaron los coches estacionados en interminable fila a lo largo de la Universidad, dentro, en el paraninfo, la concurrencia era tan nutrida como brillante, y el Madrid de las grandes solemnidades ofrecía un vistosísimo abigarramiento de toaletas y de uniformes...

Allí estaban con el monarca, que vestía de capitán general, el presidente del Consejo de Ministros (Cánovas), con sus compañeros de Gabinete; el director general de Instrucción pública; el accidental de la Academia de la Lengua, Fernández Guerra; el secretario, Tamayo y Baus; el censor, Manuel Cañete; los restantes individuos de la citada Corporación, unos de frac y otros tan currutacos dentro de su uniforme; y en el estrado, miembros de diversas Academias, catedráticos, consejeros de Estado, el obispo de Salamanca, el presidente de

la Cámara de Diputados, los escritores Echegaray, Marcos Zapata, Eugenio Sellés y otros muchos que, por no competir desventajosamente con cualquier cronista de sociedad, olvidamos.

Don Alfonso abrió la sesión—la primera de esta índole celebrada en aquel local, por ser más amplio—, manifestando que «su objeto era dar posesión de su plaza de individuo de número a don José Zorrilla, y hacer entrega de la medalla de oro adjudicada a don Ceferino Suárez Bravo por su novela *Guerra sin cuartel*».

Invitó luego el Monarca a los señores Núñez de Arce y Campoamor a que se sirviesen introducir en el salón al nuevo académico, y cuando compareció éste, la etiqueta palatina no se opuso a que la concurrencia le acogiera con una salva de aplausos.

Zorrilla, cuyo pecho cruzaba la banda de Carlos III — concedida por Cristino Martos, con la gran cruz, en 1871—, previa la venia de S. M., leyó su discurso reglamentario.

«Con voz clara», asegura *La Correspondencia*; «con su voz algo monótona, pero llena de dulces inflexiones y cadencias», asegura *El Globo*...

Este discurso constituyó una novedad interesante; estaba escrito en verso. Sólo otra vez ,en los anales de la Academia Española, se había ofrecido un caso semejante, y el señor marqués de Valmar, en su contestación, lo consignó. El Padre maestro fray Juan de la Concepción, carmelita descalzo, había leído, en efecto, el 10 de marzo de 1874, al ingresar en la «sabia Corporación», un discurso en renglones cortos, titulado *Oración panegírica y gratulatoria*...

El de Zorrilla, escrito en romance castellano endecasílabo, estaba dividido en cinco capítulos, y bajo el evangélico epígrafe de *Humíllate y serás ensalzado,* era una dolorosa, sincera, reticente y desigual autobiografía.

Interrumpido en varias ocasiones por los aplausos, el viejo trovador dió con su discurso, antes que nada, un testimonio de existencia.

Contestóle, ya se ha dicho, don Leopoldo Augusto de Cueto, marqués de Valmar, en una erudita y amena disertación que, según copiamos de *La Epoca,* «abarcaba tres puntos: uno, con el que comienza, promedia y termina la oración académica, atañe, como es de rigor, al ingenio cuya entrada en la docta Corporación se celebra; otro defiende a la misma con tan firme argumentación como espíritu vivaz, donoso y libre, de los rudos cargos que se le asestan; el tercer punto, que es núcleo del discurso en cuestión, examina la figura legendaria y dramática de *Don Juan Tenorio.*»

Al juzgar este drama religioso-fantástico, dijo el señor marqués:

«Zorrilla empleó un elemento de interés escénico que con razón está de moda en la literatura moderna, porque es fuente de embeleso y de emoción moral. Es lo que suele llamarse *la redención por el amor,* esto es, la purificación y la elevación del alma por medio de algún afecto noble y poderoso».

Y más adelante, citando varios ejemplos pertinentes, como la segunda parte del *Fausto,* de Goethe, y*Manon Lescaut,* añadió:

«Mas esto no basta a explicar la inextinguible afición del pueblo español al *Don Juan Tenorio,* de Zorrilla. El secreto está, si no me engaño, en que nuestro pueblo siente como pocos los deleites de la fantasía, y que le cautivan, aun más que las cosas humanas verdaderas o verosímiles, las cosas extraordinarias, que sólo pueden verse con los ojos de la ilusión.»

Fué asimismo muy celebrado el marqués, el cual, arrimando con celo «el ascua a su Academia», reprochó suavemente a Zorrilla la resistencia que éste mostrara antaño a figurar entre los inmortales.

Habíanle elegido dos veces, la primera de ellas en 14 de diciembre de 1848. Pero el poeta, más seducido a la sazón por los homenajes populares, ¿no pudo o no quiso entrar en el Olimpo de la calle de Valverde?...

«Cuando era joven—escribía *Fernanflor* (1)—no dió importancia a un nombramiento que le imponía cierta mesura en ideas literarias; ya viejo, adquirida esta mesura con los años, le ha parecido bien solicitar la entrada.»

Sin embargo, no toda la culpa corresponde a Zorrilla. En su primera elección, causas independientes de su voluntad impidiéronle experimentar el júbilo de verse académico a los treinta años. El marqués de Valmar pone las cosas en su punto.

«Leyes rigurosas (hoy día abolidas) señalaban un término improrrogable para la toma de posesión de las plazas académicas. Hallábase Zorrilla en una de las venturosas épocas de la mocedad en que pasan sin sentir las dulces horas de la vida; dejó transcurrir el término sin cumplir los inflexibles preceptos, y con pesar sincero la Academia se vió en la necesidad de declarar vacante la plaza...»

Convenientemente aclarado todo, complacida la concurrencia, lucido el acto, Don Alfonso impuso la consabida medalla al nuevo académico, diciendo—*La Correspondencia* nos lo cuenta—que consideraba un honor entregarla al «ilustre cantor de las glorias patrias, eminente poeta español que, apartado de la política, resume en sus versos las creencias y tradiciones españolas», poeta que personificaba una época y una generación admirada de todos.

Nuevos aplausos y aclamaciones dieron fin al acto. Eran las cuatro de la tarde. Fuera, en la calle, los madrileños se divirtieron gratis otra vez

(1) *La Ilustración Ibérica*, número 128, 13 junio 1885.

presenciando el desfile de reyes, ministros, damas, gente de talento y gente de influencia. Lucía el sol...

Comentaron, como es lógico, los periódicos aquella ceremonia, tan triste en el fondo. Zorrilla no vivía, literariamente, ya. *El Globo,* tan leído entonces, tan buscado, tan famoso, criticó a ratos con alguna dureza el discurso del autor de *El zapatero y el rey.*

Decía el aludido diario en su número del 1.° de junio:

«La última inspiración de la musa genuinamente española es desigual en extremo.

»Cae a veces en trivialidades de expresión e incorrecciones de metro y número; pero a lo mejor remóntase al cielo, y se cierne, serena y poderosa, según conviene a las águilas.

»Es Zorrilla, Zorrilla, el de siempre. Aquel que dijo un día a alguno que le recomendaba la lima: «También el Sol tiene manchas.»

»Su discurso no tiene sino el nombre de tal, y merece en realidad el de autobiografía.

»Comienza por una explicación de su forma desusada:

—La poesía fué mi único vicio;
mas son mis versos mi única defensa.
E imponerme la prosa y el discurso
rigor fuera en vosotros y en mí mengua.
¿Qué discurso ha de hacer quien no le tiene?
¿Sobre qué discurrir podrá, aunque quiera,
ni sobre qué podría formar un juicio
quien por vivir sin él hasta aquí llega?
Yo, conculcando vuestras reglas todas
me hice famoso: de osadía a fuerza
atropellé y amordacé a la crítica,
sofoqué a la razón y formé escuela;

inconsciente, es verdad, justicia hacedme;
jamás cátedra abrí ni fundé secta;
levantó el remolino de mis versos
de sectarios tras mí la polvareda.
Y vosotros, señores, sí, vosotros
mismos, alucinados por aquella
luz de farol que os pareció de faro,
chispa de hogar que os pareció cometa,
me abristeis este templo ha siete lustros;
sed, pues, lógicos hoy: si vuestras reglas
por infringir, dos veces me llamasteis,
dejad que las infrinja la tercera.
Acordadme los versos, porque al cabo
ya por la inevitable decadencia
natural de mi edad, ya de mi viejo
estilo con el nuevo por la mezcla,
ya, en fin, por el monótono y bastardo
metro en que en mi discurso de manera
voy verso y prosa a amalgamar, es fácil
que ni prosa ni versos os parezca.
Permitid tal cual soy que me presente;
oídme la verdad por más que sea
increíble en mis labios, y en la mía
creed, aunque no se use la modestia:
la historia del poeta, de sus libros
está en las hojas, ¡hojarasca seca!

»Aquí el lector se pone a hablar de cómo sus obras, reunidas, no tienen hoy patrocinadores, y se queja, nada poéticamente, de que sus versos corran ya en la plaza.

»A Dios gracias, vuelve pronto en su acuerdo, y nos refiere de un modo digno de él la historia del hombre, escrita en el libro del alma:

Es un historia ilógica y sin cabos:
amalgama de luz y de tinieblas,
de fe y de dudas, de osadía y miedo,
de indomable tesón e inconsecuencias.

Yo nací para amar y ser amado;
yo concebí desde mi edad más tierna
que el calor del hogar y la familia
es el sólo que nutre y que calienta.
Mi alma fué del amor y de la casa,
no más por Dios para los goces hecha:
un rincón de la tierra con cariño,
un techo propio en heredada tierra,
un heredado ajuar, un nombre oscuro,
ningún anhelo de mi casa fuera;
amigos, pocos; enemigos, nadie,
y una vida vulgar, honrada y quieta;
reunir a mis abuelos y mis padres
un día con mis hijos a la mesa,
juntos orar, sufrir y gozar juntos
el calor del hogar en paz perpetua,
fué mi bello ideal desde la cuna;
y no vi en el Edén de la existencia
más que luz, esperanza, poesía
y eterno amor en juventud eterna;
y al sentirme la voz en la garganta,
la fe en el corazón, y en la cabeza
la ardiente inspiración, como la alondra
en himno matinal solté mi lengua;
y amé cuanto Dios puso en torno mío,
canté del Universo la belleza,
el sol, la mar, los árboles, las flores,
cuanto absorto admiré sobre la tierra.
¡Bello es vivir! ¡La vida es la armonía!
exclamé, y comentando las sentencias
del Evangelio y de la Biblia, puse
en el hogar mi dicha venidera...
Pero nunca en mi hogar con mi familia
viví: por vanos humos de nobleza,
fuera de ella educado entre los grandes,
mi casa, al fin, resultó pequeña,
y al romper el volcán que fermentaba,
del hogar de mi casa solariega
extinguió de repente hasta el rescoldo

y sus cenizas dispersó la guerra.
Una guerra civil, feroz cual todas,
a mi padre arrastró tras su bandera,
a mi madre encerró tras de las nieves
de un monte, y en la atmósfera revuelta
me echó a mí como un átomo perdido;
mas yo que de laurel semilla era,
eché raíz donde caí, y mi tronco
de ramas coronó la estación nueva.
Arbol de Apolo, me creí del rayo
libre, y de él libre la mansión paterna
poder guardar, y los anillos rotos
soldar de la familia en la cadena.
Dios no quiso aceptar mi sacrificio;
Dios maldijo mis versos y mi herencia,
y me volví a quedar ante mi gloria,
vacío el corazón y el alma huérfana.

»El relato es soberanamente hermoso.

»Mucho vale también, aunque abunde en conceptos prosaicos, y, lo que es peor tratándose de quien se trata, en versos mal medidos, la página siguiente:

Veinte años de mi patria viví lejos:
ni supe de ella más, ni inquirí si era
ya en ella recordado; de mi vida
que he dormido veinte años hago cuenta.
Y ¡qué sueño!, ¡ay de mí!, ¡qué pesadilla!
Vagué entre tumbas a mi paso abiertas,
¡y cuanto allá me amó se hundió entre sangre,
traiciones y calumnias y miserias!
Mas desperté y volví. Del hijo pródigo
la vuelta fué: con músicas y fiestas
me recibió mi patria generosa,
de flores alfombrando mi carrera;
y hasta vosotros hoy aquí, olvidando
mi ingratitud, me abrís vuestra asamblea;

pero por más que a mi decoro cueste
tal confesión descrédito o vergüenza,
una os debo de hacer como hombre honrado,
creáis o no mi confesión sincera:
«Ni allá ni aquí, por mí ni por mis versos,
he podido vencer mi indiferencia.»
Son trabajos forzados de mi vida,
una casi ridícula faena,
una labor de niños o de locos,
que hoy la gente formal casi desdeña.
Los versos de esta década han sufrido
tal envilecimiento y decadencia,
que al caer de la cumbre del Parnaso
se han ido a encanallar a la taberna,
y han procreado en el café flamenco
una vil poesía callejera;
todo está en verso ya, desde el anuncio
del sermón al cartel del sacamuelas.

»Aquí—continúa *El Globo*—viene ahora un fragmento que puede competir con los mejores del inmortal autor de *Margarita la Tornera,* si bien haya en él voces y frases impropias de quien tanto venera y encarece la pulcritud antigua.

»Verdad es que sirven para establecer el contraste:

¿Qué me vais a decir? ¿Que ésta es, sin duda,
grande verdad pero que nada prueba?
¿Que los versos no son la poesía?
No; pero son su investidura regia;
son de su jerarquía el atributo,
la pedrería son de su diadema,
de su manto real son los armiños:
la poesía por el verso es reina.
La versificación es la cuadriga
de corzas blancas en que va a las fiestas,
la góndola de nácar en que boga
y las alas de cisne con que vuela.

no es el hijo de Apolo y de las Musas,
El verso es noble y de divino origen;
de los dioses no más habla la lengua;
bebe con ellos néctar y ambrosía,
calza coturno y desparrama esencias.
Sólo en las academias y liceos,
ateneos y templos habló en Grecia,
y en Roma con Horacio y con Virgilio
bebió Falerno y conversó con César.
El verso que anda a pie, que coge barros,
fuma, se embriaga y riñe en las plazuelas
y sus alas de cisne a la corneja.
es un rufián de raza gitanesca;
y llamar al lenguaje tabernario
de sus ramplonas coplas chachareras
y obscenos chascarrillos poesía,
y a sus engendros bárbaros poemas,
es poner manto real al barrendero,
al mochuelo tomar por oropéndola,
tomar por tulipán a la amapola
y a los huesos de dátiles por perlas;
es a su real cuadriga enganchar asnos
para acarrear a los establos yerba,
en su concha poner huevos de rana
y sus alas de cirne a la corneja.
Yo no hago versos ya: los que di al pueblo
alzar al sol le hicieron la cabeza,
y los poetas de hoy en nuevo rumbo
de progreso social a entrar le enseñan.
Los poetas de ayer éramos pájaros,
hoy filósofos son, casi profetas:
yo embelesé a mi pueblo con gorjeos;
los de hoy el sol del porvenir le muestran.

Sigue su glosa el mismo diario, diciendo:

«Pasemos por alto una tirada hecha para dar gusto a nuestro estimado colega *El Correo*, en la cual se abomina de las notabilidades postizas, de los que van a los toros, de los que toman el sol,

suponemos que en la Puerta del ídem, de los que hacen la oposición, no sabemos si a Cánovas, y de los aficionados a toros.

»La mejor prueba de que nosotros respetamos lo respetable y no caricaturamos sino lo mezquino o lo ridículo, es el omitir todo eso.

»Vaya, en cambio, entre aplausos y vítores, el final de la poética historia:

Treinta años ha se me hace una pregunta;
me he resistido hasta hoy a dar respuesta.
¿Qué pienso de esta edad? No es ya misterio.
Si de ella soy, ¡por qué no influyo en ella?
Porque tal es mi ser; porque no abrigo
ambición de poder ni de influencia;
porque nací para vivir al fuego
del hogar y no al sol que agosta y quema;
porque perdí la fe que me guiaba,
y de mi vida equivoqué la senda;
porque yo ni del mundo ni del claustro
pude ansiar ni el alcázar ni la celda.
Para vivir cual genio de su gloria,
o en la fe solitaria del asceta,
debí nacer dos siglos más temprano,
morir, o no tornar debí de Amércia.
¿Qué ha de hacer con el oro y con la gloria
alma de envidia y vanidad exenta?
Si en mi hogar no hubo padres y no hay hijos,
¿para qué quiero yo gloria y riquezas?

»Para disfrutar en paz de la vida, ¡oh, insigne poeta!; para calentaros, sin la preocupación de tristes menesteres, al sol de vuestra gloria; para que ningún empresario tenga derecho a impediros, no sólo la reimpresión, pero hasta la lectura en público de los *Cantos del trovador* o del poema *Granada*...»

¡Pobre viejo, que «iba recorriendo el mundo ha-

cía más de medio siglo con el arpa al hombro»—como dice el aludido *Globo*—, obstinado en pregonar su eclipsamiento, en quejarse de un olvido no por cuel menos humano!

Ya sus lamentos tenían persistencia ingrata de estribillo. Don Isidoro Fernández Flórez, en *La Ilustración Ibérica* (número citado más arriba), lo reconocía como tantos otros...

«Hace tiempo que Zorrilla da vueltas al mismo tema: sus libros, sus poesías, son hojarasca; sólo polvo; no tienen propósito ni trascendencia; son evocaciones de un pasado que se ha perdido como el humo; son una perpetua e inútil divagación; música que aturde las orejas sin producir una idea, y los aplausos alcanzados por él han sido ruido vano que se ha disipado como sus versos.

»¿Queréis la prueba? El la da, y aquí vibra tal vez con mayor intensidad la nota del dolor, el sentimiento del triunfador abandonado:

No me habléis de mis obras; reunidas
al ofrecerlas hoy, no halló su venta
ni patrocinador ni compradores:
¡de su poco valor no hay mejor prueba!
... ...

»Otra de las hieles que fermentan en el discurso del poeta—sigue diciendo *Fernanflor*—nace de ver cómo el público, que no lee ya sus versos, lee los de otros que no son sino reminiscencias de los suyos; su sombra parece hoy más luminosa que su cuerpo:

Verdad es por su mal ¡y es el castigo
que da Dios a la altiva inteligencia!
que va un turbión de audaces rapsodistas
detrás del genio que descubre y crea;
y al viciar y enlodar sus creaciones

va haciendo, al convertirlas en escuela,
de la antorcha del cielo lamparillas,
del almo sol del porvenir, linternas.
Por eso hace años que por mí y mis versos
no puedo dominar mi indiferencia:
y ya sin fe, mi inspiración ahogada.
mató su luz y me dejó en tinieblas.

Y a modo de desolado comentario final, el brillante periodista concluye:

«La recepción de Zorrilla ha sido, pues, una gran solemnidad, una verdadera apoteosis; pero una fiesta triste. Como Carlos V, Zorrilla ha presenciado sus funerales. Más todavía: él mismo se ha cantado el responso.

»Al día siguiente a la recepción las Cortes votaban su pensión de treinta mil reales. Lo que cobran muchas ilustres vulgaridades por haber hecho la infelicidad de su patria...»

XIX

Del 85 al 89: «chispazos» poéticos.—Juicios de «Fernanflor».—Pormenores anecdóticos.—Curiosa tarjeta de Zorrilla.—Alarde de ciencia astronómica.—Recuerdos de Torquemada. Cómo escribía y cuánto tachaba el poeta.—«Pisto-Club».—Desdén por las literatas y por el Diccionario de la Academia.

Desde el 85 al 89 ,año en que le coronaron, el nuevo académico dió, de tarde en tarde, muestras, no por cierto poco gallardas, de su ingenio.

Verdad es que el nombre y la obra de Zorrilla iban quedando ocultas en el terreno de la celebridad por otras superpuestas capas de renombre ajeno. España era un hervidero de hombres famosos —más o menos famosos.

En literatura triunfaban Galdós, Echegaray, Campoamor, Núñez de Arce, Tamayo y Baus, Octavio Picón, Palacio Valdés, la Pardo Bazán, Leopoldo Cano, *Clarín,* Menéndez y Pelayo. Vico y Calvo, en el teatro, cosechaban tantas ovaciones como *Lagartijo* y *Espartero* en el bárbaro redondel de los toros. Sarasate, Gayarre y la Patti eran divos mimados del mismo público que aplaudía al otro divo parlamentario: Castelar. Entonces (1886) se estrenó *La Gran Vía,* en Apolo, y el pueblo tuvo su *pobre chica* hecho obsesión, lo mismo que poco después le dieron *Cádiz,* con su marcha, con-

vertida por ulteriores azares ignominiosos, en patriotería...

Otorgada al poeta, cuya fama descendía como un ataúd en la fosa, la pensión por un contemporáneo llamada *póstuma, Fernanflor,* cronista de *La Ilustración* Ibérica, se quejaba suavemente: «No, el poeta no ha muerto aún. No ha muerto el que hace versos tan matinales, tan frescos, tan límpidos como estos de *El cantar del romero* (1886):

Arriba brotan las flores
en las ramas del romero,
y Dios les da miel y olores;
del cielo tiene sabores.
la miel del amor primero.
Adiós, dueño mío, flor de mis amores;
si allende los mares te vas, yo te espero
en tiempos mejores.
Arriba la flor,
abajo el romero,
la abeja en redor,
yo así darte quiero
la miel de mi amor.
Allende los mares, ve en paz; ¡yo te espero!
¡Adiós, dueño mío! mas vuelve ¡o me muero
de afán y dolor!...
.....

En octubre del 87, con motivo del *Congreso literario internacional,* leyeron poesías con Zorrilla Campoamor, Fernández y González y otros. El 88 nueva intervención en el Ateneo. Zorrilla da a conocer una composición en la que habla de su estancia en Zaragoza y en la quinta de la condesa de Guasqui, dama que tanto y tan bien le agasajó.

Fernanflor comenta este acto, llamando a Zorrilla «el último de los trovadores». Y, rindiendo homenaje a la verdad, habla claro, más claro. «Su

musa desmelenada—escribe en *La Ilustración*—se encuentra ya fuera de su centro en este Madrid, donde sólo se habla de política y de Bolsa, y va de un lado para otro arrastrando la túnica por las calles, arrugada la frente, desdentada la boca y los ojos asombrados y llorosos, tratando de fijar a los que pasan, con sus desplantes épicos o con sonrisas imitadas, por rejuvenecerse, de otras *musillas* modernas que ve más festejadas...

»Pero alguna vez encuentra en su lira el acento lleno, sonoro y sentimental, noble y sencillo de sus días dorados... Sirvan de ejemplo los versos que leyó anoche», etc.

Todavía el mismo cronista va a hablarnos del poeta. En diciembre del 88 volvió a tomar parte en otra velada del Ateneo, leyendo junto a Manuel del Palacio y José Velarde. La novedad de aquella noche constituyéronla unos sonetos de Rodríguez Correa.

En la revista barcelonesa, donde colaboraba el distinguido director que fué de *El Liberal*, se dice (enero del 89):

«Zorrilla leyó un poema, *El soliloquio*, poema en que el anciano ensalza las glorias y progresos de nuestro siglo, demostrando así que su genio, cantor en otros días de la tradición, fulgura con nuevas luces para mostrar a las nuevas generaciones el camino del porvenir.

»El público le tributó entusiastas aplausos. Estos viejos que no envejecen por dentro son como esas grutas recubiertas por dentro con fresco musgo, y donde el agua, límpida, serena, fresca y luminosa, eternamente gotea.»

La condesa de Guasquí—debe repetirse—se mostró fervorosa admiradora del «anciano». Pareciéndole poco la pensión de treinta mil reales concedida por ella y sus linajudas compañeras de sus-

cripción, facilitó alojamiento al poeta en su palacio y puso a su servicio un criado.

Don Juan Cortés, veterano y brillante periodista —al que públicamente damos las gracias—, nos ha suministrado los siguientes datos anecdóticos relativos al poeta, con cuya amistad se honró y de quien conserva autógrafos preciosos.

Zorrilla hacía en su habitación vida independiente, libre de la menor traba. Tan sólo tenía el deber de sentarse a la mesa por las noches, a las ocho, para asistir a la comida familiar, que por ser de rigurosa etiqueta contrariaba al insigne huésped. Parece que Zorrilla, enemigo de la política siempre, no simpatizaba tampoco con el frac.

Hacia la época que estamos refiriéndonos comenzó a discutirse en el Ateneo un tema extraordinario: «La forma poética, ¿estaba llamada a desaparecer?»

El elemento joven opinaba que sí, que la forma en cuestión no sirve para maldito la cosa, y que, sin versos, el mundo avanza no menos victoriosamente que con ellos. De paso tachábase a los poetas de muy inspirados, pero muy incultos. La polémica, aun en elevado y discreto diapasón mantenida, fué larga.

Zorrilla se consideró aludido, e hizo bien. Viendo que aumentaba el número de oradores—de los que consumiendo un turno consumen a veces toda la paciencia del auditorio—, se resolvió a intervenir en el movido debate.

Pero el presidente no pudo concederle la palabra, alegando que era preciso pedirla por anticipado. Se convino, pues, en que en la sesión siguiente hablaría el poeta. Con este incidente la expectación producida por su presencia acrecentó considerablemente. Llegó el día señalado. Zorrilla ocupó la tribuna. Leyó unos versos—sigue hablando nuestro amable informador don Juan Cortés—sonoros, como todos los suyos, pero sin sustancia

filosófica, doctrinal o adecuada al caso. Los leyó admirablemente. El público en general le aclamó. Y Zorrilla, «pequeño grande hombre», como se dice hoy, exclamó, a modo de comentario, entre un grupo de incondicionales:

—¡Ahora a ver quién tiene la osadía de seguir sosteniendo que la forma poética está llamada a desaparecer!

Y no complacido por completo, deseando demostrar que el poeta puede ser un hombre culto, y que él lo era, preguntó en el Ateneo—¡oh, *cacharrería* eterna!—qué ciencia ofrecía más dificultades para estudiarla a fondo.

—La Astronomía—contestáronle.

—Pues bien: voy a dar un mentís rotundo a los que, calumniándolos, llaman ignorantes a los ruiseñores.

Dos semanas tardó en escribir *De Murcia al cielo,* obra en la que quiso hacer alarde gallardo de sus profundos conocimientos en tan difícil ciencia.

Cortés, amigo y paisano suyo, fué a visitarle por entonces, como hacía muy a menudo.

Zorrilla, tendiéndole los brazos, exclamó con infantil alborozo:

—¡Querido! Viene usted como llovido del cielo. Mire el poema que acabo de escribir. Voy a leérselo para que me diga usted si tengo la garganta en disposición de darlo a conocer de un tirón en el Ateneo. Usted, pues, va a hacer las veces del público.

—En ese caso—repuso Cortés—, si yo voy a ser el público del Ateneo aplaudiré cuando crea que la lectura lo merece, y así, de paso, le daré tiempo para que descanse.

De este modo fué leído por primera vez el poema *De Murcia al cielo.* «El público» quedó encantado...

Cuando llegó el día de la lectura oficial el mismo señor Cortés, deseoso de gustar nuevamente

las bellezas de dicha obra, pidió a Zorrilla una entrada para el Ateneo. El poeta no pudo complacerle. Las pocas que le facilitaron las había distribuído ya.

Resuelto, sin embargo, el periodista a entrar en el Ateneo, pidió a don José una tarjeta para cualquier persona de la Junta directiva de dicha Sociedad. Zorrilla, complaciente, sacó de uno de los cajones de la mesa una tarjeta y escribió estas líneas:

José Zorrilla,

que pudo conseguir que entrase en el cielo don Juan Tenorio, habiendo sido un malvado, mejor podrá lograr que este otro don Juan, que es una persona decente, entre en el Ateneo.

Y el señor Cortés entró en el Ateneo...

Allá por el año 1883 Zorrilla, falto de recursos, aceptó la contrata que le brindaron para dar lecturas de versos en los teatros de provincias.

En estas excursiones le acompañaba el maestro Fernández Arbós, al frente de un escogido sexteto. Este se colocaba, como su director, entre bastidores, donde interpretaba diversos trozos sinfónicos, mientras Zorrilla, en el escenario, declamaba sus versos.

Aquel año, después de varias lecturas celebradas en Valladolid, trasladóse el insigne contratado a Palencia, en cuyo teatro obtuvo un señaladísimo triunfo. Tal fué el entusiasmo, que llegó a organizarse una especie de recepción oficial en honor de Zorrilla. A este acto, celebrado en el salón prin-

cipal del Ayuntamiento, acudieron no sólo lo más lucido de la localidad, sino comisiones de los pueblos cercanos.

Zorrilla, aunque nacido en Valladolid, era oriundo de Torquemada, pueblo que dista unas tres leguas de Palencia. De allí eran sus padres, y en él —ya se ha dicho—tenían alguna hacienda, consistente en tierra de cereales y viñedo y una casona solariega, que pasó luego a ser propiedad del distinguido hombre público, ex gobernador de varias provincias, don Crisógono Manrique.

Como el padre de Zorrilla, cuando éste nació, era oidor de la Chancillería de Valladolid, y las obligaciones anejas a su cargo le imponían el deber de residir en dicha ciudad, el poeta desconocía detalladamente cuáles eran los bienes de sus progenitores. Cierto es que Zorrilla veraneó muchos años en Torquemada, pero ni su edad ni su despreocupación de romántico le permitieron nunca prestar atención a aquellos bienes que habían luego de constituir su herencia.

Cuando, a la muerte del padre, fué a hacerse cargo de ella, halló embrolladas las cuentas, confusos los documentos. Además, parte del caudal paterno se lo habían repartido algunos honrados vecinos...

En vano preguntó Zorrilla a unos y a otros cuáles eran sus tierras y viñas. Los palurdos, de común acuerdo, contestaban que no tenían noticia de que el oidor de la Chancillería de Valladolid poseyese allí tales bienes. Se abrieron informaciones posesorias, sin resultado alguno, porque todos los testigos deponían en contra de las pretensiones del despojado poeta. Este tuvo, por consiguiente, que salir de Torquemada más pobre que fué, y después de haberse puesto en ridículo; pero no olvidó la conjura tramada para arrebatarle parte de su hacienda.

La casualidad le deparó momento oportuno con

la recepción de Palencia. En ella desfiló la comisión de Torquemada, constituída por el alcalde y otros prestigios locales. En cuanto Zorrilla vió a los comisionados y supo de dónde eran, no pudo ocultar su enojo. Aguardó, empero, a que el alcalde acabara el discurso que traía aprendido de memoria, y cuando invitó al poeta a que fuese al pueblo de sus padres, donde sería recibido con todos los honores, contestó Zorrilla:

—Iré a Torquemada el día que tenga que buscar testigos falsos...

Zorrilla acostumbraba escribir delante de una ventana grande, a la que adosaba la mesa.

Tenía una magnífica letra española, muy clara.

Al empezar el trabajo doblaba por la mitad un pliego de papel de barba, escribiendo a la izquierda los versos y a la derecha las correcciones que se le ocurrían y los consonantes de la rima.

Corregía muy poco. Sin embargo, el original de *La siesta,* que hoy posee el diputado por Villalpando, don Francisco Zarandona, tiene muchísimas correcciones. Y lo mismo puede decirse de los que, según dice el señor Bonilla y San Martín en su traducción de la *Literatura española,* de Fitzmaurice-Kelly, conserva el señor Lázaro Galdeano.

Había en Valladolid por el año ochenta y tantos una Sociedad de escritores y artistas, titulada «Pisto-Club» e instalada en la Acera de San Francisco, encima del café del Norte.

Todos los socios eran gente de buen humor, y la Sociedad tenía algo de extravagante dentro de los fines culturales que se proponía.

Zorrilla, desde el primer momento, fué nombrado presidente honorario del «Pisto-Club», y a él concurría con bastante frecuencia. Allí leyó, entre otras obras suyas, el poema *A escape y al vuelo,* dedicado a la condesa de Guaqui.

Una noche, después de haber leído varias poe-

sías, se improvisó un banquete en honor de Zorrilla, y al terminar la comida hubo, como era de rigor entonces, los correspondientes brindis.

Cuando le llegó su turno, dijo Zorrilla:

—Yo no leo a ustedes más versos, porque bastantes veces lo hice. Hablar, no sé... ¿Quieren ustedes que mate un toro?

Y cogiendo una servilleta, un bastón y un cuchillo, hizo una formidable faena de muleta. Luego, arrancándose a volapié, «dejóse caer» riñonudamente sobre el morrillo de una silla...

Otra noche la reunión del «Pisto-Club» fué «algo movida»... Los socios estaban contentos de haber nacido. Varios de ellos acompañaron a Zorrilla hasta su casa. El poeta vivía entonces en lo que hoy es avenida de Alfonso XII y antes se llamaba paseo de Recoletos.

Al pasar por el campillo de San Andrés, y como cruzaran ante la estatua de Cervantes, que en aquella época se hallaba frente a la casa donde vivió el manco inmortal, se les ocurrió a los regocijados socios del club hacer un doble homenaje a los autores del *Quijote* y del *Tenorio*, homenaje que había de consistir en que Zorrilla diese un abrazo a Cervantes mientras ellos aplaudían frenéticos.

En efecto; se improvisó una iluminación con cerillas, y el poeta subió al pedestal para dar el abrazo al novelista.

El escándalo que los manifestantes produjeron entonces fué indescriptible. Unos se subieron a los árboles, derribándolos; otros se encaramaron a la estatua, y todos, prorrumpiendo en aplausos y en vítores, promovieron un escándalo de los mayúsculos.

Los serenos, ignorantes y «filisteos», acabaron por llevarse detenidos a los que más se habían significado en el homenaje.

Afirmaba el poeta que tenía el don de leer sin respirar, y que como el público escuchaba la lectura siguiendo todos sus movimientos bucales, era curioso observar cómo cuando éste descansaba, el auditorio prorrumpía en un prolongado ¡ah!...

Decía también, y ello da idea de la candidez de ciertos grandes niños, que cuando leía, su voz era música, porque la garganta empezaba emitiendo la nota *la* y acababa en la nota *mi*...

Zorrilla sentía verdadera aversión por las mujeres literatas, a las que negaba todo mérito, complaciéndose en ridiculizarlas con los más injustos remoquetes.

A una insigne escritora que aun vive, y ojalá viva muchos años para bien de las letras, la llamaba «La inevitable».

Cuando se celebró el Centenario de Santa Teresa de Jesús, publicóse una especie de «Corona poética» en honor de la egregia doctora, y habiendo sido invitado Zorrilla a colaborar en aquel homenaje, se negó en absoluto *por tratarse de una mujer*.

Otra de las manías de Zorrilla era la Academia Española. Ya el lector habrá visto que la primera vez que fué elegido académico no quiso tomar posesión de su cargo. Y en la segunda tuvo el capricho de escribir su discurso de entrada en verso.

De tal modo aborrecía al Diccionario de la Academia, que no lo usó nunca. En cambio, siempre tenía sobre su mesa el de Domínguez.

Cuando en los últimos años de su vida concurría de tarde en tarde a las sesiones de la docta Corporación, se entretenía durante ellas en hacer dibujos, que luego le arrebataban sus compañeros inmortales.

Pidal, Cánovas y otros académicos conservaban

algunos de esos dibujos, que, como los de Víctor Hugo, eran geniales...

Decía Zorrilla que la lengua castellana es la menos dócil a la poesía, porque las palabras que representan ideas más dulces y delicadas suelen tener una fonética demasiado fuerte y áspera. Muchos consonantes le exasperaban... Y a modo de ejemplo citaba la palabra corazón, que aconsonanta con revolución, retortijón, indignación, etc., etc.

Para él, la lengua poética era la italiana, y a este propósito recordaba un soneto de Leopardi, en el que sólo figuran palabras monosilábicas, que son las que al rimar resultan más dulces y armoniosas.

XX

Fiestas en honor del poeta.—Feliz iniciativa. del Liceo de Granada.—El homenaje popular. Entusiasmo de toda la nación.—Dónde se celebró este acto.—Descripción hecha por Salvador Rueda.—Cerca de ¡mil! coronas.

No tanto como ahora chillaban, atraían y gesticulaban los títulos de las informaciones periodísticas, y sin embargo, aquel año de 1889 con gruesas letras hubieron de ser anunciados los tres acontecimientos entonces más sobresalientes: la vista de la causa de la calle de Fuencarral, la Exposición Universal de París y la coronación de Zorrilla.

En nuestra infancia, donde caóticamente vibran recuerdos distintos, perduran, oreándonos con una ráfaga sentimental, estas tres cosas antagónicas, de las que hablamos largamente en el colegio, entre álbumes de calcomanías y pliegos de aleluyas: Higinia Balaguer, la torre Eiffel y el autor de *Don Juan Tenorio,* aclamado como gloria nacional allá en Granada.

Llevó a cabo este suceso el Liceo de dicha capital, con el concurso de la reina doña María Cristina, de las Cortes y del Gobierno, a cuyo frente hallábase el señor Sagasta.

«Era entonces presidente de aquella ilustre Sociedad—dice el señor Seco de Lucena en su obra

Guía práctica y artística de Granada—el conde de las Infantas, y de su sección de Literatura el grandilocuente orador don Antonio López Muñoz, y desempeñaba el Gobierno civil de la provincia el eximio dramaturgo don Eugenio Sellés.

»En enero del referido año el autor de esta obra, que ocupaba la vicepresidencia del Liceo, sometió a la Junta una proposición y un minucioso proyecto, que fueron unánimemente aprobados.»

Esta proposición, añadimos nosotros, que honra al culto cronista granadino, decía así:

«El Liceo acuerda celebrar en los Alcázares de la Alhambra la coronación del ilustre cantor de Granada, del popular poeta don José Zorrilla, y para realizar este pensamiento, el Liceo solicitará la protección del Jefe del Estado, el apoyo del Gobierno y el concurso de la Nación.»

En virtud de tan plausible y feliz iniciativa, el poeta, «demasiado» viejo y glorioso, tuvo la satisfacción de verse aclamado fervorosamente, como nunca lo fuera.

Toda España participó en tan memorable solemnidad, que por su significación, importancia y proporciones sólo puede ser comparada con aquella otra formidable manifestación organizada en honor de Víctor Hugo una tarde del 27 de febrero de 1881 en la avenida de Eylau, de París.

A Granada y a sus elementos artísticos les cabe el orgullo de haber realizado gallardamente un deseo que en todos los españoles palpitaba. El insigne anciano, popularísimo y pobre—que en nuestro país nunca emparejó el bienestar económico con la opulencia intelectual—, iba, ya que no a ver asegurada pecuniariamente su vejez, consolidada de clamorosa forma su personalidad poética.

A cambio del oro de sus versos, la Nación iba a ofrendarle el oro de su admiración. Coronas de laurel no habían de faltarle, fabricadas con metal cotizable ahora. Así, disipadas las fragantes huma-

redas de la apoteosis proyectada, Zorrilla, en la soledad de su humilde despacho, insignificante como uno de tantos ante los proveedores, podría una vez empeñar las coronas y comprobar que la gloria, en las tiendas de préstamos, suele tener cierto valor y hasta dejar una línea en los espesos libros de operaciones...

Amaneció el día 22 de junio, señalado para la coronación. Día verdaderamente andaluz, luminoso, espléndido, sin una nube, cargado de fragancia y de optimismo.

Celebróse este acto en el patio circular del Palacio de Carlos V, lujosa y sencillamente decorado. Ocupaban los intercolumnios grandes cortinajes de terciopelo carmesí, adornados con guirnaldas, coronas de flores y escudos, en los que se destacaban inscripciones árabes, nombres de guerreros y héroes y el título de las más famosas obras del poeta festejado.

En el trono, bajo un gran dosel de terciopelo, sostenido por lanzones dorados, y entre palmeras enanas, hallábase el sillón que había de ocupar Zorrilla, de talla dorada y tapicería color rosa.

En un templete se colocó la orquesta de la Sociedad de conciertos, dirigida por el maestro Bretón.

A ambos lados del trono prolongábanse largas hileras de tallados sitiales, en los que habían tomado asiento las personas investidas de representación oficial. El resto del recinto ocupábale un público tan numeroso como selecto.

A las cinco y media de la tarde la orquesta rompe a tocar la *Marcha de la Coronación,* de Schiller (1), y comparece bajo mazas la comitiva. Al

(1) Reseñemos fielmente. Según el señor Seci de Lucena, fué esta marcha; otros periódicos de la época aseguran que fué la overtura de *Mignon*.

frente de ella van varios pajes y reyes de armas; luego entra el duque de Rivas, llevando a su derecha a don José Zorrilla y al conde de las Infantas. Siguen los representantes y las comisiones. El público se pone en pie; cesa la música; nace un silencio imponente. La ceremonia va a comenzar.

Ocupa el cortejo sus sitios previamente designados. El poeta y sus distinguidos acompañantes, en el trono, dan frente a la concurrencia. El aspecto que el grandioso patio ofrece bajo el cielo azul no puede ser más animado y alegre. La luz y el aire saturado de los aromas de la antigua Alhambra dan a aquellos momentos inolvidable y flageladora intensidad. Zorrilla, con sus setenta y dos años, chiquito y cenceño, mira conmovido a la asamblea, que va a honrarse honrándole y en la que vibra España hecha talento, hermosura, fervor y aristocracia.

En medio del religioso mutismo, el conde de las Infantas, presidente del Liceo de Granada, lee un breve discurso, que es acogido con rumores de aprobación. Después toma la corona de hojas de laurel, labrada con oro nativo del Darro, que en rico almohadón de terciopelo la presentan dos pajes, y la entrega al duque de Rivas, hijo del autor de *Don Alvaro*. Este ilustre prócer contesta elocuentemente, sin poder disimular su emoción, y termina diciendo:

«En nombre de S. M. la Reina Regente, que es la más alta representación de la Patria, tengo el honor de colocar esta corona sobre las egregias sienes del inmortal autor de *Granada*.»

El público se rebulle discretamente, ávido de no perder detalle de tan solemne minuto. El duque de Rivas va a ceñir la corona al poeta; pero éste, según refiere un cronista, «humilde y conmovido, levanta las manos, no permitiendo que llegue a su frente tan glorioso y honroso símbolo»...

La concurrencia, entusiasmada, aplaude. Duran-

te un buen rato el poeta, pálido como medio siglo antes, cuando confundido entre un cortejo fúnebre ambicionara este homenaje, sonríe, turbado y amargamente dichoso.

Tal vez en la claridad en que aquel acto anega su espíritu, pasa con lúgubre lentitud de sombra la frase de Balzac: «La gloria es el sol de los muertos...» Nadie entonces ha penetrado en su corazón, más lacerado que jubiloso. Aun siendo tan brillante y magnífica la fiesta, significación tiene de entierro para el poeta. «Extemporánea e inverosímil, es su muerte civil»... (1).

Pero al viento la inoportuna congoja. El público aguarda. Y Zorrilla, cuando los aplausos cesan, lee una composición suya titulada *Salmodia,* rebosante de melancolía, que maravilló a la concurrencia.

Clamorosa fué la ovación que obtuvo el insigne anciano al terminar esta *Salmodia,* leída como sólo él sabía hacerlo, con anhelante, conmovedora y desgarrada expresión.

Lamento entre triunfales clamores; adiós a la juventud, que no vuelve nunca; rescoldo de una hoguera impetuosa, por los años combatida, esta composición, escrita con sentimiento y con habilidad, era no sólo su adiós de poeta, sino también su despedida, lancinante y tristísima, de luchador...

Acto seguido, don Antonio López Muñoz, presidente de la sección de Literatura del Ateneo granadino, pronunció un elocuente discurso, en el que, luego de estudiar psicológicamente la obra de Zorrilla, terminó haciendo una calurosa defensa del españolismo en las armas, en las letras y en la política.

Esta hermosa oración fué premiada con nutri-

(1) Carta particular dirigida años después por el poeta a Ortega Munilla, y a la que éste alude en artículo de *El Imparcial,* 23 enero 1893.

dos aplausos, que la concurrencia prodigó con igual entusiasmo a una carta de adhesión al homenaje, leída por el representante del Brasil. Lanzáronse varios vivas a la Reina, a Granada y a España, y a las seis y media terminó este acto, que por su solemnidad y grandeza puso feliz complemento al homenaje, esencialmente democrático, del día anterior.

En la prensa de todo el país, y en importantes diarios del extranjero, publicáronse crónicas y extensas informaciones telegráficas y postales de la ceremonia, que comunicó a la alegre ciudad de los cármenes una alegría nacional.

Por la noche se celebró un banquete en honor del poeta, en casa del conde de las Infantas; repartióse una medalla conmemorativa; el Liceo felicitó cariñosamente a la esposa de Zorrilla, y el 2 de julio siguiente, aparte de otros actos públicos en honor del vate, obsequiáronle con una *Leila* (fiesta morisca) en el carmen de los Mártires, hermosa finca, donde éste, durante su permanencia en Granada, fué alojado.

Con ello concluyó la pública y resonante consagración del hombre que tanto y tan cordialmente había cantado a su Patria.

«Todo salió a pedir de boca—comenta la señora Pardo Bazán (1)—, y el entusiasmo debió de ser real y efectivo, porque era fruto de larga preparación, de admiraciones añejas no marchitas, de esa inexplicable influencia de las obras geniales en las muchedumbres, que en países como el nuestro determina los chispazos, a falta de la atención y del sostenido interés, lo cual ya pide fuerte cultura y amor firme de la belleza...

»Después de la apoteosis—continúa la insigne no-

(1) Estudio ya citado de *La Lectura*.

velista—, Zorrilla se volvió a Madrid; le quedaban de vida tres años tranquilos, excepto el constante apuro económico, que le arrancaba quejas y le obligaba a escribir aún, con la plena conciencia de que ya cuanto hiciese no respondía a aquel anhelo de la juventud por él expresado:

Gloria, ilusión magnífica y suprema...
Nada es sin ti la despreciable vida,
nada hay sin ti ni dulce ni halagüeño;
sólo, en aquesta soledad perdida
la sombra del laurel concilia el sueño...

XXI

La melena y los lipomas.—Ultimos años del vate.—Olvidado y enfermo.—Carácter de Zorrilla.—Descripción de su gabinete de trabajo. Disposiciones testamentarias.—Esperando la muerte.

Sí; «solo en aquesta soledad perdida» vió transcurrir los cuatro años escasos que le separaban del sepulcro.

La Reina Regente le había asignado una pensión anual de tres mil pesetas, con la que el viejo trovador mantenía a su esposa, a su hermana política y a cinco hijas de ésta.

Muchos admiradores del poeta le ven en los retratos con aquella melena que hasta el momento de su muerte lució orgulloso y arrogante. Pero no todos saben que estas románticas guedejas servían desde algunos años antes para ocultar varios lipomas o diviesos que deformaban lamentablemente su cráneo.

El mismo poeta se burlaba de estas protuberancias, tan poco propicias a la corona de laurel, y que le hacían en ocasiones padecer mucho. Y llegaron a desarrollarse de tal modo que al poco tiempo de la apoteosis de Granada fué absolutamente indispensable proceder a la adecuada operación quirúrgica, la cual, por cierto, resultó en extremo dolorosa. Dicen que la resistió con ente-

reza, porque en aquel cuerpecillo ochentón el espíritu, robusto, no se rendía a la furia ciega de los años.

A pesar de ello, toda su voluntad, por firme que sea, desfallece en ocasiones. El poeta, además de enfermo, se veía solo, y más que solo, muerto. Alguna vez, reunido en el dilatado crepúsculo de su vida literaria, él, ruiseñor incorregible, cigarra estúpida que cantando olvidó el invierno, lanzaba un gemido de acerba desconsolanza. «Por lo visto—decía—, Dios y mi padre maldijeron mis pobres versos. Mis lobanillos me condenan a perpetuo retiro y oscuridad en la más ridícula, desastrada y desautorizada vejez...» (1).

Era raro, pues, que saliese de su casa, donde, aunque de tarde en tarde, con su clara letra española, componía algunos versos. Afeitábase él mismo, y de costumbres morigeradas, apenas bebía, como tampoco tuvo la costumbre de fumar.

Don Antonio Sánchez Moguel, amigo suyo, ha escrito:

«... Por lo que toca a sus condiciones personales, que pude apreciar repetidamente. Zorrilla era enteramente *un niño,* con alegrías y expansiones infantiles, que ponía siempre su corazón en la lengua y a quien los años, las contrariedades y los reveses no habían dejado en su alma incurables amarguras. Sus ingenuidades rayaban en lo increíble, como las de Fernández y González, aunque de estilo diferente. Ni sabía ni podía herir con sus palabras. Sus epigramas resultaban tan inofensivos como las sátiras de Ruiz Aguilera...»

En *La Ilustración Española y Americana* del 30 de enero de 1893 hemos hallado, entre otros, los siguientes pormenores:

Zorrilla no escribía en la mesa de despacho, sino

(1) Carta dirigida al Marqués de Valmar, fecha 29 de diciembre 1892.

en la mesa-camilla, con brasero en invierno y siempre cubierta con tapete rojo, que se ve en nuestro grabado, en el ángulo inmediato al balcón; durante su trabajo, que a veces se prolongaba largas horas, no quería tener delante de la vista sino una fotografía del sublime *Cristo Crucificado* de Velázquez, colocándola sobre una caja de tabacos vacía; al alcance de su mano derecha estaban el tintero y las plumas, sello en seco, timbre y un plumerito rojo, con que sacudía el polvo a los libros y legajos que consultaba; su asiento era un sillón de rejilla (igual en todo al en que murió), en el cual solía poner un librote, sin duda para que descansaran mejor los brazos en la mesa camilla....»

Campechano y asequible, el cariño de todos los que le conocían fué siempre para él fácil de conquistar. Fernández Bremón, otro de los que le veneraban, escribió en la mentada revista lo que sigue:

«Gustábale la compañía, pero también la confianza, aborreciendo los cumplidos; desde los elevados balcones de su casa, que dominaban la plaza de Santa Bárbara (2) y recibían de lleno el aire del norte, pasaba largos ratos por las noches mirando el cielo con un anteojo de larga vista, como buscando en otros mundos inspiración para sus versos...»

¡Inspiración para sus versos! Los hombres nuevos, las generaciones que mientras él declinaba amanecían, por habituadas a repetir sus composiciones, considerábanle fenecido. Nunca se encontrarán las palabras de frío y de tiniebla que comuniquen con la amargura precisa la amargura de sobrevivirse... En el mundo del arte hay Yustes terriblemente pavorosos. ¡Ah, si la muerte, aun

(1) Vivía entonces Zorrilla, y en ella murió, en la casa número 4 de la calle de Santa Teresa.

dentro de su feroz intransigencia, tuviese la caridad de ser oportuna!...

«El anciano ilustre—como reconoce Ortega Munilla (1)—, el patriarca de las musas, era para la generación nueva un muerto vivo, una sombra querida y venerada.

»Las gentes le veían ir por las calles envuelto en su capota, cubierta la cabeza con su sombrero negro de castor flexible, los ojos apagados, el paso corto y lento, y sentían un respeto cariñoso hacia aquel hombre que se había sobrevivido a sí mismo.

»El lo decía:

»—Yo no existo ya. Estoy enterrado. Pero el sepulturero me dejó una mano fuera y en ella una pluma. Si alguna vez me ponen un papel delante, escribo. Mas no escribo yo: escribe el Zorrilla que ha desaparecido, y yo le sirvo de amanuense...»

El pesimismo que estas frases destilaban no le inducía, empero, a la exageración. Los últimos años del viejecito famoso pasaron inadvertidos, como pasan los crepúsculos sobre el tráfago egoísta de las grandes ciudades. El poeta había dado abundantes cosechas. Nuevos sembradores llegaban. El campo del arte, además, es siempre el mismo: eternamente dócil para las cruces y para los monumentos, madre fecunda que pare, mujer fuerte que no se preocupa de los hombres que la fecundan...

A mediados del año 1892 Zorrilla otorgó testamento en Valladolid, ante el notario señor Melons, instituyendo heredera universal a su viuda, doña Juana Pacheco, y a la muerte de ésta a su sobrina doña Blanca Arimón y Pacheco. Trámite, a nuestro entender, más piadoso que necesario,

(1) Artículo de *El Imparcial*, 23 enero 1893.

porque el poeta nacional había de dejar en los cajones de su mesa, medio año después, unas doscientas cincuenta pesetas escasas...

En sus postrimeras disposiciones, ya sintiendo que la muerte le acechaba de cerca, consignaba Zorrilla el deseo de que depositaran su cuerpo en un sencillo ataúd de madera, sin terciopelo ni adorno de ninguna clase. Prohibía el embalsamamiento y toda inyección arterial que tendiese a evitar la pronta descomposición del cadáver, y terminaba: «Muero cristiano y quiero que el polvo mortal se vuelva polvo.» También, entre otras indicaciones que no es preciso copiar, hacía la de que en la sepultura se grabase esta inscripción: «Aquí yace el poeta José Zorrilla, hijo de Valladolid.»

Y llegó el invierno, el desigual, crudo y terrible invierno matritense, que tan bien se lleva con la intrusa.

El poeta, cada vez con mayores achaques, briosamente soportados, regresó a la villa y corte. Arreciaba el frío, y, como de costumbre, en un mismo día el termómetro, esclavo de la sierra guadarrameña, daba saltos amenazadores. La salud de Zorrilla rendíase, aunque de mala gana. Surgió la bronquitis, que no tardó en complicarse con el corazón...

Una publicación semanal casi recién nacida y que abrió prósperos, dichosos y amplios rumbos a la Prensa ilustrada española, *Blanco y Negro,* recabó de Zorrilla un autógrafo—«declaraciones íntimas»—para la interesante sección abierta por dicha revista.

El fotógrafo señor Laurent, encargado por el ilustre director de la misma, don Torcuato Luca de Tena, hizo un retrato del poeta. Retrato y declaraciones fueron los últimos que de Zorrilla se conservan.

Estampada al pie de ellas la última firma, don

José Zorrilla, desdeñoso de la política, amante de su hidalgo solar, pobre y siempre alegre, esperó el supremo instante.

Ya lo había dado todo con la abnegación del artista que—¡valga la frase!—, suicidándose, desangrándose gota a gota, busca la inmortalidad dejando alma, cerebro, ilusión y fiebre en su obra.

¡Existencia intensa, larga y accidentada, eco de aquel tumulto tan fértil para las letras españolas que se llamó romanticismo! Zorrilla iba a morir, pero los grandes poetas no acaban, afortunadamente, de morir nunca. Se van de la tierra y dejan un resplandor.

Iba a acabar su vida. Vida que, como dice la señora Pardo Bazán (1), fué ante todo «novela de aventuras, que a poco más hubiese sido de caballerías, sin que le faltase ni la estancia y privanza en la corte de un gran rey, allá en las ínsulas de Tierrafirme»; iba a acabar su existencia «de aventurero castellano que en vez de espada lleva laúd, que duerme y huelga donde acogen bien al juglar—al *bardo errante,* que así se nombraba al poeta allá en la primera mitad del siglo XIX»...

(1) Estudio citado.

XXII

Ultimos momentos.—Agonía prolongada.—La muerte.—Duelo nacional.—Sordidez del Gobierno.—El entierro.—Los consabidos precedentes.—Velada en el Ateneo.—Final

Finó el año 1892 sin que el estado de salud del poeta mejorase. Al contrario, nuevos síntomas se presentaban presagiando desenlace breve, y transcurrida la primera quincena de enero Zorrilla se agravó definitivamente.

Era imposible seguir combatiendo el mal. En realidad, puede afirmarse que desde el 19 de enero del 93 Zorrilla vivió artificialmente; la disnea le tenía postradísimo y sólo administrándole frecuentes inhalaciones de oxígeno e inyecciones de éter y de morfina logró aplazarse, por poco tiempo sin embargo, el temido epílogo.

Hallábase el ilustre enfermo velado por su esposa y otros individuos de la familia, «sentado en un sillón de rejilla, manteniéndose verticalmente, porque la menor inclinación determinaba la disnea, apoyados los pies sobre un montón de libros, envueltas las piernas en blando edredón de plumas y el cuerpo en un suave abrigo de su esposa, al que el poeta llamaba «el manto real» (1).

---

(1) *El Imparcial*, 23 enero 1893.

Sus buenos amigos los doctores Letamendi y Cano, este último médico de cabecera, no podían asistirle, porque se encontraban enfermos. Aunque solícitamente atendido por los galenos señores Fort y Hergueta, el poeta echaba de menos al señor Cano, que en otra enfermedad de peligro había tenido la fortuna de salvarle y con el que, como decimos, le unía estrecha amistad.

Varias veces el enfermo preguntó por él con ansiedad, y piadosamente le replicaron que su alarma no tenía fundamento. «Cano se halla enfermo, aunque no de gravedad—se le dijo—; pero si creyese que corrías peligro le habría faltado tiempo para venir a verte...»

Sin embargo, el aludido doctor, aun convaleciente, acudió las últimas noches al domicilio del poeta, en el que permanecía varias horas.

En las primeras del día 23 la prolongada agonía fué acelerándose. Zorrilla experimentaba ahogos cada vez más violentos. El doctor Cano indicó a la familia la necesidad de que, sin perder minutos, se avisara a un sacerdote.

Poco después el poeta, que se había quedado adormecido bajo los crueles efectos de su enfermedad, despertó.

Estaba más animado. En sus pupilas brillaba la clara luz de la esperanza.

—Me siento mucho mejor—dijo a los que le rodeaban—. Tanto, que esta noche pienso continuar el trabajo que tengo empezado acerca de Segovia. Imaginativamente he visto más dibujados ciertos tipos, y hay que aprovechar esta oportunidad.

Tornó acto seguido a hundirse en una somnolencia febril. De vez en cuando todo su cuerpo temblaba; el rostro palidecía mortalmente...

Esto duró poco. De nuevo abrió los ojos y comenzó a hablar con rapidez, como hombre que se despide, aunque no se diese cuenta de ello.

Había soñado otra vez... Pero ¡qué cosas! Que

escribía al cardenal Monescillo, su eminente amigo, y a Pasteur, el francés ilustre... A Pasteur le manifestaba que su método antirrábico le parecía poco recomendable.

Zorrilla deliraba. La voz—aquella voz melodiosa, tan familiarizada con los aplausos—fué debilitándose. El poeta pidió, tras una penosa pausa, un tazón de leche, que le fué servida por su esposa. La bebió ávidamente. Y miró a los que le velaban con un gesto pueril de triunfo.

—¿Visteis? He apurado entera la taza...

Ya no habló más. Se durmió. Recias convulsiones agitaban su cuerpo. El doctor Fort indicó que les despertasen, y así lo hizo el poeta Ferrari. Aplicáronle otra inyección de cafeína, que el moribundo recibió sin dar señales de vida. Y cuando, poco después, hubieron de administrarle más cafeína, el poeta abrió los ojos—ya turbios—y acto seguido dejó caer hacia atrás la arrogante cabeza, hundiéndose en la eternidad.

Apenas tuvo noticia de la muerte de Zorrilla, la Academia Española acordó costear su entierro, iniciativa que también había adoptado el Ateneo de Madrid.

Concedióse la preferencia a aquella Corporación, y el cadáver de Zorrilla, depositado en un ataúd de acero, fué trasladado desde la casa mortuoria al salón de actos de la Academia—situada en la calle de Valverde—, el cual quedó convertido en capilla ardiente.

Mientras el Gobierno y diversas corporaciones acordaban los homenajes que habían de rendirse al popular cantor, el cadáver de éste fué expuesto al público, que en masa acudió a saludarle respetuosamente por última vez.

Zorrilla parecía dormido. Los médicos manifestaron que no era posible embalsamarlo. Vestido de frac, sólo las manos aparecían algo hinchadas.

De su rostro sacaron mascarillas los escultores Carretero y Barrón.

Larguísima cola de admiradores y amigos formó en la calle de Valverde, apenada no sólo de que España hubiese perdido un gran poeta, sino de que el Gobierno del señor Sagasta no «hallase fórmula» para rendirle el último y esplendoroso homenaje a que tenía derecho.

En efecto: la agria tecla de los precedentes sonó otra vez, para desventura de los buenos patriotas, en el ambiente oficial, más frío y desolado que el de un cementerio. Y lo que no hizo el Gobierno lo suplió el pueblo, que aunque un poco tarde, como de costumbre, reconoció la insustituíble pérdida nacional agolpándose al paso del cortejo.

Recorrió éste el 25 de enero desde la Academia las calles del Desengaño, Fuencarral, Montera, lado derecho de la Puerta del Sol y calle Mayor, hasta la Sacramental de San Justo, calculándose en doscientas mil el número de personas que presenciaron el paso de la comitiva.

Ocho caballos empenachados tiraban de la carroza fúnebre, que era copia exacta del templete del altar elevado en la tumba de Napoleón el Grande. Escoltábanla guardias civiles con la bayoneta calada.

Enviaron coronas S. M. la Reina Regente—además de un ilustre representante—, diversas corporaciones literarias, científicas y artísticas, la Prensa, el Ayuntamiento, los Estudiantes, el Centro del Ejército y de la Armada, etc., etc.

En el cortejo figuraban lo más distinguido de la villa y corte y autorizadas personalidades forasteras. Fué una manifestación inolvidable que nosotros, niños aun, presenciamos con silencioso fervor. El alcalde había prohibido, mientras durase tal acto, la circulación de tranvías y carruajes por las calles que había de pasar la brillante comitiva,

y buena parte del público se incorporó a ella al final por la Cuesta de la Vega.

A las cinco de la tarde el cuerpo del inimitable cantor de nuestras leyendas y tradiciones era sepultado en el patio de Santa Gertrudis, donde permaneció tres años, según reza el epitafio que sobre el sarcófago número 142 puede verse:

Aquí yació
el insigne poeta José Zorrilla
desde el 25 de enero de 1893
hasta el 2 de mayo de 1896,
en que fué trasladado a Valladolid
por el Municipio de aquella ciudad
en que había tenido cuna
y quiso tener enterramiento.
La Real Academia Española
y la Sacramental de San Justo
consagran a su memoria
esta sepultura vacía.

INDICE

INDICE

Pág.

I.—Donde alguna vez el amigo que se encuentra puede ser útil.—Esperando la gloria.—Un mimbre que sirvió para hacer famosos cestos.—El entierro de Larra.—De la tumba a la celebridad... 7

II.—Infancia y adolescencia de Zorrilla.—En El Seminario de Nobles.—Los primeros versos.—En Toledo.—El poeta no quiere ser abogado.—Paseos románticos.—La indignación del tío.—¡A Valladolid!—Horror a la Universidad.—Aparecen las alarmantes melenas... 16

III.—Donde la indignación del canónigo es transmitida a un procurador.—El padre de Zorrilla se enoja seriamente.—Zorrilla se fuga de una galera y vende una caballería que pudo ser suya.—A la Villa y Corte.—En plena bohemia.—Perseguido por la Policía.—Del balcón al puente.—Zorrilla, disfrazado de gitano... 22

IV.—El romanticismo.—Palabras de don Juan Valera.—Primeros éxitos de Zorrilla. Genialidades y... disparates.—El famoso «Parnasillo».—Autorretrato del poeta.—Su boda.—Falta de datos acerca de la musa de carne y hueso... 27

V.—El padre emigra y Zorrilla trabaja para auxiliarle económicamente.—Amor filial.—La visita de la madre.—Tristezas

íntimas.—«El entreacto».—Un lector curioso.—Ataques a «los melenudos».—El clasicismo, señores...».—«Para vivir hay que trabajar.»—Zorrilla decide recurrir al teatro... 32

VI.—Zorrilla, dramaturgo.—Primeras obras teatrales.—«Juan Dándolo».—Juicio de la crítica.—Zorrilla trepa por un balcón buscando dinero.—Pugilato de poetas.—«Cada cual con su razón».—La doncellez del adjetivo.—«El zapatero y el rey» (primera y segunda partes).—Chismorreo de bastidores.—Dramáticos y divertidos antecedentes de un drama... 40

VII.—Extreno de la segunda parte de «El zapatero y el rey».—Lleno completo.—Latorre tiene miedo y Zorrilla también.—Vientos de fronda.—La «fiera» se rinde.—¡Que salga el autor!—El autor, oculto en un palco, no quiere salir.—Don Juan Prim aplaude.—«¡Diablo de chiquitín!»—«Con las glorias... se olvidan los derechos de autor.»... 49

VIII.—«El puñal del godo», escrito en veinticuatro horas.—Cómo se eligió este asunto.—Noche de truenos y de endecasílabos. Por qué en este drama no figuran mujeres.—Latorre, entusiasmado.—«El puñal», escrito de prisa, se ensaya despacio.—Un nuevo éxito... 55

IX.—Historia teatral de «Don Juan Tenorio».—Las prisas de siempre.—El primer ovillejo.—Buttarelli y Ciutti.—Cómo un hostelero pasó a la inmortalidad.—Zorrilla critica su obra.—Disparates, desatinos y otros males.—Horas de ¡doscientos minutos!—La escena del sofá.—Dinero que produjo «El Tenorio» a Zorrilla.—Juicios acerca de este famoso drama... 64

X.—Julián Romea pide un drama a Zorrilla.—«Traidor, inconfeso y mártir».—Antagonismo de criterio entre comediante y dramaturgo.—Diálogo curioso.—Los temo-

res de Zorrilla, confirmados.—Triunfo de Matilde Díez.—El drama gusta... ; pero Romea lo retira del cartel.—Decían los periódicos... 74

XI.—Zorrilla, visionario.—Anécdotas singulares.—El diablo a caballo.—Aparición de la abuelita.—Casos de sonambulismo.—Zorrilla echador de cartas.—Augurio terrible, confirmado. — Juicio de la señora Pardo Bazán.—El poeta, ¿era un «matoide?»... 81

XII.—Zorrilla y su padre.—«¡Eres un tonto!».—Tristezas domésticas.—En París.—Biografía pintoresca.—El poema «Granada».—Muerte de la madre.—¡A España! El espejo sigue anunciando males.—Zorrilla acierta... 90

XIII.—En Torquemada.—Tristeza, embrollos, sombra, desilusión.—Zorrilla, desesperado, resuelve irse a París.—Publicación de los dos tomos de «Granada».—A las puertas de la cárcel.—Contrariedades económicas.—Crisis amorosa.—Aparece y desaparece «Beida».—Zorrilla, desesperado, decide irse a América... 97

XIV.—Lejos, siempre lejos.—En Méjico.—Las quintillas calumniosas.—Exitos halagadores.—En la «escondida senda».—El poeta, cazador.—Zorrilla se traslada a Cuba.—Vasto negocio que pudo hacerle rico.—Interviene la fiebre amarilla.—Tristeza incurable... 104

XV.—Otra vez a Méjico.—De la ciudad a las sierras. — Diversos incidentes.—La quinta de Goicoechea.—Zorrilla y el emperador Maximiliano.—Siniestro augurio. El Teatro Nacional.—Generosidad del archiduque de Austria.—Misión que traía el poeta en su regreso a España... 111

XVI.—El regreso a España.—Como, en Barcelona, se rompió el incógnito que deseaba guardar Zorrilla.—Salutaciones y bienvenidas.—Llegada a Madrid.—Serenatas,

lecturas, agasajos.—«El cuento de las flores».—Zorrilla, piadoso.—A la sombra de los bufos... 120

XVII.—Desvío de la fortuna.—Muerte del emperador Maximiliano.—Poemas de encargo.—El amigo Villíes.—Otro sueño que se derrumba.—El poeta no es el ministro. «Don Juan Tenorio», zarzuela.—Un rasgo de Balart.—Los «Recuerdos del tiempo viejo».—«Tournée» por España.—Como el oso del húngaro.—Iniciativa de varias damas aristocráticas.—¡El «Rey de los chulos!» 130

XVIII.—Recepción de Zorrilla en la Academia de la Lengua.—Asistencia de los reyes.—El discurso, en verso.—Contestación del marqués de Valmar.—Juicio acerca del «Tenorio».—Comentarios de la Prensa.—La tristeza de sobrevivirse.—En plena inmortalidad... y en otro Yuste... 141

XIX.—Del 85 al 89: «Chispazos» poéticos. Juicios de «Fernanflor». — Pormenores anecdóticos.—Curiosa tarjeta de Zorrilla.—Alarde de ciencia astronómica.—Recuerdos de Torquemada.—Cómo escribía y cuánto tachaba el poeta.—«Pisto-Club».—Desdén por las literatas y por el diccionario de la Academia... 155

XX.—Fiestas en honor del poeta.—Feliz iniciativa del Liceo de Granada.—El homenaje popular.—Entusiasmo de toda la nación.—Dónde se celebró este acto.—Descripción hecha por Salvador Rueda.—Cerca de ¡mil! coronas... 166

XXI.—La melena y los lipomas.—Ultimos años del vate.—Olvidado y enfermo.—Carácter de Zorrilla.—Descripción de su gabinete de trabajo.—Disposiciones testamentarias.—Esperando la muerte... 173

XXII.—Ultimos momentos.—Agonía prolongada.—La muerte.—Duelo nacional.—Sordidez del Gobierno.—El entierro.—Los consabidos precedentes.—Velada en el Ateneo.—Final... 179

300 1006

325

Precio: 3 pesetas

E.
Ramirez
Angel

ZO-
RRILLA

G - 5703